LIBRO dot.com

Moby Dick II

Herman Melville



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

La estacha

CAPÍTULO LX

En referencia a la escena de caza de la ballena que dentro de poco se va a describir, así como para mejor comprensión de todas las escenas semejantes que se presenten en otro momento, debo hablar aquí de la mágica, y a veces horrible, estacha de la ballena.

La estacha usada originalmente en estas pesquerías era del mejor cáñamo, levemente ahumada de brea, pero sin impregnarse de ella, como en el caso de los cabos corrientes; pues mientras la brea, tal como ordinariamente se usa, hace el cáñamo más flexible para el cordelero, y también hace al propio cabo más conveniente para el marinero en el uso normal en el barco, sin embargo, la cantidad ordinaria de brea no sólo haría la estacha demasiado rígida para el apretado adujamiento a que debe someterse, sino que, como muchos navegantes empiezan a reconocer, la brea en general no aumenta en absoluto la duración *y* fuerza de un cabo, por más que lo haga compacto *y* reluciente.

En los últimos años, el cabo de abacá ha sustituido casi enteramente en los pesqueros americanos al cáñamo como material para estacha de ballena; pues, aunque no tan duradero como el cáñamo, es más fuerte, *y* mucho más suave *y* elástico; *y yo* añadiré (puesto que hay una estética en todas las cosas) que es mucho más bonito y decente para la lancha que el cáñamo. El cáñamo es un tipo oscuro e hirsuto, una especie de indio, pero el cabo de abacá, para la vista, es una circasiana de pelo dorado.

La estacha de ballena sólo tiene dos tercios de pulgada de grosor. A primera vista, uno no la creería tan fuerte como realmente es. En experimento, cada una de sus cincuenta y una filásticas resiste un peso de ciento veinte libras, de modo que el conjunto del cabo aguanta una tensión casi igual a tres toneladas. En longitud, la estacha de cachalote usual mide algo más de doscientas brazas. Hacia la popa de la lancha, se aduja en espiral en su tina, pero no como el serpentín de un alambique, sino formando una masa redonda, en forma de queso, de «roldanas», o capas de espirales concéntricas, sin más hueco que el «corazón», el menudo tubo vertical formado en el eje del queso. Como el menor enredo o retorcimiento en la aduja, al desenrollarse, se le llevaría infaliblemente por delante a alguien el brazo, o la pierna, o el cuerpo entero, se tiene la mayor precaución al guardar la estacha en su tina. Algunos arponeros pasan casi una mañana entera en este asunto, subiendo la estacha a lo alto y luego laboreándola hacia abajo a través de un motón hasta la tina, para que, en el momento de adujarla, quede libre de todo posible pliegue y retorcimiento.

En las lanchas inglesas se usan dos tinas en vez de una, adujando la misma estacha de modo continuado en ambas tinas. Esto tiene cierta ventaja, porque estas tinas gemelas, al ser tan pequeñas, se adaptan más fácilmente a la lancha y no la fuerzan demasiado, mientras que la tina americana, casi de tres pies de diámetro y de profundidad proporcionada, resulta una carga bastante voluminosa para una embarcación cuyas tablas sólo tienen media pulgada de grosor; pues el fondo de la lancha ballenera es como el hielo en punto crítico, que soporta un peso considerable bien distribuido, pero no mucho peso concentrado. Cuando a la tina americana de la estacha se le echa encima la cubierta de lona pintada, parece que la lancha se aleja remando con un pastel de boda prodigiosamente grande, para obsequiar a las ballenas.

Los dos extremos de la estacha están al descubierto: el extremo inferior termina en una costura de ojo o anilla que sale del fondo junto al costado de la tina, y pende sobre su borde,

completamente desembarazada de todo. Esta disposición del extremo inferior es necesaria por dos motivos. Primero: para facilitar el sujetarle otra estacha adicional de una lancha cercana, en el caso de que la ballena herida se sumergiera tan hondo que amenazara llevarse toda la estacha originalmente sujeta al arpón. En esos casos, a la ballena, desde luego, se la pasan de una lancha a otra como un jarro de cerveza, por decirlo así, aunque la primera lancha siempre permanece a mano para ayudar a su compañera. Segundo: esta disposición es indispensable en atención a la seguridad común, pues si el extremo inferior de la estacha estuviera sujeto a la lancha de algún modo, y si la ballena corriera la estacha hasta el final, como hace a veces, casi en un solo minuto humeante, no se detendría allí, sino que la malhadada lancha sería arrastrada infaliblemente tras ella a la profundidad del mar, y en ese caso no habría pregonero que la volviera a encontrar jamás.

Antes de arriar la lancha para la persecución, el extremo superior de la estacha se pasa a popa desde la tina, y, dándole la vuelta en torno al bolardo que hay allí, vuelve a llevarse adelante, a lo largo de toda la lancha, apoyándose, cruzada, en el guión o mango del remo de cada marinero, de modo que le toca en la muñeca cuando rema; y asimismo pasa entre los hombres, sentados en las bordas opuestas, hasta los tacos emplomados, con surcos, que hay en el extremo de la puntiaguda proa de la lancha, donde una clavija o punzón de madera, del tamaño de una pluma normal de escribir, impide qué se resbale y se salga. Desde esos tacos, pende en leve festón sobre la proa, *y* luego pasa otra vez dentro de la lancha, *y* después de adujarse unas diez o veinte brazas sobre la caja de proa (lo que se llama estacha de la caja), sigue su camino a la borda todavía un poco más a popa, y luego se amarra a la pernada, que es el cabo inmediatamente atado al arpón, pero antes de tal conexión, la pernada pasa por diversos enredos demasiado tediosos de detallar.

Así, la estacha de la ballena envuelve a la lancha entera en sus complicados anillos, torciendo y retorciéndose alrededor de ella en casi todas las direcciones. Todos los remeros están envueltos en sus peligrosas contorsiones, de modo que, ante los tímidos ojos de la gente de tierra, parecen prestidigitadores indios, con las más mortíferas serpientes contorneándoles juguetonamente los miembros. Y ningún hijo de mujer mortal puede sentarse por primera vez entre esos enredos de cáñamo, y a la vez que tira todo lo posible del remo, pensar que en cualquier instante desconocido puede dispararse el arpón, y todos esos horribles retorcimientos pueden entrar en juego como relámpagos anillados; no puede, digo, encontrarse en tal circunstancia sin un estremecimiento que le haga temblar la misma médula de los huesos como una gelatina agitada. Sin embargo, la costumbre -¡extraña cosa!-, ¿qué no puede lograr la costumbre...? Jamás habréis oído sobre la caoba de vuestra mesa más alegres salidas, más jubiloso regocijo, mejores bromas y más brillantes réplicas que las que oiréis sobre esa media pulgada de cedro blanco de la lancha ballenera, al estar así suspendida en el nudo corredizo del verdugo; y, como los seis burgueses de Calais ante el rey Eduardo, los seis hombres que componen la tripulación avanzan hacia las fauces de la muerte con la soga al cuello, podríamos decir.

Quizá ahora os bastará pensarlo muy poco para explicaros esos frecuentes desastres de la pesca de la ballena -unos pocos de los cuales se anotan casualmente en las crónicas-, en que este o aquel hombre fue sacado de la lancha por la estacha y se perdió. Pues, cuando la estacha va disparada, estar sentado entonces en la lancha es como estar sentado en medio de los múltiples silbidos de una máquina de vapor a toda marcha, cuando os roza toda biela volante, todo eje y toda rueda. Es peor, pues no podéis estar sentados inmóviles en medio de estos peligros, porque la lancha se mece como una cuna, lanzándoos de un lado a otro, sin el menor aviso; y sólo por

Librodot

cierto equilibrio *y* simultaneidad de volición *y* acción podéis escapar de convertiros en un Mazeppa, y que os lleven corriendo a donde el sol que todo lo ve jamás podría sacaros de la hondura.

Además: así como la profunda calma que sólo aparentemente precede y profetiza la tempestad, quizá es más terrible que la propia tempestad -pues, en efecto, la calma no es sino la cubierta y el envoltorio de la tempestad y la contiene en sí misma, igual que el rifle al parecer inofensivo contiene la pólvora fatal, *y* la bala, *y* la explosión-, de ese modo el gracioso reposo de la estacha, serpenteando silenciosamente por los remeros antes de ponerse en juego efectivo, es una cosa que lleva consigo más terror que ningún otro aspecto de este peligroso asunto. Pero ¿por qué decir más? Todos los hombres viven envueltos en estachas de ballena. Todos nacen con la cuerda al cuello, pero sólo al ser arrebatados en el rápido y súbito remolino de la muerte, es cuando los mortales se dan cuenta de los peligros de la vida, callados, sutiles y omnipresentes. Y si uno es un filósofo, aunque esté sentado en una lancha ballenera no sentirá un ápice más de terror que sentado ante el fuego del anochecer, con un atizador y no un arpón al lado.

Stubb mata un cachalote

CAPITULO LXI

Si para Starbuck la aparición del pulpo fue cosa de portento, para Queequeg fue un objeto bien diverso.

-Cuando ver al pulpo -dijo el salvaje, afilando el arpón en la proa de su lancha colgada-, luego ver pronto al cachalote.

El siguiente día fue enormemente tranquilo *y* bochornoso, *y*, sin nada especial en qué ocuparse, la tripulación del *Pequod* difícilmente pudo resistir la incitación al sueño producida por un mar tan vacío. Pues esa parte del océano índico por donde viajábamos entonces no es lo que los balleneros llaman una zona viva; esto es, ofrece menos atisbos de marsopas, delfines, peces voladores y otros vivaces moradores de aguas movidas, que las zonas a lo largo del Río de la Plata o el litoral del Perú.

Me tocaba mi turno de vigía en la *cofa* del trinquete, *y*, con los hombros apoyados contra los aflojados obenques de sobrejuanete, me mecía de un lado para otro en lo que parecía un aire encantado. No había decisión que pudiera resistirlo; en ese soñador estado de ánimo, perdiendo toda conciencia, por fin mi alma salió de mi cuerpo, aunque mi cuerpo aún seguía meciéndose, como un péndulo mucho después que se retira la fuerza que empezó a moverlo.

Antes de que me invadiera el olvido, me había dado cuenta de que los marineros en las cofas de mayor y mesana ya estaban adormilados. Así que, al fin, los tres pendimos sin vida de las vergas, y por cada oscilación que dábamos, había una cabezada, desde abajo, por parte del amodorrado timonel. Las olas también daban cabezadas con sus crestas indolentes; y a través del ancho éxtasis del mar, el este inclinaba la cabeza hacia el oeste, y el sol por encima de todo.

De repente, parecieron reventar burbujas bajo mis ojos cerrados; mis manos, como tornillos de carpintero, se agarraron a los obenques; algún poder invisible y misericordioso me salvó; volví a la vida con una sacudida. Y he ahí que muy cerca de nosotros, a sotavento, a menos de cuarenta brazas, un gigantesco cachalote se mecía en el agua como el casco volcado de una fragata, con su ancho lomo reluciente, de tinte etiópico, brillando a los rayos del sol como un es-

pejo. Pero ondulado perezosamente en la artesa del mar, y lanzando de vez en cuando tranquilamente su chorro vaporoso, el cetáceo parecía un obeso burgués que fuma su pipa una tarde de calor. Pero esa pipa, mi pobre cachalote, era su última pipa. Como golpeado por la varita de algún encantador, el soñoliento buque, con todos sus durmientes, de repente se sobresaltó en vigilia, y más de una veintena de voces, desde todas partes del barco, a la vez que las tres notas desde la altura, lanzaron el acostumbrado grito, mientras el gran pez, con lenta regularidad, chorreaba la centelleante agua del mar por el aire.

-¡Soltad los botes! ¡Orza! -grito Ahab.

Y obedeciendo su propia orden, dio al timón a sotavento antes que el timonel pudiera mover las cabillas.

La repentina exclamación de los tripulantes debía haber alarmado al cetáceo, y, antes que las lanchas estuvieran abajo, se dio la vuelta majestuosamente, y se alejó nadando a sotavento, pero con tan sólida tranquilidad, y haciendo tan pocas ondulaciones al nadar, que, pensando que, después de todo, quizá no estaría aún alarmado, Ahab dio órdenes de que no se usara ni un remo, y nadie hablara sino en susurros. Así, sentados como indios de Ontario en las bordas de las lanchas, usamos los canaletes con rapidez, pero calladamente, porque la calma no permitía que se izaran las silenciosas velas. Al fin, al deslizarnos así en su persecución, el monstruo agitó la cola verticalmente en el aire a unos cuarenta pies y luego se sumergió, perdiéndose de vista.

-¡Ahí va una cola! -fue el grito; anuncio a que inmediatamente siguió que Stubb sacó el fósforo y encendió la pipa, pues ahora se concedía un intervalo. Después que transcurrió todo el intervalo de la zambullida, el cetáceo volvió a subir, y como ahora estaba delante de la lancha del fumador, Stubb se hizo cargo del honor de la captura. Ahora era obvio que el cetáceo, por fin, se había dado cuenta de sus perseguidores. Por consiguiente, era inútil ya todo silencio de precaución. Se dejaron los canaletes y se pusieron ruidosamente en acción los remos. Y sin dejar de dar chupadas a la pipa, Stubb gritó a su tripulación para lanzarse al asalto.

Sí, en el pez había ahora un enorme cambio. Sintiendo todo el riesgo, marchaba «cabeza fuera», sobresaliendo esa parte oblicuamente entre la loca fermentación que agitaba.'

-¡Adelante, adelante, muchachos! No os deis prisa; tomadlo con tiempo; pero ¡adelante, adelante como truenos, eso es todo! -gritaba Stubb, lanzando bocanadas de humo al hablar-. ¡Adelante, vamos; da la palada larga y fuerte, Tashtego! Dale bien, Tashtego, muchacho; adelante todos, pero sin acalorarse, fresquitos... como pepinos, eso es... tranquilos, tranquilos..., pero adelante como la condenada muerte, como diablos haciendo muecas, y sacando derechos de sus tumbas a los muertos enterrados, muchachos... eso es todo. ¡Adelante!

-¡Uuu...jú! ¡Ua...jí! -chilló en respuesta el Gay-Head, elevando hasta los cielos un viejo grito de guerra, y todos los remeros en la tensa lancha saltaron involuntariamente adelante con el único y tremendo golpe de guía que dio el ansioso indio.

Pero sus salvajes chillidos fueron contestados por otros de modo igualmente salvaje.

-¡Ki...jí! ¡Kú...lú! -gritó Daggoo, tendiéndose adelante y atrás en su asiento, como un tigre que da vueltas en su jaula.

-¡Ka...lá! ¡Ku...lú! -aulló Queequeg, como relamiéndose los labios con un bocado de chuleta de granadero. Y así, con remos y aullidos, las quillas cortaban el mar. Mientras tanto, Stubb, conservando su lugar de mando, seguía estimulando a sus hombres al ataque, sin dejar de soplar el humo por la boca. Como desesperados se tendían y esforzaban, hasta que se oyó el grito bienvenido:

-¡De pie, Tashtego!, ¡dale con ello!

Librodot

Se lanzó el arpón.

-¡Atrás!

Los remeros ciaron; en ese mismo momento, algo caliente y zumbador pasó por las muñecas de cada cual. Era la mágica estacha. Un instante antes, Stubb había dado dos vueltas adicionales con ella al bolardo, donde, a causa de su giro con rapidez aumentada, se elevaba ahora un humo azul de cáñamo, mezclándose con la constante humareda de su pipa. Al pasar dando vueltas al bolardo, antes mismo de llegar a ese punto, atravesaba, levantando ampollas, las manos de Stubb, de las que habían caído accidentalmente los «guantes», esos cuadrados de lona acolchada que a veces se llevan en esas ocasiones. Era como sujetar por el fijo la tajante espada de doble filo de un enemigo, mientras éste se esforzara todo el tiempo por arrancarla de vuestra sujeción.

-¡Moja la estacha, moja la estacha! -gritó Stubb al remero de tina (el sentado junto a la tina), quien, quitándose el gorro, empezó a echar agua en ella.' Se dieron más vueltas, con lo que la estacha empezó a mantenerse en su sitio. La lancha ahora volaba por el agua hirviente como un tiburón todo aletas. Stubb y Tashtego cambiaron entonces de sitio, de popa a proa; un asunto verdaderamente tambaleante en aquella conmoción tan agitada.

Por las vibraciones de la estacha que se extendía a todo lo largo de la parte superior de la lancha, y por estar ahora tan tensa como una cuerda de arpa, se habría pensado que la embarcación tenía dos quillas, una surcando el mar, y la otra el aire, mientras la lancha seguía avanzando a golpes a través de ambos elementos a la vez. Una cascada continua se abría en la proa; un incesante torbellino arremolinado en su estela; y, al más leve movimiento desde dentro, aunque fuera de un meñique, la vibrante y crujiente embarcación se escoraba espasmódicamente por la borda hacia el mar. Así se precipitaban, cada cual aferrándose con todas sus fuerzas a su bancada, para evitar ser lanzado a la espuma, mientras la alta figura de Tashtego, en el remo de gobernalle, se agachaba casi hasta doblarse para bajar su centro de gravedad. Enteros Atlánticos y Pacíficos parecían pasar mientras ellos avanzaban disparados, hasta que por fin el cetáceo aflojó algo su huida.

¡Templa, templa! -gritó Stubb al de proa, y, dando cara al cetáceo, todos los hombres empezaron a acercar la lancha a él, todavía a remolque. Pronto, al llegar a la altura de su costado, Stubb plantó firmemente la rodilla en la castañuela, y disparó lanza tras lanza, alternativamente; retrocedía fuera del alcance de la horrible contorsión del monstruo, y luego se ponía a tiro para otro golpe.

La inundación roja brotaba de todos los costados del monstruo como los arroyuelos por una montaña. Su cuerpo atormentado no flotaba en agua, sino en sangre, que burbujeaba y hervía a estadios enteros por detrás de su estela. El sol oblicuo, al jugar sobre ese estanque carmesí en el mar, devolvía su reflejo a todas las caras, de modo que todos refulgían unos ante otros como pieles rojas. Y mientras tanto, chorro tras chorro de humo blanco se disparaba en agonía por el respiradero del cetáceo, y bocanada tras bocanada, con vehemencia, de la boca del excitado jefe de lancha, mientras a cada lanzada, tirando su arma torcida (mediante la estacha unida a ella), Stubb la volvía a enderezar una vez y otra con unos cuantos golpes rápidos contra la borda, para lanzarla luego una vez y otra al cetáceo.

-¡Hala, hala! -gritó luego al de proa, cuando el cachalote, desmayando, disminuyó su cólera-. ¡Hala, más cerca! -y la lancha llegó al lado del costado del pez.

Entonces, asomándose mucho sobre la proa, Stubb metió lentamente su larga *y* aguda lanza en el pez *y* la sujetó allí, removiéndola cuidadosamente como si buscara a tientas con

precaución algún reloj de oro que el cachalote se hubiera tragado, y que él tuviera miedo de romper antes de poderlo sacar enganchado. Pero ese reloj de oro que buscara era la más entrañable vida del pez. Y ahora quedó alcanzada; pues, sobresaltándose de su trance, con esa cosa inexpresable que llaman su «convulsión», el monstruo se agitó horriblemente en su sangre, se envolvió en impenetrable espuma, loca e hirviente, de modo que la amenazada embarcación, cayendo repentinamente a popa, tuvo que luchar casi a ciegas para salir desde ese frenético crepúsculo al aire claro del día.

Y disminuyendo entonces su convulsión, el cetáceo volvió a salir a la luz, agitándose de lado a lado, *y* dilatando *y* contrayendo espasmódicamente su agujero del chorro, con inspiraciones bruscas, quebradas y agonizantes. Por fin, se dispararon al aire asustado borbotones tras borbotones de rojos sangrujos cuajados, como si fueran las purpúreas heces del vino tinto; y volviendo a caer, corrieron por sus inmóviles flancos hasta bajar al mar. ¡Había reventado su corazón!

-Está muerto, señor Stubb -dijo Daggoo. -Sí; las dos pipas han dejado de echar humo.

Y, retirando la suya de la boca, Stubb esparció por el agua las cenizas muertas, y, por un momento, se quedó contemplando pensativo el enorme cadáver que había hecho.

El arponeo

CAPITULO LXII

Una palabra en relación con un episodio del último capítulo.

Conforme a la costumbre invariable de la pesca de la ballena, la lancha se aparta del barco con el jefe, el que mata la ballena, como timonel interino, mientras el arponero, el que hace presa en la ballena, va en el remo de proa, el llamado remo del arponero. Ahora, se necesita un brazo fuerte y nervudo para disparar el primer hierro clavándoselo al pez, pues a menudo, en lo que se llama un disparo largo, el pesado instrumento ha de ser lanzado a la distancia de veinte o treinta pies. Pero, por prolongada y agotadora que sea la persecución, el arponero tiene que tirar mientras tanto del remo con todas sus fuerzas; más aún, se espera que dé a los demás un ejemplo de actividad sobrehumana, no sólo remando de modo increíble, sino con repetidas exclamaciones, sonoras e intrépidas; y lo que es eso de seguir gritando hasta el tope de la capacidad propia, mientras los demás músculos están tensos y medio sacudidos, lo que es eso, no lo saben sino los que lo han probado. Por mi parte, yo no puedo gritar con toda mi alma y al mismo tiempo trabajar de modo inexorable. Así, en esa situación tensa y aullante, de espaldas al pez, de repente el exhausto arponero oye el grito excitante: « ¡De pie, y dale!».

Entonces tiene que dejar y asegurar el remo, dar media vuelta sobre su base, sacar el arpón de su horquilla, y con la escasa fuerza que le quede, tratar de clavarlo de algún modo en la ballena. No es extraño entonces que, tomando en su totalidad la flota entera de balleneros, de cada cincuenta ocasiones de arponeo no tengan éxito cinco; no es extraño que tantos malhadados arponeros sean locamente maldecidos y degradados; no es extraño que algunos de ellos

y se rompan efectivamente las venas en la lancha; no es extraño que algunos cazadores de cachalotes estén ausentes cuatro años para cuatro barriles; no es extraño que, para muchos armadores, la pesca de la ballena sea un negocio en pérdida, pues es del arponero de quien depende el resultado de la expedición, y si le quitáis el aliento del cuerpo, ¿cómo podéis esperar encontrarlo en él cuando más falta hace?

Librodot

Además, si el arponeo tiene éxito, luego, en el segundo momento crítico, esto es, cuando la ballena echa a correr, el jefe de lancha y el arponero empiezan también a correr a la vez a proa y a popa con inminente riesgo propio y de todos los demás. Entonces es cuando cambian de sitio; y el jefe de bote, principal oficial de la pequeña embarcación, toma su puesto adecuado en la proa de la lancha.

Ahora, no me importa quien mantenga lo contrario, pero todo esto es tan loco como innecesario. El jefe debía quedarse en la proa desde el principio al final; él debería disparar tanto el arpón como la lanza, sin que se esperara de él que remara en absoluto, salvo en circunstancias obvias para cualquier pescador. Sé que esto a veces implicaría una ligera pérdida de velocidad en la persecución, pero una larga experiencia en diversos barcos balleneros de más de una nación me ha convencido de que, en la gran mayoría de fracasos en la pesca, lo que los ha causado no ha sido tanto la velocidad de la ballena cuanto el agotamiento antes descrito del arponero.

Para asegurar la mayor eficacia en el arponeo, todos los arponeros del mundo deberían ponerse de pie saliendo del ocio, y no de la fatiga.

La horquilla

CAPÍTULO LXIII

Del tronco crecen las ramas; de éstas, las ramitas. Así, en temas productivos, crecen los capítulos.

La horquilla aludida en una página anterior merece mención por separado. Es un palo bifurcado de una forma peculiar, de unos dos pies de largo, insertado verticalmente en la borda de estribor junto a la proa, con el fin de proporcionar un apoyo al extremo de madera del arpón, cuyo otro extremo, desnudo y afilado, se proyecta oblicuamente desde la proa. Así el arma está al momento a mano de su lanzador, quien la agarra de su apoyo tan prontamente como un habitante de los bosques descuelga su rifle de la pared. Es costumbre tener dos arpones descansando en la horquilla, llamados respectivamente primero y segundo hierros.

Pero esos dos arpones, cada cual con su pernada, están ambos unidos a la estacha con este objeto: dispararlos ambos, si es posible, en un momento, uno tras otro, contra la misma ballena, de modo que si en el tirón sucesivo se saliera uno, el otro pudiera conservar su presa. Es doblar las probabilidades. Pero muy a menudo ocurre que, debido a la carrera instantánea, violenta y convulsiva de la ballena, al recibir el primer hierro, se le hace imposible al arponero, aunque tenga movimientos de relámpago, lanzarle el segundo hierro. Sin embargo, como el segundo hierro ya está unido a la estacha, y la estacha corre, de aquí que el arma debe ser a toda costa lanzada cuanto antes fuera de la lancha, como sea y a donde sea, pues de otro modo el más terrible peligro amenazaría a todos lo hombres. En consecuencia, se tira al agua en esos casos, lo que, en muchos casos, es prudentemente practicable gracias a las adujas de reserva de la estacha de la caja (mencionada en un capítulo precedente). Pero este crítico acto no siempre deja de ir acompañado de las más tristes y fatales desgracias.

Además: debéis saber que cuando se tira por la borda el segundo hierro, se convierte desde entonces en un terror errante y afilado, dando caprichosas corvetas en torno a la lancha y la ballena, enredándose en las estachas, o cortándolas, y formando una prodigiosa sensación en todas direcciones. Y, en general, tampoco es posible volver a sujetarlo hasta que la ballena está completamente capturada y es cadáver.

Considerad, entonces, cómo debe ocurrir en el caso de cuatro lanchas atacando todas ellas a una ballena insólitamente fuerte, activa y astuta; cuando, debido a esas cualidades suyas, así como a los mil accidentes adicionales de tan audaz empresa, pueden colgar de ella a la vez ocho o diez segundos hierros. Pues, desde luego, cada lancha está provista de varios arpones que atar a la estacha, si el primero se dispara ineficazmente sin recuperarse. Todos esos detalles se narran fielmente aquí porque no dejarán de explicar varios pasajes muy importantes, aunque intrincados, en escenas que se describirán más adelante.

La cena de Stubb

CAPÍTULO LXIV

El cachalote de Stubb había sido muerto a cierta distancia del barco. Había calma, de modo que, poniendo tres lanchas en tándem, empezamos la lenta tarea de remolcar el trofeo hasta el *Pequod. Y* entonces, al trabajar lentamente, hora tras hora, los dieciocho hombres, con nuestros treinta *y* seis brazos *y* ciento ochenta dedos, ante aquel inerte y perezoso cadáver en el mar, que apenas parecía moverse en absoluto, tuvimos de ese modo buena evidencia de la enormidad de la masa que movíamos. Pues en el gran canal del Hang-Ho, o como lo llamen, en China, cuatro o cinco trabajadores por el camino de sirga arrastran un junco con mucha carga a la velocidad de una milla por hora, pero ese gran galeón que remolcábamos avanzaba tan pesadamente como si tuviera una carga de lingotes de plomo.

Sobrevino la oscuridad, pero tres luces, acá y allá, en los obenques del palo mayor del *Pequod*, nos guiaron débilmente en nuestro camino, hasta que, al acercarnos más, vimos a Ahab bajar por la amurada una linterna, entre otras varias. Lanzando una mirada ausente al cetáceo flotante, por un momento, dio las órdenes de costumbre para amarrarlo durante la noche, y luego, cediendo su linterna a un marinero, se metió en la cabina y no volvió a salir hasta por la mañana.

Aunque al dirigir la persecución de este cachalote, el capitán Ahab había evidenciado su acostumbrada actividad, por llamarla así, sin embargo, ahora que el animal estaba muerto, parecía actuar en él alguna vaga insatisfacción, o impaciencia, o desesperación, como si el ver aquel cuerpo muerto le recordara que todavía faltaba matar a Moby Dick, y que, aunque se trajeran a su barco otras mil ballenas, todo ello no adelantaría una jota su grandioso objetivo monomaniático. Muy pronto, a juzgar por el ruido en las cubiertas del *Pequod*, habríais pensado que todos los hombres se preparaban a echar el ancla en la profundidad, pues se arrastraban pesadas cadenas por la cubierta, y las echaban ruidosamente por las portas. Pero con esos eslabones tintineantes, lo que se amarraba no era el barco, sino el propio cadáver. Atado por la cabeza a la popa y por la cola a la proa, el cetáceo yacía ahora con su casco negro junto al del barco, y visto a través de la oscuridad de la noche, que oscurecía en lo alto las vergas *y* jarcias, los dos, barco *y* ballena, parecían enyugados juntos como colosales bueyes, uno de los cuales se recuesta mientras el otro sigue en pie.

Si el malhumorado Ahab ahora era todo quietud, al menos en lo que se pudiera saber en cubierta, Stubb, su segundo oficial, excitado por la victoria, revelaba una excitación insólita aunque de buena naturaleza. En tan desacostumbrada agitación estaba, que el rígido Starbuck, su superior por cargo, le entregó silenciosamente, por el momento, la dirección exclusiva de los asuntos. Pronto se hizo extrañamente manifiesta una pequeña causa que contribuía a toda esa vivacidad en Stubb. Stubb era un refinado: le gustaba un tanto desordenadamente la ballena como

Librodot

cosa sabrosa para su paladar.

-¡Un filete, un filete, antes de acostarme! ¡Tú, Daggoo!, ¡salta por la borda y córtame uno de solomillo!

Aquí ha de saberse que, aunque esos salvajes pescadores, en general, conforme a la gran máxima militar, no hagan al enemigo pagar los gastos inmediatos de la guerra (al menos, antes de liquidar las ganancias del viaje), sin embargo, de vez en cuando, encontraréis algunos de esos hombres de Nantucket que tienen auténtica afición a esa determinada parte del cachalote aludida por Stubb, que comprende la extremidad puntiaguda del cuerpo.

Hacia medianoche, el filete estaba cortado *y* guisado, *y*, a la luz de dos linternas de aceite de esperma, Stubb se enfrentó vigorosamente con su cena de cachalote en el cabrestante, como si el sombrero del cabrestante fuera un aparador. Y no fue Stubb el único que esa noche se banqueteó con carne de cachalote. Mezclando sus gruñidos con las masticaciones de Stubb, miles y miles de tiburones, en enjambre en torno del leviatán muerto, hicieron un ávido festín con su grasa. Los pocos hombres que dormían abajo fueron sobresaltados a menudo en sus literas por el brusco palmetazo de las colas contra el casco, a pocas pulgadas del corazón de los dormidos. Mirando sobre el costado, se les podía ver apenas (como antes se les oía) agitándose en las tétricas aguas negras y revolviéndose sobre el lomo al arrancar grandes trozos redondeados del cachalote, del tamaño de una cabeza humana.

Este logro particular del tiburón parece poco menos que milagroso. Cómo, en una superficie al parecer inatacable, se las arreglan para arrancar bocados tan simétricos, resulta ser un aparte del problema universal de todas las cosas. La señal que dejan así en los cetáceos podría compararse al hueco hecho por un carpintero al perforar para meter un tornillo.

Aunque en medio de todo el horror humeante y diabólico de un combate nocturno se ve a los tiburones observando ansiosamente las cubiertas de un barco, como perros hambrientos en torno a una mesa donde se trincha carne bien roja, dispuestos a engullir a todo hombre muerto que les echen, y aunque, mientras los valientes carniceros de la mesa de la cubierta se están así trinchando canibalescamente unos a otros la carne viva con trinchantes dorados y emborlados, los tiburones, también, con sus bocas de empuñadura enjoyada, se están llevando entre luchas la carne muerta por debajo de la mesa; y aunque, si se volviera de arriba abajo todo el asunto, seguiría siendo poco más o menos lo mismo, es decir, un desagradable asunto bastante tiburonesco para ambas partes; y aunque los tiburones son también los invariables batidores de los barcos negreros que cruzan el Atlántico, trotando sistemáticamente a sus lados para estar preparados en caso de que haya que llevar a alguna parte un bulto, o enterrar decentemente a un esclavo muerto; y aunque se puedan anotar uno o dos ejemplos más, en cuanto a los términos prefijados, lugares y ocasiones en que los tiburones se congregan del modo más sociable, para hacer un festín del modo más animado; sin embargo, no cabe imaginar un momento ni una ocasión en que se les encuentre en tan incontables números, y con ánimo más alegre y jovial, que en torno a un cachalote muerto, amarrado de noche a un barco ballenero en el mar. Si no habéis visto nunca ese espectáculo, suspended vuestra decisión en cuanto a la decencia de la adoración de los demonios y la conveniencia de conciliar al diablo.

Pero, por ahora, Stubb no había prestado más atención al banquete desarrollado tan cerca de él, de lo que los tiburones se habían fijado en cómo se relamían sus propios labios epicúreos.

-¡Cocinero, cocinero!, ¿dónde está ese viejo Nevado? -gritó por fin, abriendo aún más las piernas, como para formar una base más segura para su cena, y, al mismo tiempo, disparando el tenedor contra el plato como si le diera estocadas con su lanza-: ¡Cocinero, tú, cocinero; rumbo

Librodot

acá, cocinero!

El viejo negro, no muy jubiloso por haber sido antes levantado de su caliente hamaca a una hora tan inoportuna, se acercó bamboleándose desde su fogón, pues como a muchos negros viejos, le ocurría algo en sus choquezuelas, que no tenía tan bien fregadas como sus cazuelas; este viejo Nevado, como le llamaban, se acercó renqueando *y* arrastrándose, *y* apoyándose en sus pasos con las tenazas de la cocina, que, de forma tosca, estaban *hechas* de aros de hierro enderezados; este viejo «ébano» llegó tropezando, y en obediencia a la voz de mando, se detuvo al otro lado del aparador de Stubb, donde, con las manos cruzadas por delante, y apoyado en su bastón de dos patas, agachó aún más su doblada espalda, inclinando al mismo tiempo la cabeza a un lado, como para poner en actuación su oído más sano.

-Cocinero -dijo Stubb, elevando rápidamente a la boca un bocado bastante rojizo-, ¿no crees que este filete está demasiado hecho? Has golpeado demasiado este filete, cocinero; está demasiado tierno. ¿No te digo siempre que, para ser bueno, un filete de ballena debe ser duro? Ahí están esos tiburones al otro lado de la borda: ¿no ves que lo prefieren duro y poco hecho? ¡Qué estrépito están armando! Cocinero, ve a hablar con ellos: diles que son bienvenidos, *y* que se sirvan ellos mismos *y* con moderación, pero que no deben hacer ruido. Que me maten si puedo oír mi propia voz. Vete, cocinero, a dar mi recado. Ea, toma este farol -tomando uno de su aparador-: ¡ahora ve a predicarles!

Tomando de mal humor el farol que se le ofrecía, el viejo Nevado atravesó la cubierta renqueando hasta las amuradas; y allí, lanzando la luz con una mano, hacia abajo, por encima del mar, como para obtener una buena vista de su feligresía, con la otra mano blandió solemnemente las tenazas, y asomándose mucho por el costado, empezó a dirigirse a los tiburones con un murmullo de voz, mientras Stubb, que se acercó por detrás agachado, escuchaba todo lo que se decía.

-Hermanos animales: me han mandado decir que debéis terminar ese maldito ruido de ahí. ¿Oís? ¡Dejar ese maldito relameros los labios! Amo Stubb dice que podéis llenar las malditas barrigas hasta los topes, pero ¡por Dios! que no hagáis más ese maldito ruido.

-Cocinero -interrumpió aquí Stubb, acompañando sus palabras con una repentina palmada en el hombro-, ¡cocinero! Vaya, maldita sea tu alma, no debes maldecir de ese modo cuando predicas. ¡No es manera de convertir pecadores, cocinero!

-¿Y qué? Entonces predique usté -*y* se volvió de mal humor para irse.

-No, cocinero; sigue, sigue.

-Bueno, entonces, amadísimos hermanos animales...

-¡Muy bien! -exclamo Stubb, con aprobación-: tienes que halagarles; haz la prueba -y el Nevado continuó.

-Tós vosotros sois tiburones, y muy voraces de nacimiento, pero os digo, hermanos animales, que esa voracidá... ¡pero dejar de dar con la maldita cola! ¿Cómo creéis que podéis oír, si seguís dando ahí esos malditos golpes y mordiscos?

-Cocinero -gritó Stubb, agarrándole por el cuello-: no aguanto esas malas palabras. Háblales como un caballero.

Una vez más, continuó el sermón.

-De vuestra voracidá, hermanos animales, no os digo que tengáis mucha culpa: es de nacimiento y no se pué remediar; pero la cosa es gobernar esa naturaleza perversa. Sois tiburones, es verdá, pero si gobernáis el tiburón que hay en vosotros, bueno, entonces seréis ángeles; porque todo ángel no es más que un tiburón bien gobernao. Ea, mirá, hermanos, por una vez, a ver si sois

bien educaos al serviros de ese cachalote. No arranquéis el bocao de la boca del vecino, digo. ¿No tiene tanto derecho un tiburón como el otro a ese cachalote? Y, por Dios, ninguno de vosotros tiene derecho a ese cachalote; ese cachalote es de otro. Ya sé que algunos de vosotros tienen una boca mu' grande, más grande que otros; pero las bocas grandes a veces tienen barrigas pequeñas; de manera que la grandeza de la boca no es pa' tragar con ella, sino pa' arrancar el bocao pa' los más pequeños de los tiburones, que no puén meterse en el jaleo pa' servirse ellos mismos.

-¡Bien dicho, viejo Nevado! -gritó Stubb-: eso es cristianismo; adelante.

-No sirve pa' na'; esos malditos villanos siguen haciendo ruido y dándose golpes, amo Stubb; no oyen ni palabra; no sirve predicar a esos malditos glotones, como dice usté, hasta que tengan la barriga llena, *y* esas barrigas no tienen fondo; *y* cuando las tengan llenas, no querrán oír; porque se hundirán en el mar, y se irán en seguida a dormir al coral, y no podrán oír ná, para siempre jamás.

-Por mi vida que soy de la misma opinión; así que dales la bendición, Nevado, y me marcho a mi cena.

Entonces Nevado, levantando las dos manos sobre la multitud piscaria, elevó su aguda voz, y gritó:

-¡Malditos hermanos animales! ¡Hacer el ruido más condenao que podáis; llenaros las barrigas hasta que estallen... y luego, a morir!

-Bueno, cocinero -dijo Stubb, continuando su cena en el cabrestante-, ponte donde estabas antes, ahí, frente a mí, y préstame especial atención.

-Toa atención -dijo el Nevado, volviendo a encorvarse sobre sus tenazas en el punto deseado.

-Bueno -dijo Stubb, sirviéndose con abundancia mientras tanto ahora vuelvo al asunto de este filete. Ante todo ¿cuántos años tienes, cocinero?

--¿Qué tiene que ver con el filete? -dijo el viejo negro, de mal humor.

-¡Silencio! ¿Cuántos años tienes, cocinero?

-Unos noventa, dicen -murmuró sobriamente.

-¿Y has vivido en este mundo casi cien años, cocinero, y no sabes guisar un filete de ballena? -y engulló rápidamente otro bocado con la última palabra, de modo que el bocado pareció continuar la pregunta-. ¿Dónde has nacido, cocinero?

-Detrás de la escotilla, en el trasbordador, cruzando el Roanoke.

¡Nacido en un trasbordador! Eso también es raro. Pero quiero saber: ¿en qué país has nacido, cocinero?

-¿No he dicho que en el país de Roanoke? -gritó bruscamente.

-No, no lo has dicho, cocinero; pero te voy a decir adónde voy, cocinero. Debes volver a tu tierra y nacer otra vez; no sabes todavía cómo se hace un filete de ballena.

-Que me maten si vuelvo a hacer otro -gruñó irritado, volviéndose para marcharse.

-Vuelve, cocinero; ea, dame esas tenazas; ahora toma este pedazo de filete, y dime si crees que está hecho como es debido. Tómalo, digo -alargándole las tenazas-, tómalo, y pruébalo.

Relamiéndose débilmente los labios con él por un momento, el viejo negro masculló:

-El filete mejor hecho que he probao nunca; bien jugosito.

-Cocinero -dijo Stubb, volviendo a servirse-, ¿perteneces a la iglesia?

-Una vez pasé por delante de una, en la Ciudá del Cabo -dijo el viejo, de mal humor.

-¿Y has pasado una vez en tu vida delante de una santa iglesia en la Ciudad del Cabo,

donde sin duda oíste que un santo párroco hablaba a sus oyentes llamándoles amadísimos hermanos, de veras, cocinero; y sin embargo vienes acá a decirme una mentira tan terrible como me acabas de decir, eh? -dijo Stubb-. ¿Adónde esperas ir, cocinero?

-A la cama muy pronto -murmuró, medio volviéndose mientras hablaba.

-¡Espera! ¡Ponte al pairo! Quiero decir, cuando te mueras, cocinero. Es una pregunta terrible. Ahora, ¿qué contestas?

-Cuando se muera este viejo negro -dijo lentamente el negro, cambiando todo su aire y actitud-, él mismo no irá a ningún lao, pero un ángel bendito vendrá y se le llevará.

-¿Se le llevará? ¿Cómo? ¿Con un coche de cuatro caballos, como se llevaron a Elías? ¿Y adónde se le llevará?

-Allá arriba -dijo el Nevado, levantando las tenazas sobre la cabeza y sosteniéndolas así con mucha solemnidad.

-¿Así que esperas subir a nuestra cofa, cocinero, cuando estés muerto? Pero ¿no sabes que cuanto más alto subas, más frío tienes? A la cofa, ¿eh?

-No he dicho na' de eso -dijo el Nevado, otra vez de mal humor.

-Dijiste que allá arriba, ¿no? Y ahora mira adónde señalan tus tenazas. Pero quizá esperas llegar al cielo gateando por la boca del lobo, cocinero; pero no, no, cocinero, no llegarás allí si no vas por donde se debe, dando la vuelta por las jarcias. Es un asunto difícil, pero hay que hacerlo, o si no, no se va. Y ninguno de nosotros está todavía en el cielo. Deja las tenazas, cocinero, y escucha mis órdenes. ¿Escuchas? Ten el gorro en una mano, y ponte la otra sobre el corazón, cuando doy mis órdenes, cocinero. ¡Qué! ¿Tienes ahí el corazón? ¡Ésa es la tripa! ¡Arriba, arriba! Ahora estás. Sostenla ahí, y préstame atención.

-Toa atención -dijo el viejo negro, con las manos colocadas donde le decían, y retorciendo inútilmente su cabeza cana como para poner las dos orejas de frente al mismo tiempo.

-Bueno, entonces, ¿ves que este filete de ballena tuyo era tan malo que he tenido que quitarlo de delante tan pronto como he podido? lo ves, ¿no? Bueno, en lo sucesivo, cuando me hagas otro filete de ballena para mi mesa particular, aquí en el cabrestante, te diré qué hay que hacer para no estropearlo dejándolo pasar. Sostén el filete en una mano y enséñale con la otra un carbón encendido; hecho esto, sírvelo; ¿me oyes? Y mañana, cocinero, cuando cortemos el pez, ten cuidado de estar allí para llevarte las puntas de las aletas, y ponlas en vinagreta. Y en cuanto a los extremos de la cola, ponlos en escabeche. Ahora ya te puedes ir.

Pero apenas el Nevado había dado tres pasos, cuando fue llamado otra vez.

-Cocinero, dame chuletas de cena mañana por la noche en la guardia de media. ¿Me oyes? Zarpa entonces. ¡Eh, espera! Haz una reverencia antes de marcharte. ¡Ahora vira otra vez! ¡Albóndigas de ballena para desayunar mañana! ¡No te olvides!

-¡Por Dios, que me gustaría que la ballena se le comiera a él, en vez de él a la ballena! Que me maten si no es más tiburón que el mismo compadre Tiburón -murmuró el viejo, al alejarse renqueando; y, con estas sabias exclamaciones, se fue a su hamaca.

La ballena como plato

CAPITULO LXV

Que el hombre mortal se alimente de la criatura que alimenta su lámpara y, como Stubb, se la coma a su propia luz, como podría decirse, esto parece cosa tan extraña que por fuerza uno

debe meterse un poco en su historia y su filosofía.

Está documentado que hace tres siglos la lengua de la ballena propiamente dicha se estimaba plato exquisito en Francia, alcanzando allí altos precios. Y asimismo, que en tiempos de Enrique VIII, cierto cocinero de la corte obtuvo una hermosa recompensa por inventar una admirable salsa que se había de comer con las marsopas asadas en barbacoa -y las marsopas ya recordáis que son una especie de ballena-. Las marsopas, en efecto, son consideradas hoy día como un delicado manjar. Su carne se convierte en albóndigas de tamaño como de bolas de billar, que, estando bien sazonadas y con especias, podrían tomarse por albóndigas de tortuga o de ternera. A los antiguos monjes de Dunfermline les gustaban mucho. Tenían una gran concesión de la corona sobre las marsopas.

El hecho es que, al menos entre sus cazadores, la ballena sería considerada por todos como un noble plato, si no hubiera tanta, pero al sentarse a comer ante una empanada de casi cien pies de largo, a uno se le quita el apetito. Sólo los hombres más libres de prejuicios, como Stubb, participan hoy de las ballenas guisadas, pero los esquimales no son tan melindrosos. Todos sabemos cómo viven de ballenas, y tienen raras soleras viejísimas de excelente aceite añejo de ballena. Zogranda, uno de sus médicos más famosos, recomienda tajadas de grasa de ballena para los niños, por ser enormemente jugosas y nutritivas. Y eso me recuerda que ciertos ingleses que hace tiempo fueron dejados accidentalmente en Groenlandia por un barco ballenero, vivieron de hecho varios meses con los enmohecidos restos de ballenas que habían quedado en la orilla después de destilar la grasa. Entre los balleneros holandeses esos restos se llaman «frituras», y a ellas, en efecto, se parecen mucho, por ser crujientes *y* de color tostado, *y* oler, cuando están frescos, algo así como los buñuelos o pastelillos de aceite de las amas de casa del viejo Amsterdam. Tienen un aspecto tan apetitoso que el más abnegado recién llegado difícilmente puede dejar de echarles mano.

Pero lo que además deprecia la ballena como plato civilizador es su enorme sustancia grasienta. Es el gran buey premiado del mar demasiado gordo para ser delicadamente bueno. Mirad su joroba, que sería tan fino manjar como la del búfalo (que se considera plato exquisito) si no fuera tal pirámide maciza de grasa. Pero en cuanto al propio aceite de esperma, ¡qué suave y cremoso es!: es como la pulpa blanca, transparente, medio gelatinosa, de un coco en el tercer mes de su crecimiento, pero demasiado grasiento para ofrecer un sustitutivo a la mantequilla... No obstante, muchos balleneros tienen un método para empaparlo en alguna otra sustancia y luego tomárselo. En las largas guardias nocturnas, mientras se destila, es cosa corriente que los marineros mojen su galleta de barco en las grandes marmitas de aceite y la dejen freírse un rato. Muchas buenas cenas he hecho yo así.

En el caso de un cachalote pequeño, los sesos se consideran un plato excelente. La tapa del cráneo se parte con un hacha, y al retirar los dos gruesos lóbulos blancuzcos (que parecen exactamente dos grandes flanes) se mezclan entonces con harina, y se cocinan formando un delicioso plato, de sabor algo parecido a la cabeza de ternera, que es un gran manjar entre algunos epicúreos; y todo el mundo sabe que ciertos jóvenes ejemplares de epicúreos, a fuerza de comer continuamente sesos de ternera, llegan a tener poco a poco algo de sesos propios, hasta poder distinguir una cabeza de ternera de la suya propia, lo cual, desde luego, requiere extraordinaria discriminación. Y ése es el motivo por el que uno de esos jóvenes, teniendo delante una cabeza de ternera de aspecto inteligente, resulta, no sé por qué, uno de los espectáculos más tristes que se pueden ver. La cabeza parece estarle reprochando, con una expresión de *Et tu Brute!*

Quizá no es sobre todo porque la ballena sea tan excesivamente untuosa por lo que la

Librodot

gente de tierra mira con aborrecimiento el comerla; eso parece resultar, en cierto modo, de la consideración antes mencionada: esto es, que un hombre se coma una cosa del mar recién asesinada, y que se la coma, encima, a su propia luz. Pero no hay duda de que el primer hombre que asesinó un buey fue considerado como asesino, *y* quizá fue ahorcado; *y* lo habría sido cierta mente si le hubieran sometido a ser juzgado por bueyes; y verdad es que se lo mereció, si lo merece jamás un asesino. Id un sábado por la noche y ved las multitudes de bípedos vivos que miran pasmados las largas filas de cuadrúpedos muertos. Este espectáculo ¿no es capaz de hacerle perder los dientes al caníbal? ¿Caníbales?, ¿quién no es caníbal? Os digo que se tendrá más tolerancia con el indígena de las Fidji que saló a un flaco misionero en su bodega, contra el hambre inminente; se tendrá más tolerancia, digo, con ese previsor hombre de Fidji, en el día del juicio, que contigo, goloso civilizado e ilustrado, que clavas a los patos en el suelo y haces festín de sus hígados hinchados con tu paté de *foie gran.*

Pero Stubb se come a la ballena a su propia luz, ¿no? Y eso es añadir el insulto a la injuria, ¿no? Mira el mango de tu cuchillo, mi civilizado e ilustrado goloso que comes ese buey asado: ¿de qué está hecho el mango?, ¿de qué, sino de los huesos del hermano del mismo buey que te comes? ¿Y con qué te mondas los dientes, después de devorar a ese grueso pato? Con una pluma de la misma ave. ¿Y con qué pluma redacta ceremoniosamente sus circulares el secretario de la Sociedad para la Supresión de la Crueldad contra las Ocas? Hace sólo un mes o dos que esta sociedad aprobó una decisión de no usar más que plumas de acero.

La matanza de los tiburones

CAPITULO LXVI

Cuando en las pesquerías de los mares del Sur se atraca junto al barco un cachalote capturado a altas horas de la noche, tras un largo y fatigoso trabajo, no es costumbre, al menos en general, pasar inmediatamente a la tarea de descuartizarlo. Pues esta tarea es enormemente laboriosa, no se termina muy pronto, y requiere que todos los hombres se pongan a ella. Por tanto, la costumbre corriente es arriar todas las velas; asegurar el timón a sotavento, y luego mandar bajar a dos a sus hamacas hasta que amanezca, con la reserva de que, hasta entonces, hay que poner guardia de anclas, esto es, que de dos en dos, una hora cada pareja, la tripulación por turno irá subiendo a cubierta para ver si todo va bien.

Pero a veces, sobre todo junto al Ecuador, en el Pacífico, este plan no responde en absoluto, porque se acumulan tan incalculables huestes de tiburones junto al cadáver amarrado, que si se le dejara, digamos, seis horas seguidas, por la mañana quedaría visible poco más que el esqueleto. Sin embargo, en muchas otras partes del océano, donde no abundan tanto estos peces, puede disminuirse a veces considerablemente su voracidad atacándoles vigorosamente con afiladas azadas balleneras, procedimiento, no obstante, que en algunos casos sólo parece cosquillearles incitándoles aún a mayor actividad. Pero no fue así, en el caso presente de los tiburones del *Pequod*, aunque, desde luego, cualquiera poco acostumbrado a tales espectáculos que hubiera mirado por encima de la borda aquella noche, casi habría pensado que todo el mar alrededor era un enorme queso, y los tiburones eran sus gusanos.

Con todo, cuando Stubb montó la guardia de ancla después de terminar su cena, y, cuando, en consecuencia, Queequeg y un marinero del castillo de proa subieron a cubierta, se produjo no poca agitación entre los tiburones, pues colgando inmediatamente los andamios de

Librodot

descuartizar por encima de la borda, y bajando tres faroles, de modo que lanzaran largos fulgores de luz sobre el turbio mar, esos dos marineros, disparando sus largas azadas balleneras, comenzaron un ininterrumpido asesinato de los tiburones,' metiéndoles el agudo acero bien hondo en el cráneo, que al parecer era su única parte vital. Pero en la espumosa confusión de sus mezcladas huestes combativas, no siempre daban en el blanco, y ello daba lugar a nuevas revelaciones de la increíble ferocidad de su enemigo. Cruelmente se daban mordiscos no sólo unos a otros, a las tripas que se les salían, sino que, como arcos flexibles, se doblaban para morderse sus propias tripas, hasta que esas entrañas parecían tragadas una vez y otra por la misma boca, para ser evacuadas a su vez por la herida abierta. Y no era eso todo. Era peligroso mezclarse con los cadáveres y espíritus de esas criaturas. Una especie de vitalidad genérica o panteísta parecía conservarse en sus mismas coyunturas y huesos, después de haberse ausentado lo que podría llamarse la vida individual. Matado e izado a cubierta para conservar su pie, uno de esos tiburones casi le arrancó la mano al pobre Queequeg cuando trataba de cerrar la tapa muerta de su mandíbula asesina.

-Queequeg no querer -dios que hizo tiburón -dijo el salvaje, agitando de arriba abajo la mano dolorida-: igual dios Fidji o dios de Nantucket; pero el dios que hizo tiburón debe ser indio maldito.

Descuartizando

CAPÍTULO LXVII

Era noche de sábado, y ¡qué día del Señor le siguió! Todos los balleneros son, *ex officio*, profesionales del quebrantamiento del día festivo. El ebúrneo *Pequod* se convirtió en lo que parecía un matadero, y cada marinero en un matarife. Habríais creído que ofrendábamos diez mil bueyes rojos a los dioses marinos.

En primer lugar, los enormes aparejos de descuartizar, que, entre otras cosas pesadas, comprende un haz de motones generalmente pintados de verde, y que ningún hombre puede levantar por sí solo -ese enorme racimo de uvas-, fue guindado a la cofa del palo mayor y amarrado firmemente al tamborete del palo macho, el punto más sólido que hay por encima de la cubierta de un barco. La extremidad del cabo, que, como una guindaleza, serpenteaba a través de estos enredos, fue llevado luego al torno, y la enorme polea inferior de los aparejos quedó pendiendo sobre el cachalote; a esta polea se ató el gran gancho de la grasa, que pesa unas cien libras. Y entonces, suspendidos en pisos sobre los costados, Starbuck y Stubb, los oficiales, armados de sus largas azadas, empezaron a excavar un agujero en el cuerpo para insertar el gancho, encima mismo de la más próxima de las dos aletas laterales. Hecho esto, se corta una ancha línea semicircular en torno al agujero; se inserta el gancho, y la mayor parte de los tripulantes, entonando un salvaje coro, empiezan a izar, densamente agolpados en el cabrestante. Al momento, entonces, el barco entero se escora de costado, con todos sus pernos estremecidos como las cabezas de los clavos de una casa vieja en tiempo de escarcha: tiembla, vacila, y sus asustados mástiles hacen saludos al cielo. Cada vez más se inclina hacia el cetáceo, mientras que a cada jadeante tirón del cabrestante responde un tirón auxiliar de las olas; hasta que por fin se oye un rápido chasquido sobresaltador: con un gran golpe de agua, el barco se mece acercándose *y* alejándose del cetáceo, *y* el triunfante aparejo sube a la vista arrastrando tras sí el desprendido extremo semicircular de la primera tira de grasa. Ahora, dado que la grasa envuelve a la ballena

exactamente igual que la cáscara a una naranja, se arranca del cuerpo exactamente igual que a veces se pelan las naranjas, mondándolas en espiral. Pues la tensión mantenida continuamente por el torno hace que el cetáceo siga dando vueltas *y* vueltas en el agua, *y* como la grasa, en una sola tira, se va pelando uniformemente a lo largo de la línea llamada «la bufanda», excavada a la vez por las azadas de Starbuck y Stubb, los oficiales; tan deprisa como se va pelando así, y precisamente por ese mismo acto, va siendo izada todo el tiempo cada vez más alto hasta que su extremo superior roza la cofa del palo mayor; entonces, los hombres del torno cesan de tirar, y por unos momentos, la prodigiosa masa, goteando sangre, se mece de un lado para otro como si colgara del cielo, y cada cual de los presentes debe tener buen cuidado de esquivarla en su balanceo, pues de otro modo le puede dar una bofetada y tirarle de cabeza por la borda.

Uno de los arponeros presentes avanza entonces con una larga *y* aguda arma llamada sable de abordaje, *y* acechando una buena oportunidad, rebana diestramente un considerable agujero en la parte inferior de la masa balanceante. En ese agujero se inserta entonces el extremo del segundo gran aparejo, en uso alternativo, para hacer presa en la grasa y prepararla para la continuación. Tras de ello, ese hábil esgrimidor, avisando a todos los hombres que se aparten, da una vez más un tajo científico a la masa, y, con unos pocos tajos laterales, desesperados y a fondo, la corta completamente en dos, de modo que, mientras la breve porción inferior todavía está sujeta, la larga tira superior, llamada «el cobertor», se balancea desprendida, y queda dispuesta para ser arriada. Los que izan a proa vuelven a reanudar su canto, y mientras un aparejo pela e iza una segunda tira de la ballena, el otro se afloja lentamente, y la primera tira baja derecha por la escotilla mayor, a un local sin mobiliario llamado el cuarto de la grasa. En ese recinto en penumbra, varios hombres ágiles van enrollando el largo cobertor como si fuera una gran masa viva de serpientes trenzadas. Y así se desarrolla la tarea; los dos aparejos izan *y* bajan a la vez; la ballena *y* el torno dan tirones; los del cabrestante cantan; los caballeros del cuarto de la grasa van enrollando; los oficiales trazan el surco de «la bufanda»; el barco hace fuerza y todos los hombres juran de vez en cuando, como manera de aliviar el rozamiento general.

El cobertor

CAPITULO LXVIII

He prestado no poca atención a ese tema tan traído y llevado que es la piel de la ballena. He tenido controversias sobre él con expertos balleneros en el mar y con doctos naturalistas en tierra. Mi opinión primitiva permanece inalterada, pero es sólo una opinión. La cuestión es: ¿qué es y dónde está la piel de la ballena? Ya sabéis lo que es su grasa. Esa grasa es algo de consistencia de carne de *buey*, firme *y* de fibra apretada, pero más dura, más elástica, más compacta, alcanzando en espesor desde ocho o diez a doce o quince pulgadas.

Ahora, por absurdo que parezca a primera vista hablar de la piel de un animal como de algo que tenga tal suerte de consistencia y espesor, sin embargo, de hecho no hay argumentos contra tal suposición, porque no se puede arrancar ninguna otra capa densa que envuelva el cuerpo de la ballena sino esa misma grasa; y la capa externa que envuelve a un animal, si es

Librodot

razonablemente consistente, ¿qué puede ser sino la piel? Verdad es que del cuerpo muerto e intacto de la ballena se puede rascar con la mano una sustancia infinitamente sutil y transparente, algo parecido a las más sutiles escamas de la colapez, sólo que casi tan flexible y blanda como el raso; esto es, antes que se seque, pues entonces no sólo se contrae y espesa, sino que se vuelve dura y quebradiza. Tengo varios trozos secos así, que uso como señales en mis libros balleneros. Es transparente, como antes dije; y al ponerla sobre la página impresa, a veces me he complacido imaginando que hacía efecto de lente de aumento. En cualquier caso, es grato leer sobre las ballenas a través de sus propias gafas, como quien dice. Pero adonde quiero ir es a esto: esa misma sustancia infinitamente sutil y como colapez que, según reconozco, reviste todo el cuerpo de la ballena, no se considera tanto como la piel del animal, cuanto, por decirlo así, como la piel de la piel, pues sería sencillamente ridículo decir que la verdadera piel de la enorme ballena es más sutil y tierna que la piel de un niño recién nacido. Pero basta de esto.

Suponiendo que la grasa sea la piel de la ballena, entonces, si esa piel, como ocurre en el caso de un cachalote muy grande, produce la cantidad de cien barriles de aceite, y si se considera que en cantidad, o mejor dicho, en peso, este aceite, en su estado exprimido, es sólo tres cuartas partes y no la entera sustancia de su revestimiento, se puede sacar por aquí alguna idea de lo enorme de esta masa animada, si una mera parte de su mero tegumento proporciona un lago de líquido como ése. Calculando diez barriles por tonelada, se obtienen diez toneladas como peso neto de solamente tres cuartas partes de la materia de la piel de la ballena. En vida, la superficie visible del cachalote no es la menor entre las maravillas que presenta. Casi sin falta, está toda ella cruzada y recruzada oblicuamente por innumerables marcas rectas en denso orden, algo así como los de los más finos grabados italianos de línea. Pero esas señales no parecen estar grabadas en la sustancia de colapez antes mencionada, sino que parecen verse a través de ella, como si estuvieran grabadas en el cuerpo mismo. Y no es eso todo. En algunos casos, para una mirada viva y observadora, esas marcas lineales, como en un auténtico grabado, no constituyen más que el fondo para otras delineaciones. Estas son jeroglíficas, esto es, si llamáis jeroglíficos a esas misteriosas cifras en las paredes de las pirámides, entonces ésta es la palabra adecuada para situar en el presente contexto. Por mi memoria retentiva de los jeroglíficos de un determinado cachalote, quedé muy impresionado con una placa que reproducía los antiguos caracteres indios cincelados en las famosas murallas con jeroglíficos que hay en las orillas del Alto Mississippi. Como esas místicas rocas, también, la ballena místicamente marcada sigue siendo indescifrable. Esa alusión a las rocas indias me recuerda otra cosa. Además de todos los demás fenómenos que presenta el exterior del cachalote, no es raro que muestre el lomo, y sobre todo los flancos, con su aspecto lineal regular, borrado en gran parte debido a numerosos arañazos violentos, de aspecto por completo irregular y azaroso. Yo diría que esas rocas de la costa de New England, que Agassiz imagina que ostentan las señales de violento contacto y rozamiento con grandes icebergs a la deriva; a mi juicio, esas rocas deben parecerse no poco al cachalote en ese aspecto. También me parece que tales arañazos del cachalote probablemente están hechos por el contacto hostil con otras ballenas, pues los he notado sobre todo en los grandes toros adultos de esta especie.

Una palabra o dos sobre este asunto de la piel o grasa de la ballena. Ya se ha dicho que se le arranca en largas piezas, llamadas «piezas de cobertor». Como muchos términos marítimos, éste es muy afortunado y significativo. Pues la ballena, en efecto, está arropada en su grasa como en una auténtica manta o colcha; o, mejor aún, como en un poncho indio echado por la cabeza y que le rodea como una falda su extremidad. Por causa de este caliente arropamiento de su cuerpo, la ballena es capaz de mantenerse a gusto en todos los climas, en todos los mares, tiempos y

Librodot

mareas. ¿Qué sería de una ballena de Groenlandia, digamos, en esos mares helados y estremecedores del norte, si no estuviera provista de su caliente sobretodo? Verdad es que se encuentran otros peces muy vivaces en esas aguas hiperbóreas, pero ésos, ha de observarse, son los otros peces, de sangre fría y sin pulmones, cuyas mismísimas barrigas son refrigeradores; criaturas que se calientan al socaire de un iceberg, como un viajero invernal que se calentara ante el fuego de una posada; mientras que la ballena, como el hombre, tiene pulmones y sangre caliente. Heladle la sangre, y se muere. Qué maravilloso es entonces -salvo después de la explicación- que ese gran monstruo, para quien el calor corporal es tan indispensable como para el hombre; qué maravilloso es, digo, que se encuentre en su casa sumergido hasta los labios en esas aguas árticas, donde, cuando los marineros caen por la borda se les encuentra a veces, meses después, congelados verticalmente en el corazón de campos de hielo, igual que se encuentra una mosca presa en el ámbar. Pero más sorprendente es saber, como se ha probado por experiencia, que la sangre de una ballena polar es más caliente que la de un negro de Borneo en verano.

A mí me parece que aquí vemos la rara virtud de una fuerte vitalidad individual, y la rara virtud de unas paredes gruesas, y la rara virtud de la espaciosidad interior. ¡Oh, hombre, admira a la ballena y tómala por modelo! Permanece también tú caliente entre el hielo. Tú también vives en este mundo sin ser de él. Quédate frío en el ecuador; mantén fluida tu sangre en el Polo. Como la gran cúpula de San Pedro, y como la gran ballena, conserva, ¡oh, hombre!, en todas las estaciones una temperatura propia.

Pero ¡qué fácil y qué desesperanzado enseñar estas cosas tan hermosas! De las construcciones, ¡qué pocas tienen cúpulas como la de San Pedro! De las criaturas, ¡qué pocas son tan vastas como la ballena!

El funeral

CAPITULO LXIX

¡Halad las cadenas! ¡Soltad la carcasa a popa! Los enormes aparejos han cumplido ya su deber. El desollado cuerpo blanco del cachalote decapitado resplandece como una sepultura de mármol; aunque cambiado de color, no ha perdido nada perceptible en tamaño. Sigue siendo colosal. Lentamente se aleja flotando, mientras el agua a su alrededor es quebrada y salpicada por los insaciados tiburones, y el aire, por encima, es violado por rapaces vuelos de aves chillonas, cuyos picos son como puñales que atacan al cetáceo. El vasto fantasma blanco y decapitado sigue alejándose del barco, y a cada vara que deriva así flotando, se aumenta el criminal estrépito con lo que parece varas cuadradas de tiburones y varas cúbicas de aves. Durante horas y horas, se ve ese horrible espectáculo desde el barco casi inmóvil. Bajo el cielo sin nubes, de suave azur, sobre el hermoso rostro del grato mar, ventilado por las jubilosas brisas, la gran masa de muerte sigue derivando, hasta que se pierde en perspectivas infinitas.

¡Son unos funerales tristísimos y burlones! Los buitres de mar, todos ellos de piadoso luto; los tiburones del aire, todos ceremoniosamente de negro o de lunares. Imagino que bien pocos de ellos habrían ayudado al cetáceo en vida, si por casualidad les hubiera *nece*sitado; pero se precipitan muy piadosamente al banquete de sus funerales. ¡Ah, horrible buitrismo de la tierra, del que no está libre ni aun la más poderosa ballena!

Y no es ése el fin. Profanado el cuerpo como está, un vengativo espectro sobrevive y se cierne sobre él para asustar. Descubierto desde lejos por algún tímido barco de guerra, o por

Librodot

alguna equivocada nave de exploración, cuando la distancia que oscurece el enjambre de aves sigue mostrando sin embargo la blanca masa que flota al sol, y la blanca espuma que rompe bien alto contra ella, inmediatamente se anota el inofensivo cadáver del cetáceo, con dedos temblorosos, en el cuaderno de bitácora: *Bajío, rocas y rompientes por aquí:¡cuidado! Y* durante años después, quizá, los barcos esquivan ese sitio, dando un salto sobre él como las ovejas tontas saltan sobre un vacío porque su guía, al principio, saltó allí, cuando alguien sostenía un palo. ¡Ahí está vuestra ley de los precedentes; ahí está vuestra utilidad de las tradiciones; ahí está la historia de vuestra supervivencia obstinada de viejas creencias jamás cimentadas en la tierra, y que ahora ni siquiera se ciernen en el aire! ¡Ahí está la ortodoxia!

Así, mientras en vida el gran cuerpo de la ballena puede haber sido un auténtico terror para sus enemigos, en su muerte, su espectro se convierte en un impotente pánico para el mundo.

¿Crees en espectros, amigo mío? Hay otros espectros que no son el de Cock-Lane, y hay hombres, más profundos que el doctor Johnson, que *creen* en ellos.

La esfinge

CAPITULO LXX

No habría debido omitir que, antes de desollar por completo el cuerpo del leviatán, había sido decapitado. Ahora, decapitar al cachalote es una hazaña anatómica de que se enorgullecen muchos expertos cirujanos balleneros, y no sin razón.

Considerad que el cachalote no tiene nada que pueda ser llamado cuello; al contrario, en el mismísimo lugar donde parecen unirse su cabeza y su cuerpo es donde se encuentra su parte más gruesa. Recordad, asimismo, que el cirujano debe operar desde arriba, a unos ocho o diez pies de su paciente, y que ese paciente está casi oculto en un mar opaco, agitado, *y a* menudo tumultuoso *y* explosivo. Tened en cuenta, también, que en esas circunstancias poco propicias tiene que cortar en la carne hasta varios pies de profundidad; y en esa forma subterránea, sin poder siquiera obtener un atisbo de la incisión siempre contraída que ha hecho así, debe evitar hábilmente el contacto con todas las prohibidas partes adyacentes, y cortar exactamente el espinazo en un punto crítico a su inserción en el cráneo. ¿No os maravilla, entonces, la jactancia de Stubb, que sólo pedía diez minutos para decapitar a un cachalote?

Apenas cortada, se larga la cabeza a popa, sujetándola allí con un cable hasta que el cuerpo está desollado. Hecho esto, si pertenece a una ballena pequeña, es izada a cubierta para disponer de ella con tranquilidad. Pero con un leviatán adulto eso es imposible; pues la cabeza de un cachalote alcanza casi un tercio de su masa total, y sería tan vano intentar suspender del todo tal carga, aun con los inmensos aparejos del ballenero, sería cosa tan vana como intentar pesar un granero holandés con la balanza de un joyero.

Una vez decapitado el cetáceo del *Pequod y* desollado el cuerpo, se izó la cabeza contra el costado del barco, medio salida del mar, para que todavía la mantuviera en gran parte a flote su elemento nativo. Y allí, con la tensa embarcación inclinándose abruptamente sobre ella, a causa del enorme tirón hacia abajo desde el tamborete del palo macho, y con todos los penoles de ese lado asomando como grúas sobre las olas; allí, esa cabeza goteando sangre colgaba de la cintura del *Pequod* como el gigante Holofernes del cinturón de Judit.

Cuando se acabó esta última tarea era mediodía, y los marineros bajaron a comer. Reinó el silencio sobre la cubierta, antes tumultuosa pero ahora abandonada. Una intensa calma de

cobre, como un loto amarillo universal, desplegaba cada vez más sus callados pétalos sobre el mar.

Transcurrió un corto intervalo, y Ahab subió desde su cabina a esta quietud. Dando unas pocas vueltas por el alcázar, se detuvo a mirar por encima de la borda, y luego, acercándose lentamente a los cadenotes, tomó la larga azada de Stubb -que seguía todavía allí después de la decapitación de la ballena- y, clavándola en la parte inferior de la masa medio suspendida, se colocó el otro extremo bajo el brazo, como una muleta, y se quedó así asomado, con los ojos atentamente fijos en esa cabeza.

Era una cabeza negra *y* encapuchada, *y* colgada allí, en medio de una calma tan intensa, parecía la Esfinge en el desierto.

-Habla, enorme y venerable cabeza -murmuró Ahab-, que, aunque privada de barba, te muestras acá y allá encanecida de moho; habla, poderosa cabeza, y dinos el secreto que hay en ti. De todos los buceadores, tú eres quien más hondo se ha sumergido. Esta cabeza sobre la que brilla ahora el sol, se ha movido entre los cimientos del mundo. Donde se oxidan nombres y armadas sin anotar, *y* se pudren esperanzas *y* áncoras nunca dichas; donde en su criminal sentina, esta fragata que es la tierra, está lastrada de huesos de millones de ahogados; allí, en esa terrible tierra de agua, allí estaba tu hogar más familiar. Tú has estado donde jamás llegó campana o buzo; has dormido al lado de muchos marineros, donde insomnes madres darían sus vidas por acostarles. Tú viste a los amantes abrazados saltar del barco en llamas; pecho contra pecho se hundieron bajo la ola jubilosa; fieles uno a otro, cuando el cielo parecía serles falso. Tú viste al oficial asesinado cuando los piratas le tiraron de la cubierta a medianoche; para todas las horas ha caído en la más profunda medianoche de este estómago insaciable; y sus asesinos siguieron navegando incólumes, mientras que raudos rayos estremecían al barco vecino que iba a llevar a un honrado marido a los brazos extendidos que le ansiaban. ¡Oh cabeza! ¡Tú has visto bastante para desgajar los planetas *y* hacer infiel a Abraham, *y* no dices una sílaba!

-¡Vela a proa! -gritó una voz triunfante desde la cofa del palo mayor.

-¿Ah, sí? Bueno, eso da gusto -gritó Ahab, incorporándose de repente, mientras enteras nubes de tormenta se apartaban de su frente-. Ese grito vivaz sobre esta calma mortal casi podría convertir a un hombre mejor. ¿Por dónde?

-Tres cuartas a proa a estribor, capitán, ¡y nos trae la brisa!

-Mejor que mejor, muchacho. ¡Ojalá viniera por ahí san Pablo *y* trajera su brisa a mi calma chicha! ¡Ah, naturaleza, *y*, oh alma del hombre!, cuánto más allá de toda expresión están tus emparejadas analogías; no se mueve ni vive el más pequeño átomo de materia sin que tenga en la mente su hábil duplicado.

La historia del jeroboam

CAPITULO LXXI

La nave y la brisa avanzaban corriendo mano a mano, pero la brisa llegó antes que el barco, *y* pronto el *Pequod* empezó a balancearse.

Librodot

Poco a poco, a través del catalejo, las lanchas del barco desconocido y sus cofas con vigías mostraron que era un ballenero. Pero como estaba lejos a barlovento y pasaba de largo, al parecer dirigiéndose a alguna otra zona de pesca, el *Pequod* no podía esperar alcanzarla. Así que se izó la señal, para ver qué respuesta se daría.

Aquí ha de decirse que, igual que los navíos de la marina de guerra, los barcos de la flota ballenera americana tienen cada cual una señal propia; y todas esas señales están reunidas, llevando al lado los nombres de las respectivas naves, en un libro del que están provistos todos los capitanes. Por consiguiente, los capitanes de balleneros pueden reconocerse unos a otros en el océano, aun a distancias considerables, y con poca facilidad.

Al fin, a la señal del *Pequod* respondió el recién llegado izando la suya, que mostró que era el, *jeroboam,* de Nantucket. Braceando en cruz, recaló sobre el *Pequod,* se alineó a través a sotavento de nuestro barco, y arrió un bote, que pronto estuvo cerca, pero cuando se preparaba la escalerilla, por orden de Starbuck, para uso del capitán visitante, el forastero en cuestión agitó la mano desde la proa del bote en señal de que era enteramente inútil esa medida. Resultó que el *Jeroboam* tenía una epidemia maligna a bordo, *y* que su capitán, Mayhew, tenía miedo de contagiar a la tripulación del *Pequod.* Pues, aunque él mismo y la tripulación del bote permanecían sanos *y* aunque su barco estaba a medio tiro de rifle, con un mar *y* un aire incorruptibles meciéndose y soplando por entre medias, sin embargo, en concienzudo cumplimiento de la tímida cuarentena de los puertos, rehusó de modo perentorio entrar en contacto directo con el *Pequod.*

Pero esto no impidió en modo alguno toda comunicación. Con un intervalo de unas pocas yardas entre él mismo y el barco, el bote del *Jeroboam,* usando de vez en cuando los remos, se las arregló para mantenerse paralelo al *Pequod,* que se movía pesadamente por el mar (pues para entonces soplaba viento fresco), con la gavia en facha; aunque, desde luego, a veces la lancha era empujada a cierta distancia por el empuje súbito de una gran ola, pero pronto la llevaban hábilmente otra vez a su sitio propio. Sujeta a esto, y a otras interrupciones semejantes de vez en cuando, se sostenía entre ambas partes una conversación, pero, de vez en cuando, con alguna otra interrupción de especie muy diversa.

Entre los remeros de la lancha del *Jeroboam* había un hombre de aspecto singular, aun para esa salvaje vida ballenera donde las peculiaridades individuales componen todas las totalidades. Era un hombre bajo, rechoncho, de aspecto juvenil, con toda la cara salpicada de pecas y con abundante pelo amarillo. Le envolvía una levita de largos faldones y de corte cabalístico, de desteñido color castaño, con las rebosantes mangas remangadas en las muñecas. En sus ojos había un profundo y fanático delirio fijo.

Tan pronto como se señaló por primera vez esta figura, Stubb exclamó: -¡Es él, es él! ¡Aquel bufón de ropas holgadas de que nos habló la tripulación del *Town-Ho!*

Stubb aludía aquí a una extraña historia contada sobre el *Jeroboam y* sobre cierto marinero de su tripulación algún tiempo antes, cuando el *Pequod* habló con el *Town-Ho.* Según este relato *y* lo que se supo posteriormente, parecía que el bufón en cuestión había alcanzado un ascendiente asombroso sobre casi todos los del *Jeroboam*. *Su* historia era ésta:

Se había criado entre la loca compañía de los Shakers de Neskyeuna donde había sido un gran profeta; en sus dementes reuniones secretas había descendido varias veces del cielo por una trampilla, anunciando la pronta apertura del séptimo cáliz, un frasco que llevaba en el bolsillo del chaleco, pero que, en vez de contener pólvora, se suponía que estaba cargado de láudano. Al apoderarse de él un extraño antojo apostólico, dejó Neskyeuna por Nantucket, donde, con la

Librodot

astucia propia de la locura, asumió un aspecto tranquilo y sensato, *y* se ofreció como bisoño para el viaje ballenero del *Jeroboam*. Le enrolaron, pero en cuanto el barco dejó de estar a la vista de tierra, brotó su demencia en inundación. Se proclamó como el arcángel Gabriel, y ordenó al capitán que saltara por la borda. Publicó su manifiesto, en que se presentaba como el liberador de las islas del mar y vicario general de toda la Oceánida. La inflexible seriedad con que declaraba estas cosas, el oscuro y atrevido juego de su excitada imaginación insomne, y todos los terrores preternaturales del delirio auténtico se unieron para revestir a Gabriel de una atmósfera de sacralidad en las mentes de la mayoría de la ignorante tripulación. Además, le tenían miedo. Sin embargo, como un hombre así no era de gran utilidad en el barco, sobre todo porque rehusaba trabajar cuando se le antojaba, el incrédulo capitán deseaba deshacerse de él; pero al darse cuenta de que la intención de ese individuo era desembarcarle en el primer puerto conveniente, el arcángel abrió inmediatamente todos sus sellos y cálices, entregando al barco y a todos los marineros a la perdición incondicional en el caso de que se llevara a cabo ese designio. Tan fuertemente influyó en sus discípulos de la marinería, que por fin se presentaron en corporación al capitán y le dijeron que si se echaba a Gabriel del barco, no se quedaría ni uno de ellos. Por consiguiente, el capitán se vio obligado a abandonar su plan. Y tampoco habían de permitir que Gabriel fuese maltratado, dijera o hiciera lo que quisiera, de modo que acabó por ocurrir que Gabriel tuvo completa libertad en la nave. La consecuencia de todo ello fue que al arcángel no le importaban ni poco ni mucho el capitán *y* los oficiales; *y* desde que se declaró la epidemia, tenía mayor dominio que nunca, declarando que la plaga, como él la llamaba, estaba a su mando solamente, y no se evitaría sin su beneplácito. Los marineros, en su mayor parte pobres diablos, se rebajaron y algunos de ellos le adulaban, rindiéndole a veces homenaje personal como a un dios, en obediencia a sus instrucciones. Tales cosas pueden parecer increíbles, pero son verdaderas por más que sorprendan. Y la historia de esos fanáticos, si se tiene en cuenta el desmedido autoengaño del propio fanático, no es ni la mitad de sorprendente que su desmedido poder de engañar y endemoniar a tantos otros. Pero es hora de volver al *Pequod.*

-No tengo miedo de tu epidemia, hombre -dijo Ahab desde las ameradas al capitán Mayhew, que estaba en la popa de la lancha-; sube a bordo.

Pero entonces Gabriel se puso de pie, de repente.

-¡Piensa, piensa en las fiebres, amarillas y biliosas! ¡Ten cuidado con la horrible plaga!

-Gabriel, Gabriel -gritó el capitán Mayhew-: debes, o...

Pero en ese momento una ola de cabeza disparó la lancha bien lejos, y sus salpicaduras cubrieron todo lenguaje.

-¿Has visto a la ballena blanca? -preguntó Ahab, cuando la lancha volvió derivando.

-¡Piensa, piensa en tu ballenera, desfondada y hundida! ¡Cuidado con su horrible cola!

-Te vuelvo a decir, Gabriel, que...

Pero otra vez la lancha saltó adelante como arrastrada por demonios. Nada se dijo durante unos momentos, mientras pasaban una serie de olas amotinadas que, por uno de esos caprichos ocasionales de los mares, rompían sin hincharse. Mientras tanto, la cabeza de cachalote izada daba violentas sacudidas, y Gabriel la miraba con bastante más temor de lo que parecía permitir su naturaleza arcangélica.

Acabado este intermedio, el capitán Mayhew empezó una larga historia sobre Moby Dick, pero, sin embargo, no sin frecuentes interrupciones por parte de Gabriel, siempre que se mencionaba su nombre, y por parte del loco mar, que parecía aliado con él.

Parecía que el *Jeroboam* no había dejado el puerto hacía mucho tiempo cuando, al hablar

con un barco ballenero, su tripulación fue informada de modo fidedigno sobre la existencia de Moby Dick y de los trastornos que había causado. Absorbiendo ávidamente esta noticia, Gabriel amonestó con solemnidad al capitán para que no atacara a la ballena blanca, en caso de que se viera al monstruo, y declaró, en su demencia ininteligible, que la ballena blanca era nada menos que el Dios Shaker encarnado, ya que los Shakers aceptan la Biblia. Pero cuando un año o dos después se avistó claramente a Moby Dick desde las cofas, Macey, el primer oficial, se consumía de ardor por salir a su encuentro, y como el propio capitán no se opuso a darle esa oportunidad, a pesar de todas las denuncias y avisos del arcángel, Macey logró convencer a cinco hombres para que montaran en su lancha. Con ellos empezó a remar, y después de muchos trabajos, *y* muchos ataques peligrosos *y* sin éxito, logró por fin hacer presa con un hierro. Mientras tanto, Gabriel, subiendo al calcés de sobrejuanete mayor, agitaba un brazo en gestos frenéticos, y lanzaba profecías de inminente condenación contra los sacrílegos atacantes de su condición divina. Ahora, mientras Macey, el oficial, se erguía en la proa de su lancha, y, con toda la indómita energía de su tribu, desfogaba sus salvajes exclamaciones contra la ballena, tratando de obtener una buena ocasión para su lanza ya en alto, he aquí que una ancha sombra blanca se elevó del mar, y dejó temporalmente sin aliento los cuerpos de los remeros con su rápido movimiento de abanico.

Un momento después, el desdichado oficial, tan lleno de vida furiosa, era lanzado entero por el aire, y trazando un largo arco en su descenso, caía al mar a la distancia de unas cincuenta yardas. Ni una astilla del bote quedó dañada, ni un pelo de la cabeza de ningún remero, pero el primer oficial se hundió para siempre.

Está bien poner aquí entre paréntesis que de los accidentes de la pesca de ballenas, esta clase es casi tan frecuente como cualquier otra. A veces, no se daña nada sino el hombre así aniquilado; más a menudo, se arranca con el golpe la proa de la lancha, o la castañuela en que el jefe de lancha apoya el muslo es arrancada de su sitio y acompaña al cuerpo. Pero lo más extraño de todo es la circunstancia de que, en más de un caso, cuando se recupera el cuerpo, no se distingue una sola señal de violencia, estando el hombre completamente muerto.

Toda esa calamidad, con la caída de la figura de Macey, se observó claramente desde el barco. Lanzando un grito penetrante -«¡El cáliz, el cáliz!»-, Gabriel disuadió con sus llamadas a la tripulación, abrumada de terror, de que siguieran persiguiendo a la ballena. Ese terrible acontecimiento revistió al arcángel de nuevo influjo, porque sus crédulos discípulos creyeron que lo había anunciado específicamente, en vez de hacer sólo una profecía general, que podría haber hecho cualquiera, dando así por casualidad en uno de los muchos blancos en el ancho margen que quedaba. Se convirtió en un terror sin nombre para el barco.

Al concluir Mayhew este relato, Ahab le hizo tales preguntas, que el capitán visitante no pudo menos de inquirir si se proponía perseguir a la ballena blanca. A lo cual Ahab contestó:

-Sí.

Inmediatamente, Gabriel se puso en pie sobresaltado, miró furiosamente hacia el viejo y exclamó, mientras apuntaba con el dedo hacia abajo:

-¡Pensad, pensad en el blasfemo; muerto y allá abajo! ¡Cuidado con el fin del blasfemo!

Ahab se volvió a un lado con sosiego, y luego dijo a Mayhew:

-Capitán, acabo de acordarme de mi bolsa de correo, hay una carta para uno de sus oficiales, si no me equivoco. Starbuck, busque la bolsa.

Todo barco ballenero lleva un buen número de cartas para diversos barcos, cuya entrega a las personas a quienes puedan estar dirigidas depende de la simple probabilidad de encontrarlos

en los cuatro océanos. Así, la mayor parte de las cartas nunca llegan a su objetivo; y muchas se reciben sólo después de dos o tres años o más.

Pronto volvió Starbuck con una carta en la mano. Estaba lamentablemente arrugada, húmeda y cubierta de un opaco moho verde con manchas; como consecuencia de semejante carta, la misma Muerte bien podría haber sido el cartero.

-¿No sabe leerla? -gritó Ahab-. Démela, hombre. Sí, sí, no es más que un garrapateo borroso... ¿Esto qué es?

Mientras él la descifraba, Starbuck tomó un largo palo de azada ballenera, y con su navaja partió ligeramente el extremo para insertar allí la carta, y, de ese modo, entregarla a la lancha, sin que se acercara más al barco.

Mientras tanto Ahab, sosteniendo la carta, murmuraba:

-«Al señor Har...», sí, «señor Harry»... (una letra puntiaguda de mujer; su mujer, apuesto). Sí... «Al señor Harry Macey, a bordo del *Jeroboam»;* ¡cómo, es Macey, *y* ha muerto!

-¡Pobre muchacho, pobre muchacho! Y de su mujer -suspiró Mayhew-, pero démela.

-No, quédatela tú mismo -gritó Gabriel a Ahab-: tú irás pronto por ese camino.

-¡Que los demonios te estrangulen! -aulló Ahab-. Capitán Mayhew, prepárese ya a recibirla.

Y tomando la misiva fatal de manos de Starbuck, la metió en la hendidura del palo y se la alcanzó hasta la lancha. Pero al hacerlo así, los remeros dejaron de remar, con la expectación; la lancha derivó un poco hacia la popa del barco, de modo que, como por magia, la carta quedó de repente a la altura de la ávida mano de Gabriel. Éste la agarró en un momento, empuñó el cuchillo de la lancha, y, atravesando con él la carta, lo lanzó, así cargado, al barco. Cayó a los pies de Ahab. Entonces Gabriel aulló a sus compañeros que tiraran adelante con los remos, y de ese modo la revoltosa lancha se alejó disparada del *Pequod.*

Cuando, tras este intermedio, los marineros continuaron su trabajo con la envoltura de la ballena, se insinuaron muchas cosas extrañas en referencia a este sorprendente asunto.

El andarivel

CAPÍTULO LXXII

En el tumultuoso asunto de descuartizar una ballena y ocuparse de ella, hay mucho que correr de un lado a otro, para la tripulación. Unas veces hacen falta hombres aquí, y otras veces hacen falta allá. No hay modo de quedarse en un solo sitio, pues al mismo tiempo hay que hacerlo todo en todas partes. Mucho de eso le ocurre al que intenta describir la escena. Ahora tenemos que desandar nuestro camino un poco. Se mencionó que al romper por primera vez la superficie en el lomo de la ballena, el gancho de la grasa se insertó en el agujero cortado previamente allí por las azadas de los oficiales. Pero ¿cómo quedó fijada en ese agujero una masa tan torpe y pesada como ese gancho? La insertó allí mi particular amigo Queequeg, quien, como arponero, tenía la obligación de bajar al lomo del monstruo con el propósito especial a que se ha aludido. Pero en muchos casos, las circunstancias requieren que el arponero se quede en la ballena hasta que concluya toda la operación del desollamiento o despojo. La ballena, ha de observarse, se encuentra casi enteramente sumergida, excepto las partes inmediatas sobre las que se opera. Así que allá abajo el pobre arponero da vueltas *y* vacila, mitad en la ballena *y* mitad en el agua, mientras la vasta mole gira debajo de él como un molino de rueda de escalones. En la

Librodot

ocasión a que aludimos, Queequeg lucía el traje escocés, o sea, una camisa y calcetines, en que, al menos a mis ojos, aparecía extraordinariamente favorecido; y nadie tuvo mejor ocasión de observarle, como se va a ver.

Por ser yo el hombre de proa de este salvaje, esto es, la persona sentada en el remo de proa de su lancha (el segundo de delante), me correspondía el grato deber de ayudarle mientras él hacía aquel pataleante gateo sobre el lomo de la ballena muerta. Habréis visto a los organilleros italianos sosteniendo a un mono bailarín con una larga cuerda. Precisamente así, desde el abrupto costado del barco, sujetaba yo a Queequeg allá abajo en el mar, mediante lo que se llama técnicamente en la pesquería un andarivel o «cable de mono», amarrado a una recia tira de lona prendida en torno a su cintura.

Para ambos de nosotros, era un asunto humorísticamente peligroso. Pues, antes de continuar, debe decirse que el andarivel estaba sujeto por los dos extremos; sujeto al ancho cinturón de lona de Queequeg y sujeto a mi estrecho cinturón de cuero. De modo que, para bien o para mal, los dos estábamos casados por el momento, y si el pobre Queequeg se hundía para no volver a subir más, entonces, tanto la costumbre como el honor exigían que, en vez de cortar la cuerda, el andarivel me arrastrase hundiéndome en su estela. Así pues, nos unía una prolongada ligadura de siameses. Queequeg era mi inseparable hermano gemelo, y yo no podía eludir de ningún modo las peligrosas responsabilidades que implicaba aquel vínculo de cáñamo.

Tan enérgica y metafísicamente entendía yo entonces mi situación, que, mientras observaba sus movimientos con ansia, me pareció percibir con claridad que mi propia individualidad estaba ahora fundida en una sociedad comanditaria de dos; que mi libre albedrío había recibido una herida mortal, y que, en mi inocencia, el error o la desgracia de otro podía hundirme en desastre y muerte no merecidos. Por tanto, vi que allí había una especie de interregno en la Providencia, pues su equidad igualitaria jamás podría haber sancionado tan garrafal injusticia. Y sin embargo, cavilando más -a la vez que con sacudidas le sacaba de vez en cuando de entre la ballena y el barco, que amenazaban aplastarle-, cavilando más, digo, vi que esa situación mía era la situación exacta de todo mortal que alienta, sólo que, en la mayoría de los casos, de un modo o de otro, uno tiene esa conexión siamesa con una pluralidad de otros mortales. Si vuestro banquero quiebra, os hundís; si vuestro boticario, por error, os manda veneno en las píldoras, os morís. Verdad es que quizá diréis que, a fuerza de precaución, podéis escapar acaso de esas y las demás numerosas ocasiones de males en la vida. Pero, por muy atentamente que yo manejaba el andarivel de Queequeg, a veces él le daba tales sacudidas que yo estaba muy a punto de resbalar por la borda. Y tampoco me era posible olvidar que, hiciera lo que hiciera, yo no tenía más que el uso de un solo extremo.

He sugerido que muchas veces saqué con una sacudida a Queequeg de entre la ballena y el barco, donde caía de vez en cuando, con el incesante balanceo y desvío de ambos. Pero no era ése el único riesgo de hacerse trizas a que estaba expuesto. Sin horrorizarse por la matanza hecha con ellos durante la noche, los tiburones, ahora incitados otra vez con más apremio por la sangre, antes contenida, que empezaba a manar del cadáver, lo rodeaban en enjambres de criaturas rabiosas como abejas en una colmena.

Y en medio mismo de esos tiburones estaba Queequeg, que a veces les hacía apartarse con los pies vacilantes; una cosa en absoluto increíble si no fuera porque, atraído por una presa tal como una ballena muerta, el tiburón, por lo demás carnívoro sin distinción, raramente toca a un hombre.

No obstante, puede creerse muy bien que una vez que mete en la masa unas manos tan

rapaces, se considera prudente no perderle de vista. En consecuencia, además del andarivel, con que de vez en cuando sacaba de una sacudida al pobre muchacho de la excesiva cercanía a la mandíbula de lo que parecía un tiburón peculiarmente feroz, él disponía de otra protección. Suspendidos sobre el costado, en uno de los andamios, Tashtego y Dalo blandían continuamente sobre su cabeza un par de tajantes azadas balleneras, con las que mataban tantos tiburones como alcanzaban. Esa actividad por su parte, desde luego, era muy benévola y desinteresada. Deseaban la mayor felicidad de Queequeg, lo admito; pero en su apresurado celo por ayudarle y por el hecho de que tanto él como los tiburones estaban a veces medio escondidos por el agua enlodada de sangre, esas indiscretas azadas estaban más a punto de amputar una pierna que una cola. Pero el pobre Queequeg, fatigándose y jadeando allí con ese gran, gancho de hierro, supongo que no hacía más que rezar a su Yojo, y encomendaba su vida en manos de sus dioses.

«Bueno, bueno, mi querido camarada y hermano gemelo -pensaba yo, tirando y luego aflojando el cabo a cada hinchazón del mar-: ¿qué importa, después de todo? ¿No eres la preciosa imagen de cada uno y todos nosotros los hombres en este mundo de ballenas?

Ese insondado océano en que jadeas es la Vida; esos tiburones, tus enemigos; esas azadas, tus amigos, y entre tiburones y espadas, estás en un triste peligro y un mal guisado, pobre muchacho.»

Pero ¡ánimo! Te está reservada una buena alegría, Queequeg. Pues ahora, cuando con los labios azules y los ojos inyectados de sangre, el exhausto salvaje trepa al fin por los cadenotes, y se detiene en cubierta, todo goteante e involuntariamente tembloroso, avanza el mayordomo, y con una benévola mirada de consuelo le ofrece... ¿qué? ¿Coñac caliente? ¡No! ¡Le ofrece, OH dioses, le ofrece una taza de jengibre con agua tibia!

-¿Jengibre? ¿Huele a jengibre? -preguntó Stubb con suspicacia, acercándose-. Sí, esto debe ser jengibre -escudriñando la taza aún sin probar. Luego, quedándose un rato como sin creerlo, marchó sosegadamente hacia el asombrado mayordomo y le dijo despacio-: ¿Jengibre? ¿Jengibre? ¿Tendrá la bondad de decirme, señor Dough-Boy, dónde está la virtud del jengibre? ¡Jengibre! ¿Es jengibre la clase de combustible que usa, Dough-Boy, para encender fuego en este caníbal que tirita? ¡Jengibre!, ¿qué demonios es el jengibre? ¿Carbón de mar?, ¿leña de arder?, ¿fósforos?, ¿yesca?, ¿pólvora? ¿Qué demonio es el jengibre, digo, para que ofrezca una taza a nuestro pobre Queequeg?

-En este asunto hay algún solapado movimiento de Sociedad de Templanza -añadió de repente, acercándose ahora a Starbuck, que acababa de llegar de proa-. ¿Quiere mirar este cacharro? Huélalo, por favor. El mayordomo, señor Starbuck, ha tenido la cara de ofrecer ese calomelano y jalapa a Queequeg, que en este momento vuelve de la ballena. ¿Es un boticario este mayordomo, señor Starbuck? Y ¿puedo preguntar si es éste el género de estimulantes con que vuelve a dar soplo de vida a un hombre medio ahogado?

-Confío que no -dijo Starbuck-, es una cosa bastante mala.

-Eso, eso, mayordomo -gritó Stubb-; te enseñaremos a medicar a un arponero, sin nada de esas medicinas de boticario; ¿quieres envenenarnos? ¿Tienes seguros sobre nuestras vidas y nos quieres asesinar a todos y embolsarte el producto, eh?

-No he sido yo -gritó Dough-Boy-: fue tía Caridad quien trajo a bordo el jengibre, y me pidió que nunca diera licores a los arponeros, sino sólo su tisana de jengibre, como la llamaba.

-¡Tisana de jengibre! ¡Bribón jengibrado!, ¡toma eso! Y corre allá a los armarios y trae algo mejor. Espero no hacer mal, señor Starbuck. Son las órdenes del capitán: grog para el arponero que ha estado en la ballena.

-Basta -contestó Starbuck-: pero no le vuelvas a pegar, sino que...

-Ah, nunca hago daño cuando pego, sino cuando pego a una ballena o algo así, y este tipo es una comadreja. ¿Qué iba a decir, señor Starbuck?

-Sólo esto; baja con él, y trae tú mismo lo que quieras.

Cuando reapareció Stubb, venía con un frasco oscuro en una mano y una especie de bote de té en la otra. El primero contenía un licor fuerte, y fue entregado a Queequeg; el segundo era el regalo de tía Caridad, y fue dado liberalmente a las olas.

Stubb y Flask matan una ballena,
y luego tienen una conversación sobre ella

CAPÍTULO LXXIII

No debe olvidarse que durante todo este tiempo tenemos una monstruosa cabeza de cachalote colgando en el costado del *Pequod.* pero hemos de dejarla colgando algún tiempo, hasta que podamos obtener una ocasión de hacerle caso. Por el momento, otros asuntos apremian, y lo mejor que podemos hacer ahora por la cabeza es rogar al Cielo que los aparejos aguanten.

Ahora, durante la pasada noche *y* tarde, el *Pequod* había derivado poco a poco a un mar que, por sus intermitentes zonas de *brit,* daba insólitas señales de la cercanía de ballenas francas, una especie del leviatán que pocos suponían que en ese determinado momento anduviese por ningún lugar cercano. Y aunque todos los marineros solían desdeñar la captura de esas criaturas inferiores, y aunque el *Pequod* no estaba enviado para perseguirlas en absoluto, y aunque había pasado junto a muchas de ellas junto a las islas Crozetts sin arriar una lancha, sin embargo, ahora que habían acercado al costado y decapitado un cachalote, se anunció que se capturaría ese día una ballena franca, si se ofrecía oportunidad.

Y no faltó mucho tiempo. Se vieron altos chorros a sotavento, y se destacaron en su persecución dos lanchas, las de Stubb y Flask. Remaron alejándose cada vez más, hasta que por fin fueron casi invisibles para los vigías en el mastelero. Pero de repente, a lo lejos, vieron un gran montón de agua blanca en tumulto, y poco después llegaron noticias desde lo alto de que una lancha, o las dos, debían haber hecho presa.

Al cabo de un intervalo, las lanchas quedaron claramente a la vista, arrastradas derechas hacia el barco, a remolque de la ballena. Tanto se acercó el monstruo al casco, que al principio pareció que traía malas intenciones, pero de repente se sumergió en un torbellino, a tres varas de las tablas, y desapareció por entero de la vista, como si se zambullera por debajo de la quilla.

¡Cortad, cortad! -fue el grito desde el barco a las lanchas, que, por un momento, parecieron a punto de ser llevadas a un choque mortal contra el costado del navío. Pero como tenían todavía mucha estacha en los barriles, y la ballena no se sumergía muy deprisa, soltaron abundante cable, y al mismo tiempo remaron con todas sus fuerzas para pasar por delante del barco. Durante unos minutos, la batalla fue intensamente crítica, pues mientras ellos aflojaban en un sentido la estacha atirantada, y a la vez remaban en otro sentido, la tensión contrastada amenazaba hundirles. Pero ellos sólo trataban de obtener unos pocos pies de ventaja. Y se pusieron a ello hasta que lo consiguieron, y en ese mismo instante se sintió un rápido rumor a lo largo de la quilla, cuando la tensa estacha, rascando el barco por debajo, surgió de pronto a la vista bajo la proa, con chasquido y temblor, sacudiendo el agua en gotas que cayeron al mar como trozos de cristal roto, mientras la ballena, más allá, surgía también a la vista, y otra vez las

Librodot

lanchas quedaban libres para volar. Pero el animal, agotado, disminuyó su velocidad, y, alterando ciegamente su rumbo, dio vuelta a la popa del barco remolcando detrás de sí a las dos lanchas, de modo que realizaron un circuito completo.

Mientras tanto, ellos halaban cada vez los cabos, hasta que, flanqueando de cerca a la ballena por los dos lados, Stubb respondió a Flask con lanza por lanza; *y* así continuó la batalla en torno al *Pequod,* mientras que las multitudes de tiburones que antes habían nadado en torno al cuerpo del cachalote muerto, se precipitaron a la sangre fresca que se vertía, bebiendo con sed a cada nueva herida, igual que los ávidos israelitas en las nuevas fuentes desbordadas que manaron de la roca golpeada.

Por fin, el chorro se puso espeso, *y* con una sacudida *y* un vómito espantosos, la ballena se volvió de espalda, cadáver. Mientras los dos jefes se ocupaban en sujetar cables a la cola y preparar por otras medias aquellas moles en disposición para remolcar, tuvo lugar entre ellos alguna conversación.

-No sé qué quiere el viejo con este montón de tocino rancio -dijo Stubb, no sin cierto disgusto al pensar en tener que ver con un leviatán tan innoble.

-¿Qué es lo que quiere? -dijo Flask, enrollando cable sobrante a la proa de la lancha-. ¿Nunca ha oído decir que el barco que lleva por una sola vez izada una cabeza de cachalote a estribor, y al mismo tiempo una cabeza de ballena fresca a babor, no ha oído decir, Stubb, que ese barco jamás podrá zozobrar después?

-¿Por qué no podrá?

-No sé, pero he oído decir que ese espectro de gutapercha de Fedallah lo dice así, y parece saberlo todo sobre encantamiento de barcos. Pero a veces pienso que acabará por encantar el barco para mal. No me gusta ni pizca este tipo, Stubb. ¿Se ha dado cuenta alguna vez de que tiene un colmillo tallado en cabeza de serpiente, Stubb?

-¡Que se hunda! Nunca le miro en absoluto, pero si alguna vez encuentro una ocasión en una noche oscura, en que él esté cerca de las batayolas, *y* nadie por allí; mire, Flask•.. -*y* señaló al mar con un movimiento peculiar de ambas manos-: ¡Sí que lo haré! Flask, estoy seguro de que ese Fedallah es el diablo disfrazado. ¿Cree esa historia absurda de que había estado escondido a bordo del barco? Es el demonio, digo yo. La razón por la que no se le ve la cola, es porque la enrolla para esconderla; supongo que la lleva adujada en el bolsillo. ¡Maldito sea! Ahora que lo pienso; siempre le hace falta estopa para rellenar las punteras de las botas.

-Duerme con las botas puestas, ¿no? No tiene hamaca, pero le he visto tumbado por la noche en una aduja de cabo.

-Sin duda, y es por su condenado rabo; lo mete enrollado, ¿comprende?, en el agujero de en medio de la aduja.

-¿Por qué el viejo tiene tanto que ver con él?

-Supongo que estará haciendo un trato o una transacción.

-¿Un trato? ¿Sobre qué?

-Bueno, verá, el viejo está empeñado en perseguir a esa ballena blanca, *y* este diablo trata de enredarle *y* hacer que le dé a cambio su reloj de plata, o su alma, o algo parecido, y entonces él le entregará a Moby Dick.

-¡Bah! Stubb, está bromeando; ¿cómo puede Fedallah hacer eso?

-No sé, Flask, pero el demonio es un tipo curioso, y muy malo, se lo aseguro. En fin, dicen que una vez entró de paseo por el viejo buque insignia, moviendo el rabo, endemoniadamente tranquilo *y* hecho un señor, *y* preguntó al demonio qué quería. El diablo,

Librodot

removiendo las pezuñas, va y dice: «Quiero a John». « ¿Para qué?», dice el viejo jefe. « ¿A usted qué le importa? -dice el diablo, poniéndose como loco-: Quiero usarlo.» «Llévatelo», dice el jefe. Y por los Cielos, Flask, si el diablo no le dio a John el cólera asiático antes de acabar con él, me como esta ballena de un bocado. Pero fíjese bien... ¿no estáis listos ahí todos vosotros? Bien, entonces, remad, y vamos a poner la ballena a lo largo del barco.

-Creo recordar una historia parecida a la que me ha contado -dijo Flask, cuando por fin las dos lanchas avanzaron lentamente sobre su carga hacia el barco-: pero no puedo recordar dónde.

-¿En lo de los tres españoles? ¿En las aventuras de aquellos tres soldados sanguinarios? ¿Lo leyó allí, Flask? Supongo que así sería.

-No, nunca he visto semejante libro; pero he oído de él. Ahora, sin embargo, dígame, Stubb, ¿supone que ese diablo de que hablaba era el mismo que dice que ahora está a bordo del *Pequod?*

-¿Soy yo el mismo hombre que ha ayudado a matar esta ballena? ¿No vive el diablo para siempre? ¿Quién ha oído decir que el diablo hubiera muerto? ¿Ha visto jamás un párroco que llevase luto por el diablo? Y si el diablo tiene una llave para entrar en la cabina del almirante, ¿no supone que podrá gatear por un portillo? ¿Dígame, señor Flask?

-¿Cuántos años supone que tiene Fedallah, Stubb?

-¿Ve ahí ese palo mayor? -señalando al barco-: bueno, ése es el número uno; ahora tome todos los aros de barril que haya en la bodega del *Pequod, y* póngalos en fila, como ceros, con ese palo, ya entiende: bueno, con eso no se empezaría la edad de Fedallah. Ni todos los toneleros del mundo podrían enseñar aros bastantes para hacer ceros.

-Pero vea, Stubb, me pareció que ahora mismo presumía un poco de que pensaba dar a Fedallah una zambullida en el mar, si tenía buena ocasión. Sin embargo, si es tan viejo como resulta con todos esos aros suyos, y si va a vivir para siempre, dígame ¿de qué puede servir tirarle por la borda?

-De todos modos, para darle una buena zambullida.

-Pero volvería nadando.

-Pues otra vez al agua, sin dejar de zambullirle otra vez.

-Pero suponiendo que a él se le metiera en la cabeza zambullirle a usted; sí, y ahogarle, ¿entonces qué?

-Me gustaría ver cómo lo probaba; le pondría los ojos tan negros que no se atrevería a enseñar otra vez la cara en la cabina del almirante durante mucho tiempo, y mucho menos ahí abajo en el sollado, donde vive, y allá arriba, en cubierta por donde merodea tanto. Maldito sea el demonio, Flask; ¿así que supone que yo tengo miedo del diablo? ¿Quién tiene miedo de él, sino el viejo jefe que no se atreve a agarrarle y ponerle grilletes dobles, como se merece, sino que le deja andar por ahí secuestrando gente; sí, y que ha firmado un pacto de que todos los que secuestre el diablo, él se los asará al fuego? ¡Eso sí que es un jefe!

-¿Supone que Fedallah quiere secuestrar al capitán Ahab?

-¿Que si lo supongo? Ya lo sabrá dentro de poco, Flask. Pero ahora le voy a vigilar estrechamente, y si veo que pasa algo sospechoso, le agarraré por el cogote y le diré: «Mire acá, Belcebú; no haga eso», y si arma algún estrépito, por Dios que le meto la mano en el bolsillo, le saco el rabo, lo amarro al cabestrante y le doy tal retorcimiento y tal tirón, que se lo arranco de las posaderas..., ya verá; y entonces, me parece más bien que cuando se encuentre rabón de ese modo raro, se escapará sin la mísera satisfacción de notar el rabo entre las piernas.

-¿Y qué hará con el rabo, Stubb?

Librodot

-¿Qué haré con él? Lo venderé como látigo para bueyes cuando lleguemos a casa; ¿qué más?

-Pero ¿habla en serio en todo lo que dice, y en todo lo que lleva dicho, Stubb?

-En serio o no, ya estamos en el barco.

Gritaron entonces a las lanchas que remolcaran la ballena al lado de babor, donde ya estaban preparadas cadenas para la cola y otros instrumentos para sujetarla.

-¿No se lo dije? -dijo Flask-; sí, pronto verá esta cabeza de ballena franca izada al otro lado de la del cachalote.

En su momento, se cumplió el dicho de Flask. Y lo mismo que *el Pequod* se escoraba abruptamente hacia la cabeza del cachalote, ahora, con el contrapeso de ambas cabezas, volvió a equilibrarse en la quilla, aunque gravemente cargada, pueden creerlo muy bien. Así, cuando izáis en un lado la cabeza de Locke, os incliná is a ese lado; pero entonces izáis en el otro lado la cabeza de Kant y volvéis, a enderezaros, aunque en muy malas condiciones. De ese modo hay ciertos espíritus que no dejan nunca de equilibrar su embarcación. ¡Ah, locos!, tirad por la borda a todos esos cabezudos, y flotaréis ligeros y derechos.

Al despachar el cuerpo de una ballena franca, una vez puesto a lo largo del barco, suelen tener lugar las mismas actividades preliminares que en el caso del cachalote, sólo que en este último caso, la cabeza se corta entera, mientras que en aquél, los labios y la lengua se quitan por separado y se izan a cubierta, con todos esos famosos huesos negros sujetos a lo que se llama la corona. Pero en el caso presente no se había hecho nada de eso. Los cadáveres de ambos cetáceos quedaron a popa, y el barco, con su carga de cabezas, pareció no poco una mula con un par de cuévanos abrumadores.

Mientras tanto, Fedallah observaba tranquilamente la cabeza de la ballena franca, alternando de vez en cuando ojeadas a sus profundas arrugas y ojeadas a los surcos de su propia mano. Y Ahab, por casualidad, quedó situado de modo que el Parsi ocupaba su sombra, mientras que la sombra del Parsi, si es que existía, parecía fundirse con la de Ahab, prolongándola. Mientras los tripulantes seguían sus tareas, rebotaban entre ellos especulaciones laponas en torno a las cosas que pasaban.

La cabeza del cachalote: vista contrastada

CAPITULO LXXIV

Aquí están, pues, dos grandes cetáceos, juntando las cabezas: unámonos a ellos y juntemos la nuestra.

De la gran orden de los leviatanes infolio, el cachalote y la ballena franca son, con mucho, los más notables. Son las únicas ballenas perseguidas sistemáticamente por el hombre. Para los de Nantucket, representan los dos extremos de todas las variedades conocidas de la ballena. Dado que la diferencia externa entre ellas se observa sobre todo en sus cabezas, y dado que en este momento cuelga una cabeza de cada cual en el costado del *Pequod, y* dado que podemos pasar libremente de la una a la otra, simplemente con cruzar la cubierta, ¿dónde, me gustaría saber, vais a encontrar mejor ocasión que aquí para estudiar cetología práctica?

En primer lugar, os impresiona el contraste general entre estas cabezas. Ambas son bastante voluminosas con toda certidumbre; pero la del cachalote tiene cierta simetría matemática que falta lamentablemente a la de la ballena franca. La cabeza del cachalote tiene más carácter.

Librodot

Al observarla, se le otorga involuntariamente una inmensa superioridad en punto de dignidad impresionante. En el presente caso, además, esa dignidad queda realzada por el color sal y pimienta de lo alto de la cabeza, como señal de una edad avanzada y una amplia experiencia. En resumen, es lo que los pescadores llaman técnicamente un «cachalote con canas».

Observemos lo que es menos diferente en esas cabezas: a saber, los órganos más importantes, los ojos y los oídos. En la parte posterior y más baja del lado de la cabeza, junto al ángulo de las mandíbulas de ambos cetáceos, si se observa atentamente, se acabará por ver un ojo sin pestañas, que uno diría que es el ojo de un potro joven, de tan desproporcionado como está respecto al tamaño de la cabeza.

Ahora, debido a esta peculiar posición lateral de los ojos de estos cetáceos, es evidente que jamás pueden ver un objeto que esté exactamente delante, así como tampoco uno que esté exactamente detrás. En resumen, la posición de los ojos de ambos cetáceos corresponde a la de los oídos del hombre; y podéis imaginar, por vosotros mismos, a través de los oídos. Encontraríais que sólo podíais dominar unos treinta grados de visión por delante de la perpendicular a la vista, y unos treinta más por detrás. Aunque vuestro peor enemigo avanzara derecho hacia vosotros, en pleno día, con el puñal en alto, no podríais verle, así como tampoco si se acercara deslizándose por detrás. En resumen, tendríais dos espaldas, por decirlo así, pero, al mismo tiempo, dos frentes (frentes laterales); pues ¿qué es lo que hace la frente de un hombre, qué, en efecto, sino sus ojos?

Además, mientras que en la mayor parte de los demás animales que ahora soy capaz de recordar, los ojos están asentados de modo que funden imperceptiblemente su capacidad visual, produciendo una sola imagen, y no dos, en el cerebro, en cambio, la posición peculiar de los ojos de estos cetáceos, separados como están de hecho por tantos pies cúbicos de cabeza maciza, que se yergue entre ellos como una gran montaña que separa dos lagos en valles, es cosa, desde luego, que debe separar por completo las impresiones que transmite cada órgano independiente. Los cetáceos, por consiguiente, deben ver una imagen clara en un lado, y otra imagen clara en el otro lado, mientras que por en medio todo debe ser para ellos profunda oscuridad y nada. En efecto, se puede decir que el hombre mira hacia el mundo desde una garita de centinela que tiene por ventana dos bastidores acoplados. Pero en el cetáceo, los dos bastidores están insertados separadamente, formando dos ventanas distintas, pero estropeando lamentablemente la visión.

Esta peculiaridad de los ojos de los cetáceos es cosa que siempre debe tenerse en cuenta en la pesca, *y* que habrá de recordar el lector en algunas escenas posteriores.

> Podría abordarse una cuestión curiosa y muy desconcertante respecto a este asunto visual en cuanto se relaciona con el leviatán. Pero debo contentarme con una sugerencia. Mientras los ojos del hombre están abiertos a la luz, el acto de ver es involuntario: esto es, él_ no puede evitar entonces ver maquinalmente cualquier objeto que tenga delante. No obstante, cualquiera aprende por experiencia que, aunque de una sola ojeada puede abarcar todo un barrido indiscriminado de cosas, le resulta imposible examinar de modo atento y completo dos cosas -por grandes o pequeñas que sean- en un mismo instante de tiempo, por más que estén juntas y tocándose. Y entonces, si vais y separáis esos dos objetos, rodeando a cada uno de un círculo de profunda tiniebla, al mirar uno de ellos de tal modo que apliquéis a él vuestra mente, el otro quedará completamente excluido de vuestra conciencia durante ese tiempo. ¿Qué pasa, entonces, con el cetáceo? Cierto es que ambos ojos, en sí mismo deben actuar simultáneamente, pero ¿acaso su cerebro es

mucho más comprensivo, combinador y sutil que el del hombre, para que en un mismo momento pueda examinar atentamente dos perspectivas, una a uno de sus lados, y la otra en la dirección exactamente opuesta? Si puede, entonces es una cosa tan maravillosa para un cetáceo como si un hombre fuera capaz de recorrer simultáneamente las demostraciones de dos diversos problemas de Euclides. Y, examinándolo de modo estricto, no hay ninguna incongruencia en esta comparación.

Será un antojo caprichoso, pero siempre me ha parecido que las extraordinarias vacilaciones de movimiento mostradas por ciertos cetáceos al ser atacados por tres o cuatro lanchas, *y* la timidez *y* la propensión a extraños espantos, tan comunes en tales animales, todo ello, a mi juicio, procede de la inevitable perplejidad de volición en que deben situarles sus potencias separadas y diametralmente opuestas.

Pero el oído del cetáceo es por completo tan curioso como el ojo. Si no tenéis el menor trato con su raza, podríais seguir rastros en esas cabezas durante horas y horas sin descubrir jamás tal órgano. El oído no tiene pabellón externo en absoluto, y en el propio agujero apenas podríais meter una pluma de ave, de tan sorprendentemente menudo como es. Está asentado un poco detrás del ojo. Respecto a sus oídos, se ha de observar esta importante diferencia entre el cachalote y la ballena franca: mientras el oído de aquél tiene una abertura externa, el de ésta queda recubierto por completo y de modo parejo por una membrana, de modo que desde fuera es del todo inobservable.

¿No es curioso que un ser tan enorme como un cetáceo vea el mundo por un ojo tan pequeño y oiga el trueno por un oído que es más pequeño que el de una liebre? Pero si sus ojos fueran tan anchos como las lentes del gran telescopio de Herschel, y sus oídos fueran tan capaces como los atrios de las catedrales ¿tendría por ello más capacidad de visión o sería más agudo de oído? De ningún modo. Entonces ¿por qué tratáis de «ensanchar» vuestra mente? ¡Sutilizadla!

Ahora, con todas las palancas y máquinas de vapor que tengamos a mano, volquemos la cabeza del cachalote, de modo que quede del revés: luego, subiendo con una escalerilla a la cima, echemos una ojeada por la boca abajo; si no fuera porque el cuerpo ya está separado por completo de ella, podríamos descender con una linterna a esa gran Caverna del Mamut de Kentucky que es su estómago. Pero agarrémonos aquí a este diente, y miremos a nuestro alrededor dónde estamos. ¡Qué boca más auténticamente hermosa y pura! Desde el suelo al techo, está forrada, o mejor dicho empapelada, con una reluciente membrana blanca, brillante como el raso nupcial.

Pero salgamos ya, y miremos esta portentosa mandíbula inferior, que parece la larga tapa derecha de una inmensa tabaquera, con la charnela en un extremo, en vez de en un lado. Si la abrís de par en par, de modo que quede por encima de vosotros, y ponéis al aire sus filas de dientes, parece un terrible rastrillo de fortaleza; y así, ¡ay!, resulta ser para muchos pobres diablos de la pesca, sobre los cuales caen estos espigones atravesándolos con su fuerza. Pero mucho más terrible es observar, a varias brazas de profundidad en el mar, algún arisco cachalote que se cierne allí suspenso, con su prodigiosa mandíbula, de unos quince pies de largo, colgando derecha en ángulo recto con el cuerpo, semejante en todo al botalón de foque de un barco. Ese cachalote no está muerto; sólo está desanimado, quizá de mal humor, hipocondríaco, y tan decaído que los goznes de su mandíbula se le han aflojado, dejándole en esa lamentable situación, como un reproche para toda su tribu, que, sin duda, le maldice deseándole el tétanos.

En la mayor parte de los casos, esa mandíbula inferior –sacada fácilmente de sus goznes

Librodot

por algún artista experto- se separa y se iza a cubierta con el fin de extraer sus dientes de marfil, haciendo provisión de esos duros huesos blancos con que los pescadores hacen toda clase de objetos curiosos, incluyendo bastones, mangos de paraguas y mangos de fusta.

Izándola, larga y fatigosamente, la mandíbula es elevada a bordo, como si fuese un ancla, y, llegado el momento adecuado -unos pocos días después de los otros trabajos-, Queequeg, Daggoo y Tashtego, todos ellos excelentes dentistas, se ponen a arrancar dientes. Con una aguda azada de descuartizar, Queequeg hace trabajo de bisturí en las encías; luego afianzan la mandíbula a unos cáncamos, y, enganchando un aparejo desde arriba, arrancan esos dientes igual que los bueyes de Michigan arrancan tocones de viejos robles en bosques silvestres. Suele haber cuarenta y dos dientes en total; en los cachalotes viejos, muy desgastados, pero nada enfermos, ni empastados conforme a nuestra moda artificial. Después, se sierra la mandíbula en rebanadas, que se guardan en montones como viguetas para construir casas.

La cabeza de la ballena franca: vista comparada

CAPÍTULO LXXV

Cruzando la cubierta, vamos ahora a observar bien despacio la cabeza de la ballena franca.

Así como, en su forma general, la noble cabeza del cachalote podría compararse a un carro de guerra romano (sobre todo en la frente, donde tiene tan ancha redondez), del mismo modo, vista en conjunto, la cabeza de la ballena franca ostenta una semejanza bastante poco elegante con un gigantesco zapato de puntera en forma de galeota. Hace doscientos años un antiguo viajero holandés comparó su forma a la de una horma de zapatero. Y en esa misma horma o zapato podría alojarse cómodamente la vieja del cuento infantil, con su progenie en enjambre, todos juntos.

Pero al acercaros más a esta gran cabeza, empieza a asumir diferentes aspectos, conforme a vuestro punto de vista. Si os ponéis en la cima *y* miráis esos agujeros para los chorros, en forma de *f*, tomaríais toda la cabeza por un enorme contrabajo, y esas rendijas serían las aberturas en la caja de resonancia. Luego, en cambio, si fijáis la mirada en esa extraña incrustación, crestada como un peine, en lo alto de la masa de la ballena franca -en esa cosa verde, llena de lapas, que los de Groenlandia llaman «la corona», y los pescadores de los mares del Sur «el gorro»-, al poner los ojos solamente en esto, tomaríais la cabeza por el tronco de algún enorme roble, con un nido de pájaros en la horquilla. En cualquier caso si observáis los cangrejos vivos que anidan allí, en ese gorro, es casi seguro que se os ocurrirá semejante idea, a no ser, desde luego, que vuestra fantasía haya sido captada por el término técnico «corona» que también se le concede, en cuyo caso sentiréis gran interés al pensar cómo este poderoso monstruo es, efectivamente, un rey marino con diadema, con una corona verde montada para él de este modo maravilloso. Pero si este cetáceo es rey es un sujeto de aspecto muy arisco para honrar una diadema. ¡Mirad ese labio inferior colgante! ¡Qué enorme mal humor y enfurruñamiento hay ahí! Un mal humor y

enfurruñamiento, según medidas de carpintero, de unos veinte pies de largo y cinco pies de profundo; un mal humor y enfurruñamiento que os dará unos quinientos galones de aceite, o más.

Una gran lástima, pues, que esta desgraciada ballena tenga «labio de conejo». La hendidura tiene cerca de un pie de anchura. Probablemente su madre, durante cierta época interesante, navegaba por la costa del Perú abajo, cuando los terremotos hicieron que la playa se desgajara. Sobre este labio, como sobre un umbral resbaladizo, nos deslizamos ahora dentro de la boca. Palabra que si estuviera en Mackinaw, tomaría esto por el interior de una cabaña india. ¡Dios mío!, ¿es éste el camino por donde entró Jonás? El techo tiene unos doce pies de alto, y se recoge en un ángulo bastante agudo, como si hubiera un auténtico mástil de sostén, mientras que estos lados acostillados, arqueados, peludos, nos ofrecen esas sorprendentes lonjas de «ballena», casi verticales y en forma de cimitarra, digamos, unas trescientas por cada lado, que, colgando de la parte superior del hueso de cabeza o «corona», forman las persianas venecianas que en otro lado se han mencionado de paso. Los bordes de esos huesos están orlados de fibras pelosas, a través de las cuales la ballena franca filtra el agua, y en cuyos enredos retiene los pececillos, al avanzar con la boca abierta por los mares de *brít a la* hora de comer. En las persianas de hueso centrales, según están puestas en su orden t natural hay ciertas marcas curiosas, curvas, huecos y bordes, por los que algunos balleneros calculan la edad del animal, igual que se calcula la edad de un roble por sus anillos circulares. Aunque la certidumbre de este criterio está lejos de demostrarse, tiene sin embargo el cariz de una probabilidad analógica. En todo caso, si nos inclinamos a él, hemos de conceder mucha más edad a la ballena franca que la que parece razonable a primera vista.

En tiempos antiguos, parece que dominaron las más curiosas fantasías respecto a esas persianas. Un viajero en Purchas las llama los prodigiosos «bigotes» dentro de la boca de la ballena;' otro, «cerdas»; un tercer caballero antiguo en Halduyt usa el siguiente lenguaje elegante: «Hay unas doscientas cincuenta aletas que crecen a cada lado de su quijada superior, que se arquea sobre la lengua a ambos lados de la boca».

Como todo el mundo sabe, esas mismas «cerdas», «aletas», «bigotes», «persianas», o como os guste, proporcionan a las damas sus «ballenas» de corsé y otros artilugios envaradores. Pero en este punto, hace tiempo que la demanda está en descenso. En tiempo de la reina Ana fue cuando la varilla de ballena estuvo en auge, coincidiendo con la moda del miriñaque. Y así como esas damas de antaño andaban por ahí alegremente, aunque entre las fauces de la ha''llena, como podría decirse, del mismo modo, en un chaparrón, hoy, día volamos bajo esas mismas mandíbulas en busca de refugio con la misma despreocupación, ya que el paraguas es un pabellón extendido sobre ese mismo hueso.

Pero ahora, por un momento, olvidémoslo todo sobre las persianas y bigotes, y, colocándonos en la boca de la ballena franca, miremos otra vez alrededor. Al ver estas columnatas de huesos tan metódicamente ordenadas en torno, ¿no pensaríais que estáis dentro del gran órgano de Haarlem, contemplando sus mil tubos? Como alfombra ante el órgano tenemos la más suave alfombra turca: la lengua, que está pegada, por decirlo así, al suelo de la boca. Es muy gorda y tierna, y propensa a romperse en trozos al izarla a cubierta. Esta determinada lengua que tenemos ahora delante, yo diría, con una ojeada de paso, que es de seis barriles, esto es, que dará alrededor de esa cantidad de aceite.

Al llegar a este punto ya debéis haber visto claramente la verdad de que partí: que el cachalote y la ballena franca tienen cabezas casi completamente diferentes. Para resumir, entonces: en la cabeza de la ballena franca no hay un gran manantial de esperma, no hay dientes

Librodot

de marfil en absoluto, ni un largo y flexible hueso maxilar como quijada inferior, igual que en el cachalote. Y en el cachalote no hay esas persianas de hueso, ni tan grueso labio inferior, y apenas nada de lengua. Además, la ballena franca tiene dos agujeros exteriores para chorros, y el cachalote uno sólo.

Lanzad ahora vuestra última mirada a esas venerables cabezas encapuchadas, mientras todavía están juntas, pues una se hundirá pronto, olvidada, en el mar, y la otra no tardará mucho en seguirla.

¿Podéis captar la expresión de ese cachalote, allí? Es la misma con que murió, sólo que algunas de las más largas arrugas de la frente ahora se diría que se han borrado. Me parece que esta ancha frente está llena de una placidez de dehesa, nacida de una indiferencia filosófica hacia la muerte. Pero fijaos en la expresión de la otra cabeza. Mirad ese sorprendente labio inferior, aplastado por casualidad contra el costado del barco, como para abrazar firmemente la mandíbula. Toda esta cabeza ¿no parece hablar de una enorme decisión práctica al afrontar la muerte? Entiendo que esta ballena franca ha sido una estoica, y el cachalote, un platónico, que en sus años más avanzados podría haberse consagrado a Spinoza.

I

El ariete

CAPÍTULO LXXVI

Antes de abandonar, por ahora, la cabeza del cachalote, querría que, simplemente como fisiólogos sensatos, observaseis con detalle su aspecto frontal, en toda su compacta concentración. Querría que lo investigarais ahora con la única intención de formaros un concepto inteligente y sin exageración de cualquier poder de ariete que pueda residir allí. Este es un punto vital; pues, o bien debéis arreglar satisfactoriamente este punto con vosotros mismos, o permanecer para siempre incrédulos ante uno de los acontecimientos más horribles, pero no menos verdaderos, que se pueda encontrar en cualquier, punto de toda la historia anotada.

Observais que, en la ordinaria posición natatoria del cachalote, la frente de su cabeza presenta un plano casi totalmente vertical al agua; observáis que la parte inferior de esa frente tiene considerable inclinación hacia atrás, como para dejar más entrante al alvéolo a la mandíbula inferior, parecida a un botalón; observáis que la boca queda enteramente bajo la cabeza, de modo muy parecido, en efecto, a como si vuestra boca quedara enteramente bajo vuestra barbilla. Además, observáis que el cachalote no tiene nariz externa; y lo que tiene de nariz -su agujero del chorro- está en lo alto de la cabeza: observáis que sus ojos y oídos están a los lados de la cabeza, casi a un tercio de su longitud total desde delante. Por consiguiente, ya os debéis haber dado cuenta de que la frente del cachalote es una pared cerrada y ciega, sin un solo órgano ni prominencia tierna de ninguna especie. Además, habéis de considerar ahora que sólo en la, parte extrema, inferior, echada hacia atrás, de la delantera de la cabeza hay un leve vestigio de hueso, y

Librodot

hasta que no se entra a veinte pies desde la frente no se llega a la plena estructura craneana. Así, que toda esta enorme masa sin hueso es como una sola huata. Finalmente, aunque, como pronto se revelará, su contenido comprende en parte el más delicado aceite, sin embargo, ahora debéis informaros sobre la naturaleza de la sustancia que tan inexpugnablemente reviste todo ese aparente refinamiento. En algún lugar anterior os he descrito cómo la grasa envuelve el cuerpo de la ballena igual que la cáscara a la naranja. Lo mismo pasa con la cabeza, pero con esta diferencia: en torno a la cabeza, este forro, aunque no tan grueso, es de una dureza sin hueso que no puede imaginar quien no haya tenido que habérselas con él. El arpón de punta más aguda, la lanza más afilada arrojada por el más fuerte brazo humano, rebota impotente en él. Es como si la frente del cachalote estuviera pavimentada con cascos de caballo. No creo que en ella se esconda ninguna sensibilidad.

Considerad también otra cosa. Cuando dos grandes barcos cargados, de los que van a la India, se agolpan por casualidad y se entrechocan uno contra otro en los muelles, ¿qué hacen los marineros? No cuelgan entre ellos, en el punto de inminente contacto, ninguna sustancia meramente dura, como hierro o madera. No; cuelgan una gran huata redonda de estopa *y* corcho, envuelta en el más grueso *y* duro cuero. Ésta recibe, con valentía y sin daño, el apretón que habría partido todos los espeques de roble y las palancas de hierro. Esto, por sí solo, ilustra suficientemente el hecho obvio a que apunto. Pero, como suplemento a ello, se me ha ocurrido por vía de hipótesis que, dado que los peces ordinarios poseen lo que se llama vejiga natatoria, capaz de distenderse o contraerse a voluntad, y dado que el cachalote no tiene en él, que yo sepa, semejante recurso; y, por otra parte, considerando la manera por lo demás inexplicable como unas veces sumerge por completo la cabeza bajo la superficie, y otras veces nada llevándola elevada por encima del agua, considerando la elasticidad sin obstáculos de su envoltorio, digo, por vía de hipótesis, que esos misteriosos panales de celdillas pulmonares que hay en su cabeza puedan quizá tener alguna conexión hasta ahora desconocida e insospechada con el aire exterior, de tal modo que sean capaces de distensión y contracción atmosférica. Si es así, imaginaos lo irresistible de esa fuerza, a que contribuye el más impalpable y destructor de todos los elementos.

Ahora fijaos: impulsando infaliblemente ese muro cerrado, inexpugnable, invulnerable, y esa cosa tan flotante que hay dentro de él, detrás de todo ello, nada una masa de tremenda vida, que sólo se puede estimar adecuadamente igual que la madera apilada: por su volumen; y toda ella obedeciendo a una sola voluntad, como el más pequeño insecto. Así que cuando en lo sucesivo os detalle todas las especialidades y concentraciones de potencia que residen en cualquier punto de este monstruo expansivo, y cuando os muestre algunas de sus menos importantes hazañas carniceras, confío en que habréis abandonado toda incredulidad ignorante y estaréis dispuestos a aceptarlo todo; de modo que, aunque el cachalote abriera un paso a través del istmo de Darién, mezclando el Atlántico con el Pacífico, no elevaríais ni un pelo de vuestras cejas. Pues si no confesáis a los cetáceos, no sois más que provincianos y sentimentales en la Verdad. Pero la Verdad clara es cosa que sólo afrontan los gigantes-salamandras: ¿qué pequeñas serán entonces las probabilidades para los provinciales? ¿Qué le ocurrió al débil muchacho que levantó el velo de la temible diosa, en Lais?

El Gran Tonel de Heidelberg

CAPÍTULO LXXVII

Librodot

Ahora viene el vaciado de la caja. Pero para comprenderlo del todo debéis saber algo de la curiosa estructura interna del órgano sobre la que se trabaja. Considerando la cabeza del cachalote como un cuerpo sólido oblongo, se puede, siguiendo un plano inclinado, dividirla a lo largo en dos cuñas,' la inferior de las cuales es la estructura ósea que forma el cráneo *y* las mandíbulas, *y* la superior es una masa untuosa completamente libre de huesos, cuyo ancho extremo delantero forma la frente visible, expandida verticalmente, del cetáceo. Si, en mitad de la frente, subdividís horizontalmente esta cuña superior, entonces tendréis dos partes casi iguales, que antes ya estaban divididas naturalmente por una pared interna de una densa sustancia tendinosa.

La parte inferior de la subdivisión, llamada «la jarcia trozada», es un solo panal inmenso de aceite, formado por el cruzamiento y recruzamiento, en diez mil celdillas imbricadas, de densas fibras blancas cas y elásticas, en toda su extensión. La parte superior, conocida por la caja, puede considerarse como el Gran Tonel de Heidelberg del cachalote. Y del mismo modo que ese célebre gran barril está misteriosamenteriosamente esculpido en su delantera, así la vasta frente arrugada del cetáceo forma innumerables trazados extraños como adorno emblemático de su prodigioso tonel. Asimismo, igual que el de Heidelberg siempre se ha llenado con los vinos más excelentes de los valles del Rin, el tonel del cachalote contiene la más preciosa de todas las soleras oleosas: a saber, el preciadísimo aceite de esperma, en estado absolutamente puro, límpido y fragante. Y no se encuentra esta preciosa sustancia libre de mezcla en ninguna otra parte del animal. Aunque mientras está vivo permanece perfectamente fluido, sin embargo, al exponerse al aire después de la muerte, empieza muy pronto a condensarse, produciendo hermosos vástagos cristalinos, como cuando empieza a formarse en el agua el primer hielo, delicado y sutil. La caja de un cachalote grande suele producir unos quinientos galones de aceite de esperma, aunque, por circunstancias inevitables, una parte considerable de él se derrama, se escapa y se vierte, o se pierde irrevocablemente de alguna otra manera, en el delicado asunto de poner a salvo todo lo que se puede.

No sé con qué refinado y costoso material se revestiría por dentro el tonel de Heidelberg, pero ese revestimiento no podría compararse en riqueza superlativa con la sedeña membrana color perla, que, como el forro de una rica piel, forma la superficie interior de la caja del cachalote.

Se habrá visto que el tonel de Heidelberg del cachalote abarca toda la longitud de toda la parte superior de la cabeza, y dado que -según se ha expuesto en otro lugar- la cabeza abarca un tercio de la entera longitud del animal, entonces, calculando esa longitud de ochenta pies para un cachalote de buen tamaño, tendréis más de veintiséis pies para el aforo del tonel, al izarse verticalmente a lo largo, junto al costado del barco.

Como, al decapitar el cachalote, el instrumento del operador queda muy cerca del lugar donde posteriormente se abre un acceso al depósito del aceite de esperma, ese operador debe tener extraordinario cuidado, no sea que un golpe descuidado e inoportuno alcance el santuario y deje escapar, despilfarrado, su inestimable contenido. Es también ese extremo decapitado de la cabeza el que por fin se eleva, sacándolo del agua y reteniéndolo en tal posición con los enormes aparejos de descuartizamiento, cuyos enredos de cáñamo, en un costado, forman una verdadera selva de cables en esa zona.

Una vez dicho todo esto, os ruego que ahora os fijéis en la operación maravillosa y -en

Librodot

este caso concreto- casi fatal con que se detenta el Gran Tonel de Heidelberg del cachalote.

Cisterna y cubos

CAPÍTULO LXXVIII

Ágil como un gato, Tashtego va hacia arriba, y, sin alterar su postura erguida, corre derecho por el saliente extremo de la verga mayor, hasta el punto donde se proyecta exactamente sobre el tonel izado. Ha llevado consigo un aparejo ligero llamado «látigo», que consiste sólo en dos partes pasadas por un motón con una sola roldana. Asegurando el motón de modo que cuelgue de la verga mayor, tira una punta del cabo para que lo agarre y lo sujete bien firme un marinero en cubierta. Luego, una mano tras otra, el indio baja con la otra punta, pendiendo por el aire, hasta que se posa diestramente en lo alto de la cabeza. Allí -todavía muy elevado sobre el resto de la gente, a la que grita con vivacidad- parece algún muecín turco llamando a la buena gente a la oración desde lo alto de un minarete. Le hacen subir una aguda azada de mango corto, y él busca diligentemente el lugar adecuado para empezar a irrumpir en el tonel. En ese asunto actúa con mucho cuidado, como un buscador de tesoros en una casa vieja, golpeando las paredes para ver dónde está emparedado el oro. En el momento en que concluye esa cauta búsqueda, un recio cubo con aros de hierro, exactamente como un cubo de pozo, ha sido amarrado a un extremo del «látigo», mientras el otro extremo, extendido a través de la cubierta, queda sujeto por dos o tres marineros atentos. Éstos izan entonces el cubo al alcance del indio, a quien otra persona le ha hecho llegar un palo muy largo. Insertado en ese palo el cubo, Tashtego guía el cubo haciéndolo bajar al tonel, hasta que desaparece por entero; luego, avisando a los marineros del «látigo», sube otra vez el cubo, todo él burbujeante, como el cubo de leche recién ordeñada por la lechera. Cuidadosamente bajado desde su altura, el recipiente hasta los topes es aferrado por un marinero designado para ello, que lo vacía rápidamente en un gran barril. Luego, volviendo a subir, vuelve a pasar por el mismo recorrido hasta que la honda cisterna no produce más. Hacia el final, Tashtego tiene que meter el largo palo cada vez con más fuerza y más hondo en el tonel hasta que baja unos veinte pies del palo.

Entonces, los hombres del *Pequod* habían estado trasvasando algún tiempo de este modo, y se habían llenado varios barriles con el fragante aceite de esperma, cuando de repente ocurrió un extraño accidente. Si fue que Tashtego, ese indio salvaje, se descuidó y se distrajo soltando por un momento la mano con que se agarraba a los aparejos de grandes cables que suspendían la cabeza, o si fue que el lugar donde estaba era muy traidor y resbaladizo, o si el mismo demonio se empeñó en que fuese así, sin precisar sus razones exactas, no se puede decir ahora por qué fue, pero, de repente, cuando subía rebañando el cubo octogésimo o nonagésimo, ¡Dios mío!, el ,pobre Tashtego, como el cubo que alterna con su gemelo en un pozo de verdad, se cayó de cabeza a ese gran tonel de Heidelberg, y, con un horrible gorgoteo aceitoso, se perdió de vista por completo.

-¡Hombre al agua! -gritó Daggoo, que, en medio de la consternación general, fue el primero en recobrar el dominio-. ¡Echad el cubo para acá!

Y, metiendo un pie dentro, como para reforzar más el resbaladizo agarre de las manos en la propia cuerda del «látigo», fue elevado por los izadores hasta lo alto de la cabeza, casi antes de que Tashtego pudiera haber alcanzado su fondo interior. Mientras tanto, hubo un terrible tumulto. Mirando sobre la borda, todos vieron la cabeza, antes sin vida, latiendo y agitándose por debajo mismo de la superficie del mar, como si en ese momento se le hubiera ocurrido una idea

Librodot

importante, mientras que era sólo el pobre indio que, sin darse cuenta, revelaba en esas luchas la peligrosa profundidad en que se había hundido.

En ese momento, mientras Daggoo, en lo alto de la cabeza, liberaba el «látigo» -que se había enredado, no se sabe cómo, en los grandes aparejos de descuartizamiento-, se oyó un brusco ruido crujiente, y, con inexpresable horror de todos, uno de los dos enormes ganchos que suspendían la cabeza se desprendió, y con vasta oscilación la enorme masa se inclinó a un lado, hasta que el barco ebrio se escoró y se agitó como golpeado por un iceberg. El único gancho que quedaba, y del que ahora pendía toda la tensión, parecía a cada momento a punto de ceder, cosa aún más probable por los violentos movimientos de la cabeza.

-¡Baja, baja! -aullaron los marineros a Daggoo, pero sujetando con una mano los pesados aparejos, para que, si se caía la cabeza, él quedase todavía colgado; mientras, el negro, desenredado el cable, sumergía el cubo en el pozo ahora desplomado, con la intención de que el arponero sepultado lo agarrase y fuese izado.

-¡En nombre del cielo, marinero! -gritó Stubb-, ¿estás metiendo ahí un cartucho? ¡Espera! ¿Cómo le va a servir que le des en la cabeza con ese cubo de aros de hierro? ¡Espera, eh!

-¡Cuidado con el aparejo! -gritó una voz como el estallido de un cohete.

Casi en el mismo instante, con un trueno, la enorme masa cayó al mar, como la Table Rock del Niagara en el remolino; el casco, repentinamente aligerado, se alejó de ella, meciéndose hasta mostrar el cobre reluciente, y todos contuvieron el aliento, mientras que Daggoo -oscilando unas veces sobre las cabezas de los marineros, otras veces sobre el agua- aparecía vagamente entre una densa niebla de salpicaduras, agarrado a los aparejos balanceantes, en tanto el pobre Tashtego, sepultado vivo, se hundía cada vez más en el fondo del mar. Pero apenas se disipó el vapor cegador, se vio por un fugaz momento cernerse sobre las amuradas una figura desnuda con un sable de abordaje en la mano. En seguida, una ruidosa zambullida anunció que mi valiente Queequeg se había sumergido para el salvamento. Todos se agolparon en masa a ese lado, y todos los ojos contaron las ondas del agua, mientras un momento sucedía a otro sin que se viera señal del que se hundía ni del zambullido. Entonces algunos marineros saltaron a una lancha junto al barco y se separaron un poco.

-¡Ah, ah! -gritó Daggoo, de repente, desde su altura oscilante, ahora quieta, allá arriba; y, mirando lejos del barco, vimos un brazo que salía verticalmente de las olas azules: espectáculo tan extraño de ver como un brazo que saliera de la hierba sobre una tumba.

-¡Los dos, los dos! ¡Son los dos! -volvió a gritar Daggoo con un clamor gozoso, y poco después se vio a Queequeg braceando valientemente con una sola mano, mientras con la otra agarraba el largo pelo del indio. Izados a la lancha que aguardaba, fueron rápidamente llevados a la cubierta, pero Tashtego tardó en recuperarse, y Queequeg no parecía muy vivo.

Ahora, ¿cómo se había realizado este noble salvamento? Pues así: Queequeg, zambullido en pos de la cabeza que descendía lentamente, había dado tajos laterales con su afilada espada cerca de su fondo, de modo que abrió un gran agujero; entonces, dejando caer la espalda, metió el largo brazo muy dentro y hacia arriba, sacando así por la cabeza al pobre Tashtego. Aseguró que, a la primera metida que dio en su busca, se le ofreció una pierna, pero sabiendo muy bien que eso no era lo que debía ser, y que podría dar lugar a gran inconveniencia, había echado atrás esa pierna, y, con un diestro empujón y sacudida, había hecho dar una voltereta al indio, de modo que, al siguiente intento, lo sacó del buen modo tradicional: con la cabeza por delante. En cuanto a la gran cabeza, se encontraba en perfecto estado de salud.

Y así, mediante el valor y la gran habilidad obstétrica de Queequeg, se realizó con éxito la

Librodot

liberación, o mejor dicho, el parto de Tashtego, a pesar, además, de los impedimentos más inoportunos y aparentemente desesperanzadores, lo cual es una lección que no debe olvidarse en absoluto. El arte de la comadrona debería enseñarse en el mismo curso de la esgrima, el boxeo, la equitación y el remo.

Ya sé que esta extraña aventura del indio Gay-Head parecerá seguramente increíble a algunos de tierra adentro, aunque ellos mismos habrán visto u oído decir que alguien se ha caído en una cisterna, en tierra; accidente que ocurre no raras veces, y con motivo mucho menor que el del indio, si se considera la enorme resbalosidad del borde del pozo del cachalote.

Pero tal vez se me apremiará sagazmente: ¿cómo es eso? Creíamos que la cabeza del cachalote, con su tejido imbricado, era la parte más ligera y flotante que hay en él, y sin embargo, tú lo haces hundirse en un elemento de mayor peso específico que ella. Aquí te tenemos. De ningún modo, sino que aquí os tengo yo: pues en el momento en que se cayó el pobre Tash, la caja casi estaba vacía de su contenido más ligero, dejando poco más que la densa pared tendinosa del pozo; una sustancia doblemente soldada y martillada, como he dicho antes, mucho más pesada que el agua de mar, en la cual se hunde un trozo suyo casi como plomo. Pero la tendencia a hundirse rápidamente que tiene esta sustancia, en el caso presente, quedó contrarrestada materialmente por las demás partes de la cabeza que quedaban sin desprender de ella, de modo que se hundió, en efecto, con mucha lentitud y deliberación, proporcionando a Queequeg una decente ocasión para que realizara su ágil obstetricia a la carrera, como podríais decirlo. Sí, fue un parto a la carrera; eso fue.

Ahora, si Tashtego hubiera perecido en esa cabeza, habría sido un modo precioso de perecer: ahogado en el más blanco y refinado de los fragantes aceites de esperma, *y* teniendo por ataúd, carroza *y* tumba, la secreta cámara interior, el sanctasantórum del cetáceo. Sólo se puede recordar fácilmente un fin más dulce: la deliciosa muerte de un buscador de colmenas de Ohio, el cual, buscando miel en la horquilla de un árbol hueco, encontró tan enorme reserva de ella que, al inclinarse demasiado, fue absorbido por la miel y murió embalsamado. ¿Cuántos creéis que hayan caído igualmente en la cabeza de miel de Platón, muriendo dulcemente en ella?

I

La dehesa

CAPITULO LXXIX

Escudriñar las líneas de la cara, o palpar los bultos de la cabeza de este leviatán es cosa que ningún fisiognomista o frenólogo ha hecho jamás. Tal empresa parecería casi tan poco prometedora como lo habría sido para Lavater escudriñar las arrugas del Peñón de Gibraltar, o para Gall subir en una escalerilla a manosear la cúpula del Panteón. Sin embargo, en sus famosas obras, Lavater no sólo trata sobre las diversas caras de los hombres, sino que también estudia atentamente las caras de los caballos, pájaros, serpientes *y* peces, *y* se demora en detalles sobre las variedades de expresión discernibles en ellas. Por tanto, aunque yo estoy poco cualificado para hacer de pionero en la aplicación de esas dos semiciencias al cachalote, haré lo que pueda. Lo intento todo: logro lo que puedo.

Desde el punto de vista fisiognómico, el cachalote es una criatura anómala. No tiene nariz

Librodot

propiamente dicha. Y dado que la nariz es el más central *y* conspicuo de los rasgos, *y* dado que quizá es el que más modifica y en definitiva domina su expresión combinada, parecería por ello que su entera ausencia como apéndice externo debe afectar mucho a la cara del cetáceo. Pues del mismo modo que en la jardinería paisajística se considera casi indispensable para el completamiento de la escena un chapitel, una cúpula o un monumento, así no hay cara que pueda estar fisiognómicamente en orden sin el alto campanario calado de la nariz. Quitadle la nariz al Júpiter marmóreo de Fidias, y ¡qué triste resto! No obstante, el leviatán es de tan poderosa magnitud, y sus proporciones son tan solemnes, que la misma deficiencia que sería horrible en el Júpiter esculpido, en él no es defecto en absoluto. Más aún, es una grandeza adicional. Para el cachalote, una nariz hubiera sido impertinente. Al navegar en vuestro chinchorro alrededor de su vasta cabeza en vuestro viaje fisiognómico, vuestro noble concepto de él jamás queda ofendido por la reflexión de que tenga una nariz de que tirar: una idea pestilente, que tan a menudo se empeña en invadirnos aun cuando observamos al más poderoso macero real en su trono.

En algunos detalles, quizá la visión fisiognómica más impotente que quepa tener del cachalote es la plena visión frontal de la cabeza. Ese aspecto es sublime.

Una hermosa frente humana, cuando piensa, es como el oriente cuando se turba con el amanecer. Paciendo en reposo, la rizada frente del toro tiene un toque de grandiosidad. Al arrastrar pesados cañones por desfiladeros de montañas, la frente del elefante es majestuosa. Humana o animal, la misteriosa frente es como ese gran sello de oro adherido por los emperadores germánicos a sus decretos. Significa: «Dios: hecho en el día de hoy por mi mano». Pero en la mayor parte de las criaturas, e incluso en el hombre mismo, muy a menudo la frente es una mera franja de tierra alpina extendida a lo largo de la línea de nieve. Pocas son las frentes que, como la de Shakespeare o la de Melanchthon, se elevan tan alto y descienden tan bajo que los propios ojos semejan claros lagos eternos y sin oscilación; y sobre ellas, en sus arrugas, os parece seguir el rastro de los astados pensamientos que bajan a beber, igual que los cazadores de las tierras altas siguen el rastro de los ciervos por sus huellas en la nieve. Pero en el gran cachalote esta alta y poderosa dignidad divina, inherente a la frente, está tan inmensamente amplificada que, al contemplarla, en esa plena vista frontal, sentís a la Divinidad y las potencias temibles con más energía que al observar cualquier otro objeto de la naturaleza viva. Pues no veis un solo punto con precisión, no se revela un solo rasgo visible; no hay nariz, ojos, oídos o boca; no hay cara; no la tiene, en rigor; nada sino un solo ancho firmamento de frente, alforzado de enigmas, amenazando mudamente con la condenación de lanchas, barcos y hombres. Y tampoco disminuye de perfil esa prodigiosa frente; aunque, al observarla así, su grandeza no os abrume tanto. De perfil, observáis claramente esa depresión horizontal, como una media luna, en el centro de la frente, que en el hombre es la señal del genio, según Lavater.

Pero ¿cómo? ¿Genio en el cachalote? ¿Alguna vez el cachalote ha escrito un libro o pronunciado un discurso? No, su gran genio se declara en que no haga nada especial para demostrarlo. Se declara además en su silencio piramidal. Y eso me recuerda que, si el joven mundo oriental hubiera conocido al gran cachalote, lo habría divinizado en sus pensamientos de mágico infantilismo. Divinizaron al cocodrilo, porque el cocodrilo no tiene lengua; y el cachalote tampoco tiene lengua, o al menos es tan pequeña que resulta incapaz de sacarse. Si en lo sucesivo algún pueblo poético y de alta cultura logra con sus incitaciones que regresen a sus derechos de nacimiento los alegres dioses de los mayas de antaño y los vuelve a entronizar con vida en el cielo hoy egolátrico, en el monte hoy sin hechizos, entonces, estad seguros, exaltado al alto asiento de Júpiter, el gran cachalote será el dominador.

Librodot

Champollion descifró los arrugados jeroglíficos del granito. Pero no hay Champollion que descifre el Egipto de la cara de cada hombre y de cada ser. La fisiognomía, como todas las demás ciencias humanas, es sólo una fábula pasajera. Entonces, si sir William Jones, que leía treinta idiomas, no sabía leer la más sencilla cara de aldeano en sus más profundos y sutiles significados, ¿cómo puede el analfabeto Ismael tener esperanzas de leer el terrible caldeo de la frente del cachalote? No hago más que poner ante vosotros esta frente. Leedla si podéis.

El núcleo

CAPÍTULO LXXX

Si el cachalote es una esfinge, desde el punto de vista fisiognómico, para el frenólogo su cerebro parece aquel círculo de la geometría que es imposible cuadrar.

En el animal maduro, el cráneo mide por lo menos veinte pies de largo. Si desengoznáis la mandíbula inferior, la vista lateral de este cráneo es como la vista lateral de un plano moderadamente inclinado apoyado totalmente en una base horizontal. Pero en vida -como hemos visto en otro lugar- el plano inclinado queda rellenado en su ángulo y casi cuadrado por la enorme masa superpuesta del «trozado» y la esperma. En su extremo más alto, el cráneo forma un cráter para acomodar esa parte de la masa, mientras que bajo el largo suelo de ese cráter -en otra cavidad que rara vez excede diez pulgadas de largo y otras tantas de profundo- reposa el escaso puñado de cerebro de este monstruo. El cerebro está por lo menos a veinte pies de su frente visible, en el animal vivo; está escondido detrás de sus enormes obras defensivas, como la ciudadela interna tras las amplias fortificaciones de Quebec. Está escondido en él de modo tan semejante a un cofrecillo precioso, que he conocido a muchos pescadores de ballenas que niegan perentoriamente que el cachalote tenga otro cerebro que esa palpable semejanza de cerebro formada por las yardas cúbicas de la reserva de aceite de esperma. Como ésta se encuentra en extraños repliegues, conductos y circunvoluciones, para su modo de ver parece más de acuerdo con la idea de su potencia de conjunto considerar esta misteriosa parte suya como la morada de su inteligencia.

Está claro, entonces, que, desde el punto de vista frenológico, la cabeza de este leviatán, en el estado vivo e intacto del animal, es un completo engaño. En cuanto a su verdadero cerebro, no podéis ver indicaciones suyas, ni sentirlas. El cachalote, como todas las cosas potentes, ostenta una frente falsa para el mundo común.

Si liberáis su cráneo de su cargamento de aceite de esperma, y lanzáis una vista por detrás a su parte trasera, que es el extremo elevado, os sorprenderá su semejanza con el cráneo humano observado en la misma situación y desde el mismo punto de vista. En efecto, colocad este cráneo vuelto del revés (reducido a la escala de la magnitud humana) entre una bandeja de cráneos humanos, e involuntariamente lo confundiréis con ellos; y al observar las depresiones en una parte de su cima, diríais, en lenguaje frenológico: «Este hombre no tenía estimación de sí mismo, ni veneración». Y con esas negaciones, consideradas juntamente con el hecho afirmativo de su portentosa mole y energía, os podéis formar del mejor modo el concepto más auténtico, aunque no el más regocijante, de lo que es la potencia más exaltada.

Pero, si por las dimensiones relativas del cerebro propiamente dicho del cachalote, lo juzgáis incapaz de ser adecuadamente localizado, entonces tengo otra idea que ofreceros. Si consideráis atentamente el espinazo de casi todos los cuadrúpedos, os llamará la atención la

Librodot

semejanza de sus vértebras con un collar engarzado de cráneos enanos, todos ellos ostentando una semejanza rudimentaria con el cráneo propiamente dicho. Es un concepto alemán que las vértebras son cráneos absolutamente sin desarrollar. Pero entiendo que no fueron los alemanes los primeros en percibir esa curiosa semejanza externa. Un amigo extranjero una vez me la hizo notar en el esqueleto de un enemigo que había matado, con cuyas vértebras estaba haciendo una especie de incrustación en bajorrelieve en la proa en pico de su canoa. Ahora, considerad que los frenólogos han omitido una cosa importante al no prolongar sus investigaciones desde el cerebelo hasta el canal medular. Pues creo que mucho del carácter de un hombre se hallará representado en su espinazo. Prefería tocar vuestro espinazo que vuestro cráneo, quienquiera que seáis. Una débil viga de espinazo jamás ha sostenido un alma íntegra y noble. Yo me complazco en mi espinazo, como en el firme y audaz mástil de la bandera que despliego ante el mundo. Aplicad esta rama espinal de la frenología al cachalote. Su cavidad craneana se continúa con la primera vértebra del cuello, y, en esta vértebra, el cauce del canal medular mide unas diez pulgadas de ancho, con ocho de altura, y con una forma triangular con la base para abajo. Al pasar por las restantes vértebras, el canal disminuye de tamaño, pero durante una considerable distancia sigue siendo de gran capacidad. Ahora, desde luego, este canal está lleno de la misma sustancia extrañamente fibrosa -la médula espinal- que el cerebro, y comunica directamente con el cerebro. Y, lo que es más, durante muchos pies después de emerger de la cavidad cerebral, la médula espinal sigue teniendo la misma circunferencia sin mengua, casi igual a la del cerebro. En todas esas circunstancias, ¿no sería razonable inspeccionar y sacar planos de la médula del cachalote desde el punto de vista frenológico? Pues, mirada en este sentido, la notable pequeñez relativa de su cerebro propiamente dicho está más que compensada por la prodigiosa magnitud relativa de su médula espinal.

Pero dejando que esta sugestión influya como pueda en los frenólogos, simplemente querría asumir por un momento la teoría espinal en referencia a la joroba del cachalote. Esta augusta joroba, si no me equivoco, se eleva sobre una de las vértebras mayores, y por tanto es, en cierto modo, su molde convexo exterior. Por su situación relativa, entonces, yo llamaría a esta alta joroba el órgano de la firmeza y la indomabilidad en el cachalote. Y que el gran monstruo es indomable, todavía tendréis razones para saberlo.

El Pequod* encuentra al *Virgen

CAPÍTULO LXXXI

Llegó el día predestinado y, como era debido, encontramos al barco *Jungfrau,* capitán Derick De Deer, de Bremen.

Antaño los principales pescadores de ballenas del mundo, ahora los holandeses y los alemanes están entre los menos importantes, pero, acá *y* allá, a intervalos muy amplios de latitud

y longitud, todavía se encuentra de vez en cuando su bandera en el Pacífico.

Por alguna razón, el *Jungfrau* parecía muy deseoso de presentar sus respetos. Todavía a cierta distancia del *Pequod,* orzó, *y* arriando un bote, su capitán fue impulsado hacia nosotros, situándose impacientemente a proa, en vez de ir a popa.

-¿Qué lleva ahí en la mano? -gritó Starbuck, señalando algo que el alemán llevaba balanceando-. ¡Imposible! ¡Una alcuza!

-No es eso -dijo Stubb-: no, no, es una cafetera, señor Starbuck; viene acá a hacernos el café, ese alemán; ¿no ve la gran lata que tiene al lado? Es agua hirviendo. ¡Ah, está muy bien, ese alemán!

-¡Quite allá! -exclamó Flask-, es una alcuza y una lata de aceite. Se le ha acabado el aceite y viene a pedir.

j Por curioso que parezca que un barco aceitero pida prestado aceite en zona de pesca, y por mucho que contradiga al revés al viejo proverbio de llevar carbón a Newcastle, a veces ocurre realmente semejante cosa; y en el caso presente, el capitán Derick De Deer llevaba sin duda una alcuza, como había dicho Flask.

Cuando subió a cubierta, Ahab se le acercó repentinamente, sin fijarse en absoluto en lo que llevaba en la mano, pero el alemán, en su jerga rota, pronto evidenció su completa ignorancia sobre la ballena blanca dirigiendo inmediatamente la conversación hacia su alcuza y su lata de aceite, con algunas observaciones sobre que, por la noche, tenía que meterse en su hamaca en profunda oscuridad, porque se había acabado su última gota de aceite de Bremen, y todavía no habían capturado un solo pez volador para suplir la deficiencia; y para terminar sugirió que su barco estaba lo que en la pesca de ballenas se llama técnicamente *limpio* (esto es, vacío), muy merecedor del nombre de *Jungfrau,* «Virgen».

Remediadas sus necesidades, Derick se marchó, pero no había alcanzado el costado de su barco cuando se anunciaron ballenas desde los masteleros de ambos barcos, y tan ansioso estaba Derick de persecución, que, sin detenerse a dejar a bordo la lata de aceite y la alcuza, hizo virar la lancha y se puso a seguir a las alcuzas leviatánicas.

Ahora, como la caza se había levantado a sotavento, él y las otras tres lanchas alemanas que de pronto le siguieron llevaban considerable ventaja a las quillas del *Pequod.* Había ocho ballenas, una manada mediana. Conscientes de su peligro, marchaban todas en fondo con gran velocidad, derechas por delante del viento, rozando sus costados tan estrechamente como tiros de caballos enjaezados. Dejaban una estela grande y ancha, como si desenrollaran de modo continuo un ancho pergamino sobre el mar.

Dentro de esa rápida estela, y a muchas brazas detrás, nadaba un viejo macho, grande y jorobado, que, por su avance relativamente lento, así como por las insólitas incrustaciones amarillentas que crecían sobre él, parecía sufrir ictericia o alguna otra enfermedad. Parecía dudoso que esta ballena perteneciera a la manada de delante, pues no es corriente en tan venerables leviatanes ser sociables. No

[1] obstante, se mantenía en su estela, aunque indudablemente su reflujo debía retardarle, porque el «hueso blanco» o marejada ante su ancho morro se rompía como la onda que se forma cuando se encuentran dos corrientes hostiles. Su chorro era corto, lento y laborioso, saliendo con una especie de estertor estrangulado, y disipándose en jirones desgarrados, seguidos de extrañas conmociones subterráneas en él, que parecían encontrar salida por su otro extremo hundido, haciendo que las aguas se elevaran burbujeantes detrás de él.

,. ¿Quién tiene algún calmante? -dijo Stubb-; tiene dolor de estómago, me temo. Dios mío,

Librodot

¡figuraos lo que es tener media hectárea de dolor de estómago! Vientos contrarios están haciendo en él una pascua loca, muchachos. Es el primer mal viento que he visto jamás soplar por la popa; pero mirad, ¿ha habido nunca una ballena que diera tales guiñadas? Debe de ser que ha perdido la caña.

Como un gran barco cargado en exceso, al acercarse a la costa del Indostán con la cubierta llena de caballos espantados, se escora, se mece, se sumerge y avanza vacilante, así esta vieja ballena balanceaba su envejecida mole, y de vez en cuando, revolviéndose sobre sus molestas costillas, mostraba la causa de su estela incierta en el muñón innatural de su aleta de estribor. Sería difícil decir si había perdido esa aleta en batalla, o si había nacido sin ella.

-Espera un poco, viejo, y te pondré en cabestrillo ese brazo herido -gritó el cruel Flask, señalando la estacha que tenía a su lado.

-Fíjate que no te ponga a ti en cabestrillo -gritó Starbuck-: Adelante, o el alemán se lo llevará.

Con una sola intención, todas las lanchas rivales se dirigían a ese mismo animal no sólo porque era el mayor, y por tanto el más valioso, sino porque estaba más cerca, y los otros se movían a tal velocidad, además, que casi desafiaban toda persecución por el momento. En esta coyuntura, las embarcaciones del *Pequod* habían adelantado a las tres lanchas alemanas arriadas en último lugar, pero la de Derick, por la gran ventaja que había tenido, todavía iba en cabeza de la persecución, aunque a cada momento se acercaran a ella sus rivales extranjeros. Lo único que temían éstos era que él, por estar ya tan cerca de su blanco, pudiera disparar su arpón antes que terminaran de alcanzarle y pasarle. En cuanto a Derick, parecía muy confiado en que ocurriría así, y de vez en cuando, con un gesto de burla, agitaba la alcuza hacia las otras lanchas.

¡Perro grosero e ingrato! -gritó Starbuck-: ¿se burla y me desafía con la misma lata de limosnas que le he llenado hace cinco minutos? -Y luego, con su viejo susurro intenso-: ¡Adelante, lebreles! ¡Hala con ello!

-Os digo la verdad, muchachos -gritaba Stubb a su tripulación-, va contra mi religión ponerse como loco, pero ¡me gustaría comerme a ese granuja de alemán! ¡Remad!, ¿queréis? ¿Vais a dejar que ese bribón os gane? ¿Os gusta el coñac? Un pellejo de coñac, entonces, al mejor remero. Vamos, ¿por qué no os rompéis alguno una vena? ¿Quién es el que ha echado un ancla por la borda? No nos movemos una pulgada; estamos en calma chicha. Ea, que crece la hierba en el fondo de la lancha; y por Dios, que este mástil está echando yemas. Eso no me gusta, muchachos. ¡Mirad a ese alemán! Bueno, ¿en qué quedamos, vais a escupir fuego o no?

-¡Ah, mirad qué espuma hace! -gritaba Flask, danzando de un lado para otro-: ¡Qué joroba! ¡Venga, echaos contra el buey; está quieto como un tronco! ¡Ah, muchachos, tirad allá: torta *y quohogs* de cena, ya sabéis, muchachos..., almejas y bollos..., ea, tirad adelante... Tiene cien barriles..., no la perdáis ahora...! ¡No, no...! Mirad a ese alemán... ¡Ah, no remáis por lo que coméis, muchachos! ¡Qué asco, qué porquería! ¿No os gusta el aceite de esperma? ¡Ahí van tres mil dólares, hombres! ¡Un Banco, todo un Banco! ¡El Banco de Inglaterra! ¡Ea, vamos, vamos, vamos! ¿Qué hace ahora el alemán?

En ese momento Derick lanzaba su alcuza contra las lanchas que avanzaban, y también la lata de aceite, quizá con la doble intención de retardar el avance de sus rivales, y a la vez de acelerar económicamente el suyo, con el ímpetu momentáneo del lanzamiento hacia atrás.

-¡Ese grosero perro teutón! -gritó Stubb-. ¡Remad, hombres, como cincuenta mil cargamentos de barcos de guerra llenos de diablos de pelo rojo! ¿Qué dices, Tashtego: eres hombre para partirte el espinazo en veintidós trozos por el honor del viejo Gay-Head?

¿Qué dices?

-Digo que ya remo como un condenado -gritó el indio.

Ferozmente, pero incitadas por igual por las burlas del alemán, las tres lanchas del *Pequod* empezaban ahora a darle alcance casi juntas, y así dispuestas se le acercaban por momentos. En la hermosa, desprendida y caballeresca actitud del jefe de la lancha al acercarse a la presa, los tres oficiales se levantaron orgullosamente, animando de vez en cuando al remero de popa con un grito estimulante de:

-¡A11á se escurre, ahora! ¡Hurra por la brisa de fresno! ¡Adelantadle!

Pero Derick había tenido tan resuelta ventaja inicial que, a pesar de toda la valentía de ellos, habría resultado vencedor en la carrera si no hubiera caído sobre él un justo juicio en forma de un fallo que detuvo la pala de su remero de en medio. Mientras este torpe marinero de agua dulce se esforzaba por desenredar su fresno, y mientras, en consecuencia, la lancha de Derick estaba a punto de zozobrar, en tanto que él se deshacía en truenos contra sus hombres en terrible cólera, fue el buen momento para Starbuck, Stubb y Flask. Con un grito, dieron un salto mortal hacia delante, y llegaron oblicuamente a disponerse a la altura del alemán. Un instante después, las cuatro lanchas estaban en diagonal en la estela inmediata del cetáceo, mientras que a ambos lados de ellos se extendía la oleada espumosa que hacía.

Fue un espectáculo terrible, lamentable y enloquecedor. El cachalote iba ahora con la cabeza fuera, proyectando su chorro por delante en manantial continuamente atormentado, mientras que su único aletazo golpeaba su costado en agonía de espanto. Unas veces a un lado, otras veces a otro, daba guiñadas en su vacilante huida, y sin embargo, a cada ola que superaba, se hundía espasmódicamente en el mar, o agitaba de lado hacia el cielo su única aleta móvil. Así he visto un pájaro con un ala herida trazando espantado círculos rotos en el aire e intentando en vano escapar de los piratescos halcones. Pero el pájaro tiene voz, y con gritos plañideros da a conocer su miedo, mientras que el miedo de este enorme bruto mudo del mar estaba encadenado y encantado dentro de él: no tenía voz, salvo la respiración en estertor por su rendija, y eso hacía que el verle fuera inexpresablemente lamentable, mientras que a la vez, en su impresionante mole, en su mandíbula en rastrillo y en su cola omnipotente, había bastante para horrorizar al hombre más robusto que así se compadeciera.

Al ver ahora que unos pocos momentos más darían la ventaja a las lanchas del *Pequod, y* con tal de no quedar así burlado de su presa, Derick eligió al azar lo que debió parecerle un disparo insólitamente largo, antes de que se le escapara para siempre la última probabilidad.

Pero apenas se levantó su arponero para el lanzamiento, los tres tigres -Queequeg, Tashtego, Daggoo- se pusieron en pie de un salto instintivo, y situados en fila diagonal, apuntaron a la vez sus hierros, dispararon sobre la cabeza del arponero alemán, y sus tres arpones de Nantucket penetraron en el animal. ¡Qué cegadores vapores de espuma y fuego blanco! Las tres lanchas, en la primera furia del arranque escapado del cachalote, golpearon de lado la del alemán, con tal fuerza que tanto Derick como su desconcertado arponero fueron vertidos fuera, y les pasaron por encima las tres quillas fugitivas.

-No tengáis miedo, mis botes de manteca -gritó Stubb, lanzándoles una ojeada pasajera al adelantarles-: ya se os recogerá... ¡Muy bien! He visto unos tiburones a popa..., ya sabéis, perros de San Bernardo..., alivian a los viajeros en apuros. ¡Hurra!, éste es ahora el camino para navegar. ¡Cada quilla es un rayo de sol! ¡Hurra! ¡Allá vamos, como tres latas en la cola de un puma enloquecido! Esto me hace pensar en cuando se ata un elefante a una calesa, en una llanura... Hace volar los radios de las ruedas, muchachos, cuando se le ata así; y hay también peligro de

Librodot

que le tire a uno fuera, cuando se ataca una cuesta. ¡Hurra! Así es como se siente uno cuando se va con Pedro Botero... ¡corriendo cuesta abajo por un plano inclinado sin fin! ¡Hurra!, ¡esa ballena lleva el correo de la eternidad!

Pero la carrera del monstruo fue breve. Dando un súbito jadeo, se zambulló tumultuosamente. Rascando velozmente, las tres estachas volaron en torno a los bolardos con tal fuerza, que abrieron profundos surcos en ellos mientras que los arponeros, temerosos de que esta rápida zambullida agotara pronto las estachas, usando todo su poder y destreza dieron repetidas vueltas al cabo humeante para sujetarlo, hasta que por fin -debido a la tensión vertical en los tacos, forrados de plomo, de los botes, desde donde bajaban derechos los tres cabos al azul- las regalas de las proas casi estuvieron al nivel del agua, mientras las tres proas se elevaban hacia el cielo. Y al cesar pronto el cetáceo en su sumersión, se quedaron algún tiempo en esa actitud, temerosos de soltar más cabo, aunque la posición era un poco difícil. Pero aunque de ese modo se han hundido y perdido muchas lanchas, sin embargo, el aguantar así, con las agudas puntas enganchadas en la carne viva del lomo, es lo que a menudo atormenta tanto al leviatán que pronto le hace subir otra vez al encuentro de la afilada lanza de sus enemigos. Pero, para no hablar del peligro del asunto, es dudoso si ese procedimiento es siempre el mejor, pues es razonable suponer que cuanto más tiempo permanezca bajo el agua el animal herido, más agotado quedará. Porque, debido a su enorme superficie -en un cachalote adulto, algo menos de 2.000 pies cuadrados-, la presión del agua es inmensa. Todos sabemos qué asombroso peso atmosférico resistimos nosotros mismos, aun aquí, sobre la tierra, en el aire ¡qué enorme, entonces, la carga de una ballena, colocando en su espalda una columna de doscientas brazas de océano! Debe ser igual, por lo menos, al peso de cincuenta atmósferas. Un cazador de ballenas lo ha calculado como el peso de veinte barcos de guerra, con todos sus cañones *y* reservas *y* hombres a bordo.

Con las tres lanchas detenidas allí en aquel mar que se mecía suavemente, mirando allá abajo su eterno mediodía azul, y sin que subiera de sus profundidades un solo gemido ni grito de ninguna clase, más aún, ni una onda ni una burbuja, ¿qué hombre de tierra adentro habría pensado que por debajo de todo ese silencio y placidez se retorcía y agitaba en agonía el mayor monstruo de los mares? Ni ocho pulgadas de cabo vertical se veían en las proas. ¿Parece creíble que con tres hilos tan finos quedara suspendido el gran leviatán, como la gran pesa de un reloj de ocho días? ¿Suspendido?, y ¿de qué? De tres trocitos de tabla. ¿Es ésa la criatura de que se dijo una vez tan triunfalmente: «¿Puedes llenar su piel de arpones afilados, o su cabeza de bicheros? La espada de quien le golpea no hace presa, ni la lanza, ni el dardo, ni la cota de malla; el hierro es para él como la paja; la flecha no puede hacerle huir; los dardos son para él como rastrojo; se ríe de quien blande una lanza?». ¿Es éste el animal, es éste? ¡Ah, que haya tales incumplimientos para los profetas! Pues, con la fuerza de mil muslos en la cola, Leviatán ha metido la cabeza bajo las montañas del mar para esconderla de los arpones del *Pequod!*

En esa luz oblicua de la primera hora de la tarde, las sombras que las tres lanchas proyectaban bajo la superficie debían ser suficientemente largas y anchas como para dar sombra a medio ejército de Jerjes. ¡Quién puede decir qué horrendos debieron ser para el cachalote herido tan enormes fantasmas cerniéndose sobre su cabeza!

¡Cuidado, muchachos, se mueve! -gritó Starbuck, cuando los tres cabos vibraron de repente en el agua, transmitiéndoles claramente hasta ellos, como por cables magnéticos, los latidos de vida y muerte de la ballena, de tal modo que cada remero los notaba en su asiento. Un momento después, aliviadas en buena medida de la tensión hacia abajo en las proas, las lanchas dieron un salto repentino hacia arriba, como un pequeño campo de hielo cuando un denso rebaño

de osos blancos lo abandona, asustado, .echándose al mar.

-¡Halad, halad! -volvió a gritar Starbuck-: está subiendo.

Las estachas, en que, un momento antes, no se podría haber ganado un palmo, ahora fueron lanzadas, otra vez, todas goteantes, adentro de las lanchas, en largas adujas vivas, y pronto la ballena salió a la superficie a dos largos de barco de sus perseguidores.

Sus movimientos denotaban claramente su extremo agotamiento. En la mayor parte de los animales de tierra hay ciertas válvulas o compuertas, en muchas de sus venas, mediante las cuales, al ser heridos, la sangre se desvía en ciertas direcciones, al menos parcialmente. No es así en el cachalote, una de cuyas peculiaridades es tener una estructura de venas enteramente sin válvulas, de modo que, al ser pinchada aun por una punta tan pequeña como la de un arpón, comienza al momento un mortal desangramiento en todo su sistema arterial, y cuando éste aumenta con la extraordinaria presión de agua, a gran distancia bajo la superficie, se puede decir que se le va la vida a chorros, en torrente incesante. Sin embargo, es tan enorme la cantidad de sangre que hay en él, *y* tan lejanas *y* numerosas sus fuentes interiores, que sigue así sangrando y sangrando durante un período considerable, igual que un río sigue manando en una sequía cuando tiene su venero en las fuentes de unas montañas lejanas e indiscernibles. Aun entonces, cuando las lanchas se acercaron remando a la ballena, y, pasando arriesgadamente sobre su cola agitada, le dispararon lanzas, fueron perseguidas por chorros continuos de la herida recién hecha, que siguió manando continuamente, mientras el agujero natural para el chorro, en la cabeza, sólo a intervalos, aunque rápidos, lanzaba al aire su lluvia asustada. Por esta abertura no salía todavía sangre, porque no se había tocado hasta ahora ninguna parte vital suya. Su «vida», como la llaman significativamente, todavía estaba intacta.

Ahora que las lanchas le rodeaban más de cerca, quedó visible claramente toda la parte superior de su forma, con mucho de ella que suele estar sumergido. Sus ojos o mejor dicho los sitios donde habían estado sus ojos, quedaron a la vista. Igual que cuando caen los ancestrales robles, en los agujeros de sus nudos se reúnen extrañas masas mal crecidas, así, de los puntos que habían ocupado antes los ojos de la ballena, ahora salían bulbos ciegos, horriblemente lamentables de ver. Pero no hubo compasión. A pesar de su vejez, y de su brazo único y de sus ojos ciegos, debía morir de muerte y ser asesinado, para iluminar las alegres bodas y los demás festivales del hombre, y asimismo para alumbrar las solemnes iglesias que predican que todos han de ser incondicionalmente inofensivos para con todos. Aún meciéndose en su sangre, por fin mostró parcialmente un extraño racimo o protuberancia, del tamaño de un *bushel,* muy abajo del flanco.

-Bonito sitio -gritó Flask-: déjeme pincharle ahí una vez. -¡Alto! -gritó Starbuck-: ¡no hay necesidad de eso!

Pero había tardado demasiado el humanitario Starbuck. En el momento del disparo, un chorro ulceroso se disparó de esa herida cruel, y la ballena, sufriendo con ella insoportable angustia, lanzó chorros de densa sangre y con rápida furia atacó ciegamente a las embarcaciones, salpicándolas, a ellas y a sus jubilosos tripulantes, con chaparrones de sangrujo, y haciendo zozobrar la lancha de Flask, con la proa destrozada. Fue su golpe de muerte. Pues, desde ese momento, quedó tan agotada por la pérdida de sangre, que se alejó, meciéndose inerme, de la ruina que había causado; se tendió jadeando de costado, agitó impotente su aleta mutilada, y luego dio vueltas lentamente como un mundo que se desvanece: volvió a lo alto los blancos secretos de su panza, quedó flotando como un leño y murió. Fue lamentable ese último chorro expirante. Como cuando unas manos invisibles retiran el agua de alguna poderosa fuente, *y* con

Librodot

gorgoteos melancólicos *y* medio ahogados la columna espumosa desciende hasta abajo, así fue el último largo chorro moribundo moribundo de la ballena.

Pronto, mientras las tripulaciones aguardaban la llegada del barco, el cuerpo mostró síntomas de irse a hundir con todos sus tesoros sin saquear. Inmediatamente, por orden de Starbuck, se le amarraron cabos de diferentes puntos, de modo que cada lancha poco después era una boya, quedando la ballena hundida suspensa a pocas pulgadas por debajo de ella con las cuerdas. Con manejo muy atento, cuando se acercó el barco, se trasladó la ballena a su costado y allí se aseguró reciamente con las más rígidas cadenas para la cola, pues estaba claro que si no se sostenía artificialmente, el cuerpo se hundiría en seguida al fondo.

Ocurrió por casualidad que, casi al empezar a darle tajos con la azada, se encontró incrustado en la carne un arpón, corroído en `toda su longitud, en la parte inferior de la prominencia antes descrita. Pero como frecuentemente se encuentran trozos de arpones en los cuerpos muertos de ballenas capturadas, con la carne perfectamente curada a su alrededor y sin prominencia de ninguna clase que denote su lugar, por tanto, necesariamente debía haber alguna otra razón desconocida, en el presente caso, que explicara por completo la ulceración aludida. Pero aún más curioso era el hecho de que se encontrara en ella una punta de lanza de piedra, no lejos del fierro sepultado, con la carne perfectamente firme a su alrededor. Quién había disparado aquella lanza de piedra? ¿Y cuándo? Podría haberla disparado algún indio del noroeste antes de que se descubriera América.

No cabe decir qué otras maravillas podrían haberse hurgado en ese monstruoso armario. Pero todo ulterior descubrimiento fue suspendido de repente, al quedar el barco escorado de modo sin precedentes hacia el mar, debido a la tendencia a hundirse, inmensamente creciente, del cuerpo. Sin embargo, Starbuck, que tenía el mando de los asuntos, aguantó hasta el fin, y se aferró a ello tan decididamente, en efecto, que cuando por fin el barco iba a zozobrar si insistía en mantener aferrado el cuerpo, entonces, al darse la orden de romper y separarse de él, era tal la tensión inamovible sobre las ligazones de revés a que se habían amarrado las cadenas y cables de la cola, que fue imposible soltarlos. Mientras tanto, el *Pequod* se había escorado. Cruzar al otro lado de la cubierta era como subir por el abrupto techo picudo de una casa. El barco gemía y jadeaba. Muchas de las incrustaciones de marfil de sus amuradas y cabinas saltaron de su sitio, por la tensión extraordinaria. En vano se trajeron espeques y palancas para aplicarlos a las inamovibles cadenas que sujetaban la cola, liberándolas de las ligazones: tan hondo había bajado ya la ballena que no cabía acercarse a los extremos sumergidos, mientras a cada momento parecían añadirse toneladas enteras de pesadumbre a la mole que se hundía, y el barco parecía a punto de perderse.

-¡Aguanta, aguanta!, ¿quieres? -Gritó Stubb al cuerpo-: ¡no tengas tan endemoniada prisa de hundirte! Por todos los demonios, hombres, tenemos que hacer algo o lanzarnos a ello. No sirve hurgar ahí; ¡alto, digo, con los espeques, y corred uno de vosotros a buscar un libro de oraciones y un cortaplumas para cortar las cadenas grandes!

-¿Cortar? Sí, sí -gritó Queequeg, y agarrando la pesada hacha del carpintero, se asomó por una porta, y, con el acero contra el hierro, empezó a dar tajos a las mayores cadenas de la cola. Pocos golpes se dieron, con muchas chispas, y la enorme tensión hizo el resto. Con un terrible chasquido, todas las amarras saltaron por el aire; el barco se enderezó y el cadáver se hundió.

Ahora, esta inevitable sumersión que ocurre a veces en un cachalote recién muerto es una cosa muy curiosa, y ningún pescador la ha explicado adecuadamente. Por lo general, el cachalote muerto flota con mucha ligereza, con el costado o la panza considerablemente elevado sobre la

Librodot

superficie. Si los únicos cetáceos que se hundieran así fueran criaturas viejas, flacas y de ánimo abatido, con sus almohadillas de grasa disminuidas *y* todos sus huesos pesados *y* reumáticos, entonces podríais afirmar con mucha razón que ese hundimiento está causado por un insólito peso específico en el pez que así se hunde, como consecuencia de que le falta dentro materia flotante. Pero no es así. Pues incluso jóvenes cetáceos, en su mejor salud y rebosando nobles aspiraciones, truncados prematuramente en la tibia floración y el mayo de su vida, con toda su grasa palpitando encima, incluso esos héroes valientes y flotantes, se hunden alguna vez.

Hay que decir, sin embargo, que el cachalote es mucho menos propenso a ese accidente que cualquier otra especie. Por cada uno de esa especie que se hunde, se hunden veinte ballenas francas. Esta diferencia entre las especies es sin duda atribuible en no escaso grado a la mayor cantidad de hueso que hay en la ballena franca, ya que sólo sus persianas venecianas pesan a veces más de una tonelada, estorbo de que el cachalote está totalmente libre. Pero hay ejemplos en que, después de un lapso de varias horas o varios días, el cetáceo hundido vuelve a subir, más flotante que en vida. Pero la razón de esto es obvia. En él se producen gases: se hincha con prodigiosa magnitud, convirtiéndose en una especie de globo animal. Entonces, apenas un barco de guerra podría impedirle subir. En las pesquerías costeras de la ballena, en bajos fondos entre las bahías de

Nueva Zelanda, cuando una ballena franca da señales de hundirse, le amarran boyas, con mucho cable, de modo que, cuando el cuerpo ha bajado, saben dónde buscarlo cuando suba otra vez.. No mucho después del hundimiento del cadáver, se oyó un grito desde las cofas del *Pequod,* anunciando que el *Jung frau* volvía a .arriar sus lanchas, aunque el único chorro a la vista era de una ballena de aleta dorsal, de las especies de ballenas incapturables, a causa de su increíble poder natatorio. No obstante, el chorro de esa ballena es tan semejante al del cachalote, que los pescadores inexpertos a veces la confunden con él. Y en consecuencia, Derick y toda su ueste se pusieron en valiente persecución de ese bruto inalcanzable. La *Virgen,* desplegando todas sus velas, se puso a seguir sus cuatro quillas jóvenes, y así desaparecieron todos a sotavento, todavía en atrevida y esperanzada persecución.

¡Ah, muchas son las ballenas de aleta dorsal, y muchos son los Dericks, amigo mío!

El honor y la gloria de la caza de la ballena

CAPÍTULO LXXXII

Hay algunas empresas en que el método adecuado es un desorden cuidadoso.

Cuanto más me sumerjo en este asunto de la caza de la ballena y hago avanzar mis investigaciones hasta su misma fuente, mucho más me impresionan su gran honorabilidad *y* su antigüedad; *y,* sobre todo, cuando encuentro tantos grandes semidioses y héroes, y profetas de todas clases, que de un modo o de otro le han conferido distinción, me siento transportado al reflexionar que yo mismo pertenezco, aunque sólo de modo subordinado, a una hermandad de tales blasones.

El valiente Perseo, un hijo de Júpiter, fue el primer ballenero, y ha de decirse, para eterno honor de nuestra profesión, que la primera ballena atacada por nuestra cofradía no fue muerta con ninguna intención sórdida. Aquéllos eran los días caballerescos de nuestra profesión, cuando sólo tomábamos las armas para socorrer a los que estaban en apuros, y no para llenar las alcuzas de los hombres. Todos saben la hermosa historia de Perseo y Andrómeda: como la deliciosa

Andrómeda, hija de un rey, fue atada a una roca en la costa, y cuando el leviatán se disponía a llevársela, Perseo, el príncipe de los balleneros, avanzando intrépidamente, arponeó al monstruo, libró a la doncella y se casó con ella. Fue una admirable gesta artística, raramente lograda por los mejores arponeros de nuestros días, ya que este leviatán quedó muerto al primer arponazo. Y que nadie dude de esta historia arcaica, pues en la antigua Joppa, hoy Jaffa, en la costa Siria, en un templo pagano, estuvo durante muchos siglos el vasto esqueleto de una ballena, que las leyendas de la ciudad y todos sus habitantes afirmaban que era la mismísima osamenta del monstruo que mató Perseo. Cuando los romanos tomaron Joppa, ese esqueleto fue llevado a Italia en triunfo. Lo que parece más singular y sugestivamente importante de esta historia es que fue desde Joppa desde donde zarpó Jonás.

Afín a la aventura de Perseo y Andrómeda -incluso, algunos suponen que deriva indirectamente de ella -es la famosa historia de san Jorge y el dragón, el cual dragón yo sostengo que fue una ballena, pues en muchas antiguas crónicas las ballenas y los dragones se entremezclaban extrañamente, y a menudo se sustituían unos a otros. «Eres como un león de las aguas, y como un dragón del mar», dice Ezequiel, en lo cual alude claramente a una ballena; en realidad, algunas versiones de la Biblia usan esa misma palabra. Además, menguaría mucho la gloria de la gesta que san Jorge sólo hubiera afrontado a un reptil de los que se arrastran por la tierra, en vez de entablar batalla con el gran monstruo de las profundidades. Cualquier hombre puede matar una serpiente, pero sólo un Perseo, un san Jorge o un Coffin tienen bastantes agallas como para avanzar valientemente contra una ballena.

Que no nos desorienten las modernas pinturas de esa escena; pues aunque el animal afrontado por ese valiente ballenero de antaño está representado vagamente en forma semejante a un grifo, y aunque la batalla se pinta en tierra, con el santo a caballo, sin embargo, considerando la gran ignorancia de aquellos tiempos, cuando los artistas desconocían la verdadera forma de la ballena, y considerando que, en el caso de Perseo, la ballena de san Jorge podía haber subido reptando desde el mar a la playa, y considerando que el animal cabalgado por san Jorge podía ser sólo una *gran* foca o caballo marino, entonces, el tener en cuenta todo esto, no parecerá in compatible con la sagrada leyenda y con los más antiguos esbozos, de la escena, afirmar que ese llamado dragón no fue otro que el propio gran leviatán. En realidad, al ponerse ante la estricta y penetrante te verdad, toda esta historia se comportará como aquel ídolo pescado-carne-y-ave de los filisteos llamado Dagón, al cual, al ser colocado ante el Arca de Israel, se le cayeron la cabeza de caballo y las palmas de las manos, quedando sólo su muñón o parte pisciforme. Así pues, uno de nuestra noble estirpe, precisamente un ballenero, es el guardián tutelar de Inglaterra, y, con buen derecho, nosotros los arponeros de Nantucket deberíamos estar alistados en la nobilísima Orden de San Jorge. Y por consiguiente, que los caballeros de esa honorable cofradía (ninguno de los cuales, me atrevo a decir, habrá tenido que ver jamás con una ballena, como su gran patrón) no miren nunca con desprecio a los de Nantucket, ya que, aun con nuestros blusones de lana y nuestros pantalones alquitranados, tenemos mejores títulos para la condecoración de San Jorge que ellos.

Mucho tiempo he estado dudando si admitir o no a Hércules entre nosotros, pues aunque, según las mitologías griegas, aquel Crockett y Kit Carson de la antigüedad, aquel robusto realizador de excelentes gestas entusiasmadoras, fue tragado y vomitado por una ballena, con todo, podría discutirse si eso, estrictamente, le hace ser ballenero. Por ninguna parte consta que jamás arponeara a tal pez, a no ser, claro está, desde dentro. Con todo, puede considerársel_e como una suerte de ballenero involuntario; en cualquier caso, la ballena le cazó a él, si no a él la

Librodot

ballena. Le reclamo para nuestro clan.

Pero, según las mejores autoridades contradictorias, esa historia griega de Hércules y la ballena ha de considerarse derivada de la aún más antigua historia hebrea de Jonás y la ballena, o viceversa: ciertamente, son muy semejantes. Entonces, si reclamo al semidiós, ¿por qué no al profeta?

Y tampoco los héroes, santos, semidioses y profetas son los únicos en componer toda la lista de nuestra orden. Nuestro gran maestro todavía no ha sido nombrado, pues nosotros, como los solemnes reyes de antaño, encontramos nuestro manantial nada menos que en los mismísimos grandes dioses. Ahora ha de repetirse aquí aquella maravillosa historia oriental del Shastra, que nos presenta al temible Visnú, una de las tres personas que hay en la divinidad de los hindúes, y nos da al propio divino Visnú como señor nuestro; a Visnú, que, con la primera de sus diez encarnaciones terrenales, ha dejado aparte y santificado para siempre a la ballena. Cuando Brahma, o el dios de los dioses, dice el Shastra, decidió volver a crear el mundo después de una de sus disoluciones periódicas, dio nacimiento a Visnú, para presidir el trabajo; pero los *Vedas, o* libros místicos, cuya lectura parecería haber sido indispensable a Visnú antes de empezar la creación, y que, por tanto, debían contener algo en forma de sugerencias prácticas para jóvenes arquitectos, esos *Vedas,* digo, yacían en el fondo de las aguas, de modo que Visnú, encarnándose en una ballena, se zambulló a las últimas profundidades y salvó los sagrados volúmenes. ¿No fue entonces un ballenero este Visnú, del mismo modo que un hombre que va a caballo se llama caballero?

¡Perseo, san Jorge, Hércules, Jonás y Visnú!, ¡Vaya lista que tenemos! ¿Qué club, sino el de los balleneros, puede encabezarse de modo semejante?

Jonás, considerado históricamente

CAPITULO LXXXIII

En el capítulo precedente se hizo referencia al relato histórico de Jonás y la ballena. Ahora bien, algunos de Nantucket desconfían de ese relato histórico de Jonás y la ballena. Pero, asimismo, había algunos griegos y romanos escépticos, que, separándose de los paganos ortodoxos de su época, dudaban igualmente del relato de Hércules *y* la ballena, *y* Arión *y* el delfín; *y* sin embargo, el hecho de que dudaran de esas tradiciones no las hizo menos reales ni en un apice.

La principal razón que un viejo ballenero de Sag-Harbour tenía para poner en duda el relato hebreo era ésta: él tenía una de esas extrañas Biblias a la antigua usanza, embellecida con grabados curiosos y nada científicos, uno de los cuales representaba la ballena de Jonás con dos chorros en la cabeza, peculiaridad sólo verdadera respecto a una especie del leviatán (la ballena franca y las variedades de esta orden), sobre la cual los balleneros tienen este proverbio: «Se ahogaría con un panecillo de a penique», ya que sus tragaderas son muy pequeñas. Pero para eso está dispuesta la respuesta anticipada del obispo Jebb. No es necesario, sugiere el obispo, que consideremos a Jonás emparedado en la panza de la ballena, sino temporalmente alojado en alguna parte de la boca. Y eso parece suficientemente razonable al buen obispo. Pues, realmente, en la boca de la ballena franca podrían instalarse un par de mesas de juego, sentando cómodamente a todos los jugadores. Es posible, también,

que Jonás se hubiera escondido en un diente hueco; pero, pensándolo mejor, la ballena franca no tiene dientes.

Otra razón por la que el Sag-Harbour (así le llamaban) insistía en su falta de fe en ese asunto del profeta, era algo oscuramente referente al cuerpo encarcelado del profeta y a los jugos gástricos de la ballena. Pero esa objeción cae igualmente por tierra, porque un exegeta alemán supone que Jonás debió refugiarse en el cuerpo flotante de una ballena muerta, del mismo modo que los soldados franceses, en la campaña en Rusia, convirtieron en tiendas a sus caballos muertos y se metieron a gatas en ellas. Además, otros comentadores continentales han supuesto que, cuando Jonás fue lanzado por la borda del barco de Joppa, él se escapó derecho a otra embarcación cercana, alguna embarcación con una ballena por mascarón de proa *y, yo* añadiría, posiblemente llamada *La Ballena,* igual que ciertos navíos se bautizan hoy día como *El Tiburón, La Gaviota, El Águila.* Y tampoco han faltado doctores exegetas que han opinado que la ballena mencionada en el libro de Jonás quería indicar meramente un salvavidas -un pellejo inflado de viento- al que se acercó nadando el profeta en peligro, salvándose así de la condena acuática. Por consiguiente, el pobre de Sag-Harbour parece derrotado por todas partes. Pero todavía tenía otra razón para su falta de fe. Era ésta, si no recuerdo mal: Jonás fue tragado por la ballena en el mar Mediterráneo, y al cabo de tres días fue vomitado en algún lugar a unos tres días de viaje de Nínive, una ciudad junto al Tigris, a mucho más de tres días de viaje del punto más cercano de la costa mediterránea. ¿Cómo es eso?

Pero ¿no había otro modo de que la ballena dejara en tierra al profeta a tan corta distancia de Nínive? Sí. Podía haberle llevado dando la vuelta al cabo de Buena Esperanza. Pero, para no hablar de la travesía a todo lo largo del Mediterráneo, y otra travesía por el golfo Pérsico y el mar Rojo, tal suposición implicaría la completa circunnavegación de África, en tres días, para no hablar de que las aguas del Tigris, junto a Nínive, son demasiado superficiales para que nade en ellas una ballena. Además, la idea de que Jonás doblara el cabo de Buena Esperanza en tiempos tan antiguos le quitaría el honor del descubrimiento de ese gran promontorio a Bartolomé Díaz, y daría así un mentís a la historia moderna.

Pero todos esos necios argumentos del viejo de Sag-Harbour evidenciaban sólo el necio orgullo de su razón: cosa más reprensible en él, visto que tenía pocos conocimientos, salvo lo que había ido sacando del sol y del mar. Digo que sólo muestra su necio e impío orgullo, *y* su abominable *y* diabólica rebelión contra la reverenda clerecía. Pues un sacerdote católico portugués presentó esa misma idea, de que Jonás hubiera ido a Nínive vía cabo de Buena Esperanza, como manifestación y presagio del milagro general. Y así fue. Además, en nuestros días, los ilustradísimos turcos creen en el relato histórico de Jonás. Y hace unos tres siglos, un viajero inglés, en los antiguos *Viajes de* Harris, hablaba de una mezquita turca construida en honor de Jonás, en la que había una lámpara milagrosa que ardía sin aceite.

El marcado

CAPÍTULO LXXXIV

Para hacerlos correr con facilidad y rapidez, se untan los ejes de los carros; y con propósito muy semejante, algunos cazadores de ballenas realizan análoga operación en su lancha: engrasan el fondo. Y no hay que dudar que tal medida, así como no puede causar perjuicio, es

posible que produzca una ventaja nada despreciable, si se piensa que el aceite y el agua son hostiles, que el aceite es una sustancia resbaladiza, y que el objetivo que se pretende es hacer que la lancha resbale bravamente. Queequeg tenía gran fe en untar la lancha, y una mañana, no mucho después de que desapareciera el barco alemán *Jungfrau,* se tomó mayores molestias que de costumbre en esa ocupación, gateando bajo el fondo, donde colgaba sobre el costado del barco, y frotándolo con el unto como si tratara diligentemente de lograr que le saliera una mata de pelo a la calva quilla de la embarcación. Parecía trabajar obedeciendo a algún presentimiento particular, que no dejó de ser confirmado por los acontecimientos.

A mediodía, se señalaron ballenas; pero tan pronto como el barco se dirigió hacia ellas, se volvieron y huyeron con rápida precipitación; una huida desordenada, como los lanchones de Cleopatra huyendo de Actium.

No obstante, las lanchas prosiguieron, y la de Stubb tomó la delantera. Con gran esfuerzo, Tashtego logró por fin clavar un hierro, pero la ballena herida, sin zambullirse en absoluto, continuó su huida horizontal, con mayor velocidad. Tan ininterrumpida tensión en el arpón clavado debía, antes o después, arrancarlo inevitablemente.

1y Se hizo imperativo alancear a la ballena fugitiva, o contentarse con perderla. Pero halar el bote hasta su flanco era imposible, de tan rápida y furiosa como nadaba. ¿Qué quedaba entonces?

De todos los admirables recursos y destrezas, juegos de mano e incontables sutilezas a que se ve obligado a menudo el ballenero veterano, nada supera a la hermosa maniobra con la lanza llamada «el marcado». Ni el florete ni el sable, con todos sus ejercicios, pueden presumir de nada así. Sólo es indispensable con una ballena que no se canse de correr; su principal característica y hecho es la notable distancia a que se dispara con exactitud la larga lanza desde una lancha que se mece y agita violentamente, bajo una fuerte arrancada. Incluyendo hierro y madera, toda la jabalina tiene unos diez o doce pies de longitud: la vara es mucho más ligera que la del arpón, y también de un material más ligero: pino. Está provista de un delgado do cabo, llamado pernada, de considerable longitud, el cual puede recuperarse una vez lanzado.

Pero antes de seguir adelante, es importante señalar aquí que, aunque el arpón puede ser lanzado a gran distancia, igual que la lanza, esto se hace rara vez; y cuando se hace, tiene éxito con menos frecuencia, a causa de su gran peso e inferior longitud, en comparación con la lanza, que se convierten en serios inconvenientes. En general, por tanto, hay que aferrar primero una ballena con el arpón antes que entre en «juego el marcado».

Mirad ahora a Stubb, un hombre que, por su frialdad y ecuanimidad, bienhumoradas y deliberadas, en las peores emergencias, estaba especialmente cualificado para sobresalir en el marcado. Miradle; está erguido en la agitada proa de la lancha voladora, envuelto en espuma vellonosa, mientras la ballena que les remolca va a cuarenta pies por delante. Tomando ligeramente la larga lanza, echando dos o tres ojeadas a lo largo, para ver si es exactamente recta, Stubb, mientras silba, recoge en una mano el rollo de cabo, para asegurar el extremo libre, dejando lo demás sin obstáculos. Luego, levanta la lanza todo por delante de la cintura y apunta a la ballena; entonces, sin dejar de apuntarla, aprieta firmemente el extremo del mango en la mano, elevando así la punta hasta que el arma queda en equilibrio sobre la palma, a quince pies en el aire. Hace pensar algo en un titiritero que lleva una larga vara en equilibrio en la barbilla. Un momento después, con un impulso rápido y sin nombre, en soberbio arco elevado, el acero brillante cruza la distancia espumosa y vibra en el punto vital de la ballena. En vez de agua centelleante, ahora chorrea sangre roja.

Librodot

-¡Eso le ha hecho saltar el tapón! -grita Stubb-. ¡Es el inmortal Cuatro de Julio; todas las fuentes deben manar hoy vino! ¡Me gustaría que fuera whisky añejo de Nueva Orleáns, o del viejo Ohio, o del inefable viejo Monongahela! ¡Entonces, Tashtego, muchacho, haría que acercaras 'el vaso al chorro, y beberíamos una ronda! Sí, de veras, mis valientes; haríamos un ponche selecto en la abertura del agujero del chorro, y de esa ponchera viva engulliríamos la bebida viva.

Una vez y otra, con tales palabras de broma, se repite el diestro disparo, y la jabalina vuelve a su amo como un lebrel sujeto en hábil correa. La ballena agonizante se entrega a su furor; se afloja el cabo de remolque, y el lanzador, pasando a popa, cruza las manos y observa en silencio cómo muere el monstruo.

La fuente

CAPÍTULO 1-XXXV

Que durante seis mil años -y nadie sabe cuántos millones de siglos antes- las grandes ballenas hayan ido lanzando sus chorros por todo el mar, *y* salpicando *y* nebulizando los jardines de las profundidades como regaderas *y* vaporizadores; *y* que durante varios siglos pasados miles de cazadores se hayan acercado a la fuente de la ballena, observando esos chorreos y salpicaduras; que todo eso haya ocurrido así, y, sin embargo, hasta este mismo bendito minuto (quince minutos y cuarto después de la una de la tarde del 16 de diciembre del año del Señor 1851), siga siendo un problema si esos chorreos son, después de todo, agua de veras, o nada más que vapor; esto, sin duda, es cosa notable.

Miremos, pues, este asunto, junto con algunos interesantes anejos correspondientes. Todos saben que, con el peculiar artificio de las branquias, las tribus escamosas en general respiran el aire que en todo momento está combinado con el elemento en que nadan; por tanto, un arenque o un bacalao podrían vivir un siglo, sin sacar una sola vez la cabeza fuera de la superficie. Pero, debido a su diversa estructura interna, que le da unos pulmones normales, como los de un ser humano, la ballena sólo puede vivir inhalando el aire desprendido que hay en la atmósfera abierta. De ahí la necesidad de sus visitas periódicas al mundo de arriba. Pero no puede en absoluto respirar por la boca, pues, en su posición ordinaria, en el caso del cachalote, la boca está sepultada al menos a ocho pies por debajo de la superficie; y lo que es más, su tráquea no tiene conexión con la boca. No, respira sólo por su orificio, que está en lo alto de la cabeza.

Si digo que en cualquier criatura el respirar es sólo una función indispensable para la vitalidad en cuanto que retira del aire cierto elemento que, al ser puesto luego en contacto con la sangre, da a la sangre su principio vivificador, me parece que no me equivoco, aunque quizá use algunas palabras científicas superfluas. Supuesto así, se deduce que si toda la sangre de un hombre pudiera airearse con una sola inspiración, podría entonces taparse las narices y no volver a inhalar en un tiempo considerable. Es decir, viviría entonces sin respirar. Por anómalo que parezca, éste es el caso exactamente de la ballena, que vive sistemáticamente con intervalos de una hora entera y más (cuando está sumergida) sin inhalar un solo respiro, ni absorber de ningún modo una partícula de aire, pues recordemos que no tiene branquias. ¿Cómo es eso? Entre las

costillas y a cada lado del espinazo, está provista de un laberinto cretense, notablemente enredado, de conductos como macarrones, los cuales, cuando abandona la superficie, están completamente hinchados de sangre oxigenada. Así que, durante una hora o más, a mil brazas, en el mar, transportas una reserva sobrada de vitalidad, igual que el camello que cruza el seco desierto lleva una reserva sobrada de bebida para su uso futuro, en cuatro estómagos suplementarios. Es indiscutible el hecho anatómico de ese laberinto; y que la suposición fundada en él sea razonable y verdadera me parece más probable si se considera la obstinación, de otro modo inexplicable, de ese leviatán por *echar fuera los chorros,* como dicen los pescadores. Esto es lo que quiero decir: el cachalote, si no se le molesta al subir a la superficie, continúa allí por un período de tiempo exactamente igual al de sus demás subidas sin molestias. Digamos que permanece once minutos, y echa el chorro setenta veces, esto es, hace setenta inspiraciones; entonces, cuando vuelve a subir, es seguro que volverá a inspirar sus setenta veces, hasta el final. Pues bien, si después que da unos cuantos respiros le asustáis de modo que se zambulla, volverá a empeñarse siempre en subir para completar su dosis normal de aire. Y mientras no se cuenten esos setenta respiros, no descenderá finalmente para pasar abajo todo su período. Observad, sin embargo, que en diversos individuos esas proporciones son diversas; pero en cada uno son semejantes. Ahora ¿para qué iba la ballena a empeñarse tanto en echar fuera los chorros, si no es para volver a llenar su reserva de aire antes de bajar definitivamente? ¡Qué evidente es, también, que esa necesidad de subir expone a la ballena a todos los fatales azares de la persecución! Pues ni con anzuelo ni con red podría atraparse a este enorme leviatán, navegando a mil brazas bajo la luz del sol. ¡No es tanto, pues, oh cazador, tu habilidad, sino las grandes necesidades lo que te otorga la victoria!

En el hombre, la respiración se mantiene incesantemente, y cada respiro sirve sólo para dos o tres pulsaciones, de modo que, aun con cualquier otro asunto de que tenga que ocuparse, dormido o despierto, debe respirar, o se muere. Pero el cachalote sólo respira cerca de la séptima parte, el domingo de su tiempo.

Ya se ha dicho que la ballena sólo respira por su orificio del chorro; si se pudiera añadir con verdad que sus chorros están mezclados con agua, entonces opino que tendríamos la razón por la cual su sentido del olfato parece borrado, pues la única cosa que en ella responda a la nariz es ese mismo agujero del chorro, que, estando tan atrancado con dos elementos, no se podría esperar que tuviera la capacidad de oler. Pero debido al misterio del chorro -*si* es agua o si es vapor-, no se puede llegar a ninguna certidumbre absoluta en este apartado. Es seguro, sin embargo, que el cachalote no tiene olfatividad propiamente dicha. Pero ¿para qué le hace falta? En el mar no hay rosas, no hay violetas, no hay agua de colonia.

Además, como su tráquea se abre sólo al tubo de su canal del chorro, y como este largo canal -igual que el gran Canal del Eire- está provisto de una especie de llaves (que se abren y se cierran) para retener abajo el aire o impedir el paso por arriba al agua, en consecuencia, la ballena no tiene voz, a no ser que la ofendáis diciendo que cuando hace sus rumores extraños está hablando por la nariz. Pero también ¿qué tiene que decir la ballena? Rara vez he conocido ningún ser profundo que tuviera algo que decir a este mundo, a no ser que se viera obligado a tartamudear algo como manera de ganarse la vida. ¡Ah, suerte que el mundo es tan excelente oyente!

Ahora bien, el canal del chorro del cachalote, estando destinado principalmente a la transmisión del aire, y situado horizontalmente a lo largo de varios pies debajo mismo de la superficie superior de la cabeza, y un poco a un lado; ese curioso canal se parece mucho a una

Librodot

tubería de gas de una ciudad, puesta a un lado de la calle. Pero vuelve a plantearse la cuestión de si esa tubería de gas es también una tubería de agua; dicho de otro modo, si el chorro del cachalote es el mero vapor del aliento exhalado, o si ese aliento exhalado se mezcla con agua tomada por la boca y descargada por ese orificio. Es cierto que la boca comunica indirectamente con el canal del chorro; pero no se puede demostrar que sea con el propósito de descargar agua por ese orificio. Porque la mayor necesidad de hacerlo así sería cuando al alimentarse le entrara agua accidentalmente. Pero el alimento del cachalote está muy por debajo de la superficie, y allí no puede echar chorros aunque quiera. Además, si se le observa de cerca, contando el tiempo con el reloj, se encontrará que, mientras no le molesten, hay un ritmo fijo entre los períodos de sus chorros y los períodos ordinarios de su respiración.

Pero ¿para qué fastidiarle a uno con todos estos razonamientos sobre el tema? ¡Desembuche usted! La ha visto echar el chorro; entonces diga lo que es el chorro; ¿no es usted capaz de distinguir el agua del aire? Mi distinguido señor, en este mundo no es tan fácil poner en claro estas cosas evidentes. Siempre he encontrado que estas cosas evidentes son las más enredadas de todas. Y en cuanto a este chorro de ballena, podríais casi poneros de pie sobre él y sin embargo seguir sin decidiros sobre lo que es exactamente.

Su parte central está oculta en la niebla nívea y resplandeciente que la envuelve, y ¿cómo podéis decir con seguridad si cae de ella alguna agua, cuando, siempre que estáis lo bastante cerca de una ballena como para observar de cerca el chorro, la ballena está en tremenda conmoción y a su alrededor caen cascadas de agua? Y si en esos momentos creéis percibir realmente gotas de lluvia en el chorro, ¿cómo sabéis que no son simples condensaciones de su vapor, o cómo sabéis que no son las gotas que se alojan superficialmente en la rendija del agujero, que está remetido en la cabeza de la ballena? Pues aun cuando nada tranquilamente por el mar en calma, en pleno día, con su elevada joroba secada por el sol como la de un dromedario en el desierto, aun entonces, la ballena lleva siempre un pequeño estanque de agua en la cabeza, igual que, bajo un sol abrasador, a veces veis una cavidad de la roca que se ha llenado de lluvia.

Y no es muy prudente para el cazador ser demasiado curioso en cuanto a la naturaleza exacta del chorro de la ballena. No está bien que se ponga a escudriñarlo, ni que meta la cara dentro. No se puede ir con el cántaro a esta fuente, *y* llenarlo *y* marcharse. Pues aun al entrar en ligero contacto con la zona exterior y vaporosa del chorro, como ocurre a menudo, la piel arde febrilmente por la acidez de la sustancia que la toca. Y sé de uno al que, al ponerse en contacto más cercano con el chorro, no puedo decir si con algún objetivo científico o no, se le peló la piel de las mejillas y el brazo. Por tanto, entre los balleneros, el chorro se considera venenoso; ellos tratan de eludirlo. Otra cosa; he oído decir, y no lo dudo mucho, que si el chorro da de frente en los ojos, uno se queda ciego. Entonces, lo más prudente que puede hacer el investigador es dejar en paz ese mortal chorro.

Sin embargo, podemos hacer hipótesis, aunque no las podamos demostrar y afianzar. Mi hipótesis es ésta: que el chorro no es más que niebla. Entre otras razones, me veo llevado a esta conclusión por consideraciones referentes a la gran dignidad y sublimidad del cachalote; no le considero ningún ser corriente y superficial, en cuanto que es un hecho indiscutido que jamás se le encuentra en fondos bajos ni cerca de las orillas, mientras que las demás ballenas se encuentran ahí a veces. Y estoy convencido que de las cabezas de todos los seres graves y profundos, tales como Platón, Pirrón, el Demonio, Júpiter, Dante, etc., siempre sube un cierto vapor semivisible, mientras piensan profundos pensamientos. Yo, mientras componía un pequeño tratado sobre la eternidad, tuve la curiosidad de poner un espejo delante de mí, y no tardé en ver reflejada una

Librodot

ondulación curiosamente enroscada y enredada en la atmósfera sobre mi cabeza. La inevitable humedad de mi cabeza, cuando me sumerjo en profundos pensamientos, después de tomar seis tazas de té caliente en mi buhardilla de sutil tejado en una tarde de agosto parece un argumento adicional a favor de la mencionada suposición.

¡Y qué noblemente eleva nuestra idea del poderoso monstruo nebuloso observarle navegando solemnemente por un tranquilo mar tropical, con su enorme cabeza benévola por sus incomunicables contemplaciones, y con ese vapor -según se le ve algunas veces- glorificado por un arco iris, como si el mismo cielo hubiera puesto su sello sobre sus pensamientos! Pues, ya veis, los arcos iris no se presentan en cielo claro; sólo irradian vapores. Y así, a través de todas las densas nieblas de las penumbrosas dudas de mi mente, de vez en cuando surgen divinas intuiciones, encendiendo mi niebla con un rayo celeste. Y doy gracias a Dios por ello, pues todos tienen dudas; muchos lo niegan; pero, con dudas o negaciones, pocos tienen también intuiciones con ellas. Dudas de todas las cosas terrenales e intuiciones de algunas cosas celestiales: esta combinación no produce ni un creyente ni un incrédulo, sino que produce un hombre que las considera a ambas con iguales ojos.

La cola

CAPITULO LXXXVI

Otros poetas han gorjeado las alabanzas de los suaves ojos del antílope, y del delicioso plumaje del pájaro que nunca se posa: yo, menos celestial, celebro una cola.

Calculando que la cola del mayor cachalote empiece en ese punto del tronco donde se reduce hasta cerca de la circunferencia de un hombre, sólo en la superficie de encima comprende un área por lo menos de cincuenta pies cuadrados. El compacto cuerpo redondo de su raíz se expansiona en dos anchas palmas o aletas, anchas, firmes y planas, que se adelgazan poco a poco hasta tener menos de una pulgada de espesor. En la horquilla o juntura, esas aletas se superponen ligeramente, luego se apartan lateralmente una de otra como alas, dejando entre ambas un ancho vacío. No hay cosa viviente en que se definan más exquisitamente las líneas de la belleza que en los bordes en media luna de esas aletas. En su máxima expansión, en un cetáceo adulto, la cola excede mucho los veinte pies de anchura.

Ese miembro entero parece un denso cauce tejido de tendones soldados; pero si dais un corte en él, encontraréis que se compone de tres estratos diferentes: superior, medio e inferior. Las fibras de las capas superior e inferior son largas y horizontales; las de la capa media son muy cortas y corren transversalmente entre las capas exteriores. Esta estructura una y trina es, más que nada, lo que confiere potencia a la cola. Para el estudioso de los antiguos muros romanos, la capa central ofrece un paralelo curioso con la delgada fila de losetas que siempre alternan con la piedra en esos notables restos de la antigüedad y que sin duda contribuyen tanto a la gran robustez de la construcción.

Pero como si no fuera bastante esa enorme potencia local en la cola, la entera mole del leviatán está tejida con una urdimbre y una trama de fibras musculares y filamentos, que, pasando

Librodot

a ambos lados del lomo y corriendo abajo hasta la cola, se mezclan insensiblemente con la cola, y contribuyen en buena medida a su poderío, de modo que la ilimitada fuerza confluyente del cetáceo entero parece concentrarse en un solo punto en la cola. Si pudiese haber aniquilación para la materia, éste sería el medio de producirla.

Por eso, su sorprendente fuerza, no contribuye en absoluto a dañar la graciosa flexibilidad de sus movimientos, en que una gracia infantil ondula a través de una fuerza titánica. Al contrario, esos movimientos son los que le dan su más horrenda belleza. La auténtica fuerza jamás daña a la belleza ni a la armonía, sino que a menudo la produce; y en todo lo que tiene una hermosura imponente, la fuerza tiene mucho que ver con su magia. Quitad los tendones ligados que parecen saltar por todas partes del mármol en el Hércules esculpido, y desaparecerá su encanto. Cuando el devoto Eckermann levantó el sudario de lino del cadáver desnudo de Goethe, quedó abrumado por el macizo pecho de aquel hombre, que parecía un arco romano de triunfo. Cuando Miguel Ángel pinta a Dios Padre en forma humana, observad qué robustez hay ahí. Y por más que puedan revelar algo del amor divino en el Hijo las imágenes italianas, blandas, rizadas y hermafrodíticas, en que su idea se haya incorporado con más éxito, esas imágenes, privadas como están de toda robustez, no sugieren nada de ninguna fuerza, sino la mera fuerza, negativa *y* femenina, de la sumisión *y* la paciencia que quepa hallar por todas partes entre las virtudes prácticas peculiares de su enseñanza.

Tal es la sutil elasticidad del órgano de que trato que, bien sea que se mueva en juego, o en serio, o con ira, cualquiera que sea su humor, sus flexiones están siempre caracterizadas por su mucha gracia En eso ningún brazo de hada le aventaja.

Cinco grandes movimientos le son propios: primero, al usarse como aleta para el avance; segundo, al usarse como maza en el combate; tercero, al barrer; cuarto, al azotar; quinto, al levantarse.

Primero: al tener posición horizontal, la cola del leviatán actúa de modo diferente que las colas de todos los demás animales matutinos. No se retuerce nunca. En el hombre o el pez, retorcerse es signo de inferioridad. Para la ballena, la cola es el único medio de propulsión. Encogiéndose hacia delante como un rollo bajo el cuerpo, y luego disparándose rápidamente hacia atrás, es lo que da al monstruo ese singular movimiento de disparo y brinco, al nadar furiosamente. Sus aletas laterales sólo le sirven para gobernarse.

Segundo: tiene cierta importancia que el cachalote, mientras que contra otro cachalote sólo lucha con la cabeza y la mandíbula, en cambio, en sus choques con el hombre usa, de modo principal y despectivo, la cola. Al golpear a una lancha, retira vivamente de ella su cola en una curva, y el golpe sólo es infligido al extenderse. Si se "hace en el aire *y* sin obstáculos, *y* sobre todo, cuando cae sobre el blanco, el golpe es entonces sencillamente irresistible. No hay costillas de hombre ni de lancha que puedan aguantarlo. La única salvación reside en eludirlo; pero si llega de lado a través del agua, entonces, en parte por la ligera flotabilidad de la lancha ballenera y por la elasticidad de sus materiales, lo más serio que suele ocurrir es una cuaderna rota, y una tabla partida, o dos, o alguna herida en el costado. Esos golpes sumergidos se reciben tan a menudo en la pesca de ballenas, que se consideran como mero juego de niños. Alguien se quita una blusa, y el agujero queda tapado.

Tercero: no puedo demostrarlo, pero me parece que en el cetáceo el sentido del tacto está concentrado en la cola, pues, en ese aspecto, hay allí una delicadeza sólo igualada por la exquisitez de la trompa del elefante. Esa delicadeza se evidencia principalmente en la acción de barrer, cuando, con virginal amabilidad, la ballena, con, blanda lentitud, mueve su inmensa cola

Librodot

de lado a lado por la superficie del mar, y si nota solamente la patilla de un marinero ¡ay de aquel marinero, con patillas y todo! ¡Qué ternura hay en ese toque preliminar! Si su cola tuviera alguna capacidad prensil, me recordaría completamente al elefante de Darmonodes que frecuentaba el mercado de flores, y con profundas reverencias ofrecía ramilletes a las damiselas, acariciándoles luego la cintura. En más de un aspecto, es una lástima que la ballena no tenga en la cola esa capacidad prensil, pues he oído hablar de otro elefante que, al ser herido en el combate, echó atrás la trompa y se sacó el dardo.

Cuarto: al acercarse inadvertidos a la ballena, en la imaginada seguridad en medio de los mares solitarios, la encontraréis descargada del vasto peso de su dignidad, y, como un gatito, jugando por el océano como si fuera el rincón de la chimenea. Pero seguís viendo su fuerza en ese juego. Las anchas palmas de su cola se agitan, altas, en el aire, y luego, golpeando la superficie, resuena en millas y millas el poderoso estampido. Casi creeríais que se ha descargado un gran cañón, y si observarais la leve guirnalda de vapor que surge de su agujero en el otro extremo, pensaríais que era el humo del oído.

Quinto: como en la habitual postura de flotación del leviatán la cola queda considerablemente por debajo del nivel del lomo, se pierde por completo de vista bajo la superficie, pero cuando se va a zambullir en las profundidades, la cola entera, así como por lo menos treinta pies de su cuerpo, se levantan irguiéndose en el aire, y quedan así vibrando un momento, hasta que se hunden rápidamente, perdiéndose de vista. Salvo el sublime *salto* -que se describirá en otro lugar-, esta elevación de la cola de la ballena es quizá el espectáculo más grandioso que se puede ver en toda la naturaleza animada. Desde las profundidades insondables, la gigantesca cola parece querer agarrarse espasmódicamente al más alto cielo. Así, en sueños, he visto al majestuoso Satán alzando su atormentada garra colosal desde el llameante Báltico del Infierno. Pero al observar tales escenas, todo es cuestión del humor que tengáis: si es el dantesco, pensaréis en los demonios; si es el de Isaías, en los arcángeles. Estando en el mastelero de mi barco durante un amanecer que ponía carmesíes al cielo y el mar, vi una vez a oriente una gran manada de ballenas, que se dirigían todas hacia el sol, y vibraban por un momento en concierto con las colas erguidas. Según me pareció entonces, jamás se ha visto tan grandiosa forma de adoración a los dioses, ni aun en Persia, patria de los adoradores del fuego. Como lo atestiguó Ptolomeo Philopater sobre el elefante africano, yo lo atestigüé entonces sobre la ballena, declarándola el más devoto de los seres. Pues, según el rey Juba, los elefantes militares de la antigüedad a menudo saludaban a la mañana con las trompas levantadas en el más profundo silencio.

La ocasional comparación, en este capítulo, entre la ballena y el elefante, en la medida en que se trata de la cola de la una y de la trompa del otro, no debería tender a poner esos dos órganos opuestos en plano de igualdad, y mucho menos a los animales a que respectivamente pertenecen. Pues así como el más poderoso elefante es sólo un perrillo *terrier* al lado del leviatán, igualmente comparada con la cola del leviatán, su trompa es sólo el tallo de un lirio. El más horrible golpe de la trompa del elefante sería como el golpecito juguetón de un abanico, comparado con el inconmensurable aplastamiento y la opresión de la pesada cola del cachalote, que en frecuentes casos ha lanzado al aire, una tras otra, enteras lanchas con todos sus remos y tripulaciones, igual que un prestidigitador indio lanza sus bolas.

Cuanto más considero esta poderosa cola, más deploro mi incapacidad para expresarla. A

veces hay en ella gestos que, aunque agraciarían muy bien la mano del hombre, siguen siendo por completo inexplicables. A veces, en una manada entera, son tan notables esos gestos misteriosos que he oído que algunos cazadores los declaraban afines a los signos y símbolos de la francmasonería; incluso, que la ballena, por ese método, conversaba inteligentemente con el mundo. Y no faltan otros movimientos de la ballena en el conjunto de su cuerpo, llenos de extrañeza, e inexplicables para su más experto asaltante. Por mucho que la diseccione, pues, no paso de la profundidad de la piel; no la conozco, y jamás la conoceré. Pero si no conozco siquiera la cola de esta ballena, ¿cómo comprender su cabeza? Y mucho más: ¿cómo comprender su cara, si no tiene cara? Verás mis partes traseras, mi cola, parece decir, pero mi cara no se verá. Pero no puedo distinguir bien sus partes traseras, y por mucho que ella sugiera sobre su cara, vuelvo a decir que no tiene cara.

La gran armada

CAPÍTULO LXXXVII

La larga y estrecha península de Malaca, extendiéndose al sudeste de los territorios de Birmania, forma el extremo más meridional de toda Asia. En línea continua, desde esta península, se extienden las largas islas de Sumatra, Java, Bali y Timor, las cuales, con otras muchas, forman una vasta mole o bastión que conecta a lo largo de Asia con Australia, y separa el océano índico, ininterrumpido en tanta extensión, de los archipiélagos orientales, densamente tachonados. Ese bastión está traspasado por varias surtidas, para uso de barcos y ballenas, entre las cuales destacan los estrechos de la Sonda y de Malaca. Principalmente, el estrecho de la Sonda es por donde los barcos que se dirigen a China desde el oeste emergen hacia los mares de la China.

El angosto estrecho de la Sonda separa a Sumatra de Java, y, situado a medio camino en este vasto bastión de islas, con el contrafuerte del atrevido promontorio verde que los navegantes llaman cabo de Java, se parece no poco a la puerta central abierta a un imperio con grandes murallas. Y si se considera la inagotable riqueza de especias, de sedas, joyas, oro y marfil con que se enriquecen esas mil islas del mar oriental, parce una previsión significativa de la naturaleza que tales tesoros, por la misma disposición de la tierra, tengan al menos el aspecto, aunque sin eficacia, de estar guardados del rapaz mundo occidental. Las orillas del estrecho de la Sonda carecen de esas fortalezas dominadoras que guardan las entradas del Mediterráneo, del Báltico y de la Propóntide. A diferencia de los daneses, esos orientales no exigen el obsequioso homenaje de que arríen las gavias la interminable procesión de barcos que, viento en popa, a lo largo de siglos, de noche o de día, pasan entre las islas de Sumatra y Java, cargados con los más costosos cargamentos del oriente. Pero aunque renuncian libremente a semejante ceremonial, no renuncian en absoluto a su exigencia de un tributo más sólido.

Desde tiempos inmemorables, las proas piratescas de los malayos, acechando entre las bajas sombras de las calas e islotes de Sumatra, han zarpado contra las embarcaciones que navegaban por el estrecho, y han exigido tributo a punta de espada. Aunque los repetidos castigos sangrientos que han recibido de manos de navegantes europeos recientemente han reprimido algo la audacia de estos corsarios, sin embargo, aun en los días presentes, oímos hablar de vez en cuando de barcos ingleses y americanos que en esas aguas han sido abordados y saqueados sin remordimientos.

Con un buen viento fresco, el *Pequod* se acercaba ahora a ese estrecho: Ahab tenía el propósito de pasar por él al mar de Java, y desde allí, en travesía hacia el norte, por aguas que se sabe que de vez en cuando frecuentan los cachalotes, pasar a lo largo de las islas Filipinas y ganar la lejana costa del Japón, a tiempo de la gran temporada de ballenería que allí habría. Por esos medios, el *Pequod*, en su circunnavegación, recorrería casi todas las zonas de pesquería ballenera conocidas en el mundo, antes de acercarse al ecuador en el Pacífico, donde Ahab, aunque se le escapara a su persecución en todos los demás sitios, contaba firmemente con dar batalla a Moby Dick en el mar que se sabía que frecuentaba más, y en una época en que podía suponerse del modo más razonable que andaría por allí.

Pero ¿ahora qué? En esta búsqueda en círculo, ¿Ahab no toca tierra? ¿Su tripulación bebe aire? Seguramente se detendrá por agua. No. Hace mucho tiempo ya que el sol, corriendo en su circo, va en carrera por su feroz anillo, y no necesita más sustento sino lo que hay en sí mismo. Así hace Ahab. Observad esto, también, en el ballenero. Mientras otros cascos van sobrecargados de materia ajena, para ser trasladada a muelles extranjeros, el barco ballenero, errando por el mundo, no lleva más carga que él mismo y la tripulación, sus armas y sus cosas necesarias. Tiene todo el contenido de un lago embotellado en su amplia sentina. Va lastrado de cosas útiles, y no, en absoluto, de inutilizable plomo en lingotes y enjunque. Lleva en sí años de agua; vieja y clara agua selecta de Nantucket, que, al cabo

ä de tres años a flote, el hombre de Nantucket, en el Pacífico, prefiere

'r beber, mejor que el salobre fluido, sacado el día antes en barriles, de los ríos peruanos o chilenos. De aquí que, mientras otros barcos quizá hayan ido de China a Nueva York, y vuelta, tocando en una veintena de puertos, el barco ballenero, en ese intervalo, tal vez no ha avistado un solo grano de tierra, y su tripulación no ha visto más hombres que otros navegantes a flote como ellos mismos. Así que si les dierais la noticia de que había llegado otro diluvio, ellos sólo contestarían:

¡Bueno, muchachos, aquí está el arca!

Ahora, como se habían capturado muchos cachalotes a lo largo de la costa occidental de Java, en cercana vecindad al estrecho de la Sonda; y, más aún, como la mayor parte de la zona de alrededor estaba generalmente reconocida por los pescadores como excelente lugar para crucero, en consecuencia, al avanzar el *Pequod* cada vez más hacia el cabo de Java, se gritaba repetidamente a los vigías, amonestándoles a mantenerse bien alerta. Pero aunque pronto aparecieron a estribor de la proa las escolleras de la tierra, con verdes palmeras, y se olió, con complacida nariz, la fresca canela en el aire, no se señaló, sin embargo, ni un solo chorro. Renunciando casi a toda idea de encontrar caza por allí, el barco estaba a punto de meterse por el estrecho, cuando se oyó desde arriba el acostumbrado grito reconfortante, y no tardó en saludarnos un espectáculo de singular magnificencia.

Pero aquí hay que advertir antes que, debido a la infatigable actividad con que últimamente han sido perseguidos por los cuatro océanos, los cachalotes, en vez de navegar sin falta en pequeños grupos separados, como en tiempos anteriores, se encuentran ahora frecuentemente en manadas extensas, que a veces abarcan tan gran multitud, que casi parecería que una numerosa nación de ellos hubiera jurado solemne alianza *y* pacto de mutua asistencia *y* protección. A esa congregación del cachalote en tan inmensas caravanas podría imputarse la circunstancia de que, en las mejores zonas de crucero, se puede, a veces, navegar durante semanas y meses seguidos sin ser saludado por un solo chorro, y luego, de repente, ser saludado por lo que a veces parece millares y millares.

Librodot

Desplegándose a ambos lados de la proa, a la distancia de unas dos o tres millas, y formando un gran semicírculo que abrazaba la mitad del liso horizonte, una cadena continua de chorros de cachalote se elevaba y centelleaba en el aire de mediodía. A diferencia de los chorros gemelos, derechos y verticales, de la ballena franca, que, separándose en lo alto, caen en dos ramas, como la abertura de las ramas caídas de un sauce, el chorro único del cachalote, lanzado hacia delante, presenta un denso matorral rizado de niebla blanca, que se eleva continuamente y cae a sotavento.

Vistos, pues, desde la cubierta del *Pequod*, al levantarse éste en una alta colina del mar, esa hueste de chorros vaporosos, elevándose *y* rizándose por separado en el aire, *y* observados a través de una atmósfera fundida de neblina azulada, parecían las mil alegres chimeneas de alguna densa metrópoli, observada en una aromada mañana otoñal por un jinete desde una altura.

Como unos ejércitos en marcha, al acercarse a un hostil desfiladero en la montaña, aceleran la marcha, ansiosos todos de dejar atrás ese peligroso paso, y después vuelven a extenderse por la llanura con relativa seguridad, así, igualmente, esa vasta flota de cetáceos parecía ahora apresurarse a pasar al estrecho, reduciendo poco a poco las alas de su semicírculo, y nadando en un bloque macizo, aunque aún en forma de media luna.

Desplegadas todas las velas, el *Pequod* se apresuró a perseguirles: los arponeros blandían sus armas, y daban alegres gritos desde las proas de las lanchas aún suspendidas. Sólo con que se mantuviera el viento, tenían escasas dudas de que la enorme hueste, perseguida a través de ese estrecho de la Sonda, no haría más que desplegarse en los mares orientales para presenciar la captura de no pocos de su número. Y ¿quién podría decir si, en esa caravana reunida, no estaría nadando temporalmente el propio Moby Dick, como el adorado elefante blanco en la procesión de coronación de los siameses? Así, desplegando ala sobre ala, seguimos navegando, con esos leviatanes empujados por delante de nosotros, cuando, de repente, se oyó la voz de Tashtego, que llamaba ruidosamente la atención a algo en nuestra estela.

En correspondencia a la media luna a proa, observamos otra a popa. Parecía formada de vapores blancos separados, elevándose y cayendo, algo así como los chorros de los cetáceos, pero no llegaban a subir y bajar por completo, pues se cernían constantemente sin desaparecer por fin. Apuntando su catalejo a ese espectáculo, Ahab giró rápidamente en su agujero de pivote, gritando:

-¡Eh, arriba, a guarnir amantes, y cubos para mojar las velas! ¡Son malayos, que nos persiguen!

Como si hubieran acechado mucho tiempo detrás de los promontorios, hasta que el *Pequod* hubiese entrado del todo por el estrecho, esos bribones de asiáticos ahora venían en ardiente persecución, para compensar su tardanza cautelosa. Pero cuando el rápido *Pequod*, con fresco viento en popa, estaba a su vez en plena persecución ¡qué amable por la parte de esos atezados filántropos ayudarle a tomar velocidad en su propia persecución elegida, como simples fustas y espuelas que eran para él! Una idea semejante a ésa parecía tener Ahab con el catalejo bajo el brazo, mientras recorría la cubierta; en la ida a proa, observando a los monstruos a los que pretendía dar caza, y en la vuelta a los piratas, ávidos de sangre, que le perseguían a él. Y al mirar las verdes paredes del desfiladero acuático en que navegaba entonces el barco, y al pensar que a través de esa puerta se abría la ruta hacia su venganza, y al ver cómo por esa misma puerta iba ahora persiguiendo *y* perseguido hacia su fin mortal, *y* no sólo eso, sino al ver cómo una manada de piratas salvajes y sin remordimientos y de diablos ateos e inhumanos le iban aclamando en su marcha con maldiciones; al pasar por su cerebro todas esas ideas, la frente de Ahab quedó mustia

y arrugada, como la playa de arena negra después que una marea tempestuosa la ha roído sin poder arrancar lo sólido de su sitio.

Pero pensamientos como éstos turbaban a muy pocos de la temeraria tripulación, y cuando, tras dejar cada vez más atrás a los piratas, *el Pequod* pasó al fin junto a la Punta de la Cacatúa, de vívido verde, en el lado de Sumatra, y salió al fin a las anchas aguas de más allá, entonces, los arponeros parecieron más afligidos porque las rápidas ballenas hubieran aventajado tan victoriosamente a los malayos. Sin embargo, al continuar en la estela de los cetáceos, por éstos parecieron disminuir su velocidad: poco a poco el barco se les acercó, y, como el viento caía ahora, se dio orden de arriar las lanchas. Pero en cuanto la manada, por algún supuesto instinto admirable del cachalote, se dio cuenta de las tres quillas que les perseguían -aunque todavía a una milla por detrás-, todos volvieron a reunirse, y formaron en estrechas filas y batallones, de modo que sus chorros parecían completamente líneas centelleantes de bayonetas caladas, al avanzar con redoblada velocidad.

Quedándonos en camisa y calzoncillos, saltamos a tomar el fresno, y al cabo de varias horas de remo, casi estábamos dispuestos a renunciar a la persecución, cuando una general conmoción de parada entre los cetáceos dio señales estimulantes de que ahora estaban por fin bajo el influjo de esa extraña perplejidad de irresolución inerte, que, cuando los pescadores lo perciben en la ballena, dicen que está aterrada, *gallied.* Las compactas columnas marciales en que hasta entonces habían nadado los cachalotes con rapidez y firmeza, ahora se rompían en una desbandada sin medida, y, como los elefantes del rey Poro en la batalla con Alejandro en la India, parecían enloquecer de consternación. Extendiéndose por todas direcciones en vastos círculos irregulares, y nadando sin objetivo de acá para allá, mostraban claramente su agitación de pánico. Eso lo evidenciaban aún más extrañamente aquéllos, que como completamente paralizados, flotaban inermes como barcos desarbolados y anegados. Si esos leviatanes no hubieran sido más que un rebaño de sencillas ovejas, perseguidas en el prado por tres lobos feroces, no podrían haber mostrado posiblemente tan enorme consternación. Pero esta timidez ocasional es característica de casi todos los animales gregarios. Aunque reunidos en decenas de millares, los bisontes del oeste, con sus melenas de león, han huido ante un jinete solitario. Testigos, también, todos los seres humanos, cuando, reunidos en rebaño en el redil de la platea de un teatro, a la menor alarma de fuego se precipitan en tumulto a las salidas, agolpándose, pisoteándose, aplastándose y dándose golpes sin piedad uno a otro hasta la muerte. Mejor, pues, contener todo asombro ante los cetáceos extrañamente aterrados que tengamos delante, pues no hay locura de los animales de este mundo que no quede infinitamente superada por la locura de los hombres.

Aunque muchos de los cachalotes, como se ha dicho, estaban en violenta agitación, ha de observarse sin embargo que, en conjunto, la manada ni avanzaba ni retrocedía, sino que permanecía toda ella en el mismo sitio. Como es costumbre en tales casos, las lanchas se separaron en seguida, cada cual persiguiendo a un solo cetáceo en los bordes del rebaño. Al cabo de unos tres minutos, Queequeg disparó el arpón; el pez herido nos lanzó cegadora espuma a la cara, y luego, escapándose de nosotros como la luz, se fue derecho al centro de la manada. Aunque tal movimiento, por parte del cachalote, sorprendía en tales circunstancias, no dejaba de ningún modo de tener precedentes; incluso, casi siempre se cuenta más o menos con él, pero constituye una de las vicisitudes más peligrosas de la pesca. Pues cuando el rápido monstruo os arrastra cada vez más profundamente dentro de la frenética manada, decís adiós a la vida circunspecta y sólo existís en un latir delirante.

Mientras, ciego y sordo, el cachalote se lanzaba adelante, como para librarse, a pura

Librodot

fuerza de velocidad, de la sanguijuela de hierro que se le había pegado; mientras desgarrábamos así una blanca abertura en el mar, amenazados por todas partes en nuestro vuelo por los enloquecidos animales que se precipitaban de un lado a otro alrededor de nosotros, nuestra sitiada lancha era como un barco asaltado por islas de hielo en una tempestad, que trata de abrirse paso por sus complicados canales y estrechos, sin saber en qué momento podrá quedar encerrado y aplastado.

Pero sin asustarse en absoluto, Queequeg nos gobernó valientemente, mente, unas veces desviándose de un monstruo que se nos cruzaba por delante en nuestra ruta, otras veces apartándose de otro cuya colosal cola se suspendía sobre nuestras cabezas, mientras, durante todo el tiempo, Starbuck se erguía en la proa, lanza en mano, apartando del camino con sus lanzadas a todos los cachalotes a los que podía alcanzar con disparos cortos, pues no había tiempo para hacerlos largos. Y no estaban nada ociosos los remeros, aunque su obligación habitual ahora no era necesaria en absoluto: se ocupaban principalmente de la parte de gritos del asunto.

-¡Quita de en medio, Comodoro! -gritó uno a un gran dromedario que de repente surgió entero a la superficie y por un momento amenazó con inundarnos.

-Baja la cola, ¡eh! -gritó otro a otro, que, cerca de nuestra regala, parecía refrescarse tranquilamente con su extremidad en forma de abanico.

Todas las lanchas balleneras transportan ciertos adminículos curiosos, inventados por los indios de Nantucket, que se llaman *druggs.* Do gruesos cuadrados de madera de igual tamaño están sujetos sólidamente, de modo que sus fibras se cruzan en ángulo recto; luego se amarra un cable de considerable longitud al centro de ese bloque mientras que el otro extremo, en un lazo, puede atarse en un momento a un arpón. Este *drugg* se usa principalmente con las ballenas aterradas. Pues entonces hay cerca y alrededor más cetáceos de los que es posible perseguir al mismo tiempo. Pero no todos los días se encuentran cachalotes: así que, mientras se puede, hay que matar todos los que quepa. Y si no se les puede matar a todos a la vez, es preciso meterles el plomo en el ala, de modo que luego puedan ser muertos con tranquilidad. De aquí que en momentos como éstos resulte útil el *drugg.* Nuestra lancha estaba provista de tres. El primero y el segundo se lanzaron con éxito, y vimos a los cachalotes escapar vacilantes, entorpecidos por la enorme resistencia lateral del *drugg a* remolque. Estaban impedidos como malhechores con la cadena y la bola. Pero, al lanzar el tercero, se pilló bajo una de las bancadas de la lancha, *y* en un momento la arrancó *y* se la llevó, tirando al remero en el fondo de la lancha, al escapársele el asiento de debajo. El agua entró por ambos lados, por las tablas heridas, pero metimos dos o tres camisas y calzoncillos, tapando así las vías de agua por el momento.

Hubiera sido casi imposible disparar esos arpones *con druggs* de no ser porque, al avanzar por la manada, disminuía mucho la marcha de nuestro cachalote; además, al alejarnos cada vez más de la agitada periferia, los terribles desórdenes parecían extinguirse. Así que, cuando por fin el arpón se salió con las sacudidas, y el cachalote que nos remolcaba se desvaneció a un lado, entonces, con la fuerza decreciente del impulso de la separación, nos deslizamos entre dos cetáceos hasta la parte más central de la manada, como si, desde un torrente montañoso, nos hubiéramos deslizado a un sereno lago en el valle. Allí se oían, pero no se sentían, las tormentas entre los rugientes barracones de las ballenas de los bordes. En esa extensión central el mar presentaba la suave superficie, como de raso, que llaman una mancha de calma, producida por la suave lluvia que lanza el cetáceo en su estado de ánimo más tranquilo. Sí, ahora estábamos en esa calma encantada que se dice que se esconde en el corazón de toda agitación. Y sin embargo, en la agitada lejanía, observábamos los tumultos de los concéntricos círculos exteriores, y veíamos

Librodot

sucesivos grupos de cetáceos, con ocho o diez en cada uno que daban vueltas rápidamente, como multiplicados tiros de caballos en una pista, y tan apretados hombro con hombro que un titánico jinete de circo hubiera podido haberse puesto encima de los de en medio, girando así sobre sus lomos. Debido a la densidad de la multitud de ballenas en reposo que rodeaban más de cerca el eje cerrado de la manada, no se nos ofrecía por el momento una ocasión posible de escape. Debíamos acechar una grieta en la muralla viva que nos cercaba: la muralla sólo nos había dejado paso para encerrarnos. Manteniéndose en el centro de ese lago, de vez en cuando nos visitaban vacas *y* terneras, pequeñas *y* mansas: las mujeres y los niños de esa hueste en tumulto.

Ahora, incluyendo los anchos intervalos ocasionales entre los círculos culos exteriores giratorios, e incluyendo los espacios entre las diversas manadas en cualquiera de esos círculos, el área total en esa coyuntura, que abarcaba la entera multitud, debía contener por lo menos dos o tres millas cuadradas. En cualquier caso -aunque, desde luego, semejante prueba en semejante momento tal vez sería ilusoria-, se podían observar, desde nuestra baja lancha, chorros que parecían elevarse casi desde el borde del horizonte. Menciono esta circunstancia porque, como si las vacas y terneros hubieran quedado encerrados adrede en este redil interior, y como si la ancha extensión de la manada les hubiera impedido hasta entonces saber la causa exacta de su detención, o, posiblemente, por ser tan jóvenes, tan ingenuos, y en todos sentidos tan inocentes e inexpertos, por lo que quiera que fuese, esos cetáceos menores -que de vez en cuando venían desde el borde del lago a visitar a nuestra lancha en calma- evidenciaban una notable confianza *y* falta de miedo, o, si no, un pánico inmóvil *y* hechizado ante el cual era imposible no maravillarse. Como perros domésticos, venían a olfatear a nuestro alrededor, hasta nuestras mismas regalas, tocándolas; de modo que casi parecía que algún encanto les había domesticado de repente. Queequeg les daba golpecitos en la frente; Starbuck les rascaba el lomo con la lanza, pero, temeroso de las consecuencias, por el momento se contenía de dispararla.

Pero muy por debajo de ese maravilloso mundo de la superficie, nuestros ojos encontraron otro aún más extraño, al mirar sobre la borda. Pues, suspendidas en esas bóvedas acuosas, flotaban las figuras de las madres nutricias de los cetáceos, y de aquellas que, por su enorme circunferencia, parecían próximas a ser madres. El lago, como he sugerido, era muy transparente hasta una considerable profundidad; y, así como los lactantes humanos, mientras maman, miran de modo tranquilo y fijo lejos del pecho, igual que si llevaran dos vidas diferentes a un tiempo, y, a la vez que toman alimento mortal, disfrutaran en espíritu el festín de alguna reminiscencia supraterrenal, del mismo modo los pequeños de esos cetáceos parecían levantar su mirada hacia nosotros, pero no hacia nosotros, como si sólo fuéramos una brizna de alga ante su mirada recién nacida. Flotando a su lado, también las madres parecían observarnos tranquilamente. Uno de esos pequeños lactantes, que por ciertos curiosos signos parecía tener apenas un día de vida, podría haber medido unos catorce pies de longitud y unos seis pies de cintura. Era bastante travieso, aunque todavía su cuerpo parecía haberse recuperado escasamente de esa irritante posición que había ocupado hasta hacía poco en el retículo maternal, donde, cabeza con cola, y dispuesto para el salto final, el cetáceo nonato *yace* doblado como un arco de tártaro. Las delicadas aletas laterales y las palmetas de la cola aún conservaban fresco el aspecto arrugado y alforzado de las orejas de un niño recién llegado de extrañas regiones.

-¡Soltad, soltad cable! -gritó Queequeg, mirando sobre la regala-: ¡está sujeto, está sujeto! ¿Quién tirar él, quién dar él? ¡Dos cachalotes; uno grande, uno pequeño!

-¿Qué te pasa, hombre? -gritó Starbuck.

-Mire ahí -dijo Queequeg, señalando hacia abajo.

Librodot

Como cuando la ballena herida, después de haber desenrollado del barril cientos de brazas de cable, y después de zambullirse profundamente, vuelve a subir a flote, y muestra el cable aflojado subiendo ligero y en espirales hacia el aire, así vio ahora Starbuck largos rollos del cordón umbilical de Madame Leviatán, que parecían sujetar todavía al joven cachorro a su mamá. No es raro que, en las rápidas vicisitudes de la persecución, ese cable natural, con su extremo maternal suelto, se enrede con el de cáñamo, de tal modo que el cachorro quede preso. Algunos de los más sutiles secretos de los mares parecían revelársenos en ese estanque encantado. Vimos en la profundidad juveniles amores leviatánicos.

Y así, aunque rodeados por círculos y círculos de consternaciones y horrores, esos inescrutables animales se entregaban en el centro, con libertad y sin miedo, a todos los entretenimientos pacíficos: sí, se gozaban serenamente en abrazos y deleites. Pero precisamente así, en el ciclónico Atlántico de mi ser, yo también me complazco en mi centro en muda calma, y mientras giran a mi alrededor pesados planetas de dolor inextinguible, allá en lo hondo y tierra adentro, sigo bañándome en eterna suavidad de gozo.

Mientras que nosotros quedábamos en tal éxtasis, los repentinos y ocasionales espectáculos frenéticos a distancia evidenciaban la actividad de las otras lanchas, aún ocupadas en lanzar *druggs* a los cachalotes del borde de la hueste, o posiblemente, en continuar su guerra dentro del primer círculo, donde se le ofrecía abundancia de espacio y algunos retiros convenientes. Pero la visión de los rabiosos cachalotes con los *druggs,* disparándose de vez en cuando ciegamente a través de los círculos no era nada al lado de lo que por fin se ofreció a nuestros ojos. A veces es costumbre cuando se ha hecho presa en un cetáceo más poderoso y alerta de lo común tratar de desjarretarle por decirlo así cortando o hiriendo su gigantesco tendón de cola. Esto se hace disparando una azada de descuartizamiento de mango corto sujeta con una cuerda para recuperarla otra vez. Un cetáceo herido en esa parte (según supimos después) pero al parecer sin eficacia se había desprendido de la lancha llevándose consigo la mitad del cable del arpón; y en la terrible agonía de la herida daba golpes ahora entre los círculos giratorios como el solitario jinete desesperado Arnold en la batalla de Saratoga llevando el terror a donde quiera que iba.

Pero, aun con todo lo angustiosa que era la herida de este cachalote y lo terrible que era ese espectáculo, en todos los sentidos, sin embargo, el peculiar horror que parecía inspirar al resto de la manada era debido a una causa que al principio no nos dejó ver clara la distancia interpuesta. Pero al fin percibimos que, por uno de los imprevisibles accidentes de la pesca, ese cachalote se había enredado con el cable arponero que remolcaba y además se había escapado con la azada de descuartizamiento dentro, y que, mientras el extremo libre del cable unido a esa arma se había quedado atrapado de modo fijo en las vueltas del cable arponero en torno a la cola, la propia azada de descuartizamiento se había desprendido de la carne. Así que, atormentado hasta la locura, agitando violentamente su flexible cola *y* lanzando la afilada azada a su alrededor, hería *y* asesinaba a sus propios compañeros.

Este terrible objeto pareció hacer salir a toda la manada de su espanto estático. Primero, los cachalotes del borde de nuestro lago empezaron a agruparse un poco y a entrechocarse unos contra otros, como elevados por olas medio extinguidas desde lejos; luego, el propio lago empezó levemente a hincharse y mecerse; se desvanecieron las alcobas nupciales y los cuartos de niño bajo el mar; en órbitas cada vez más estrechas, los cachalotes de los círculos centrales empezaron a nadar en grupos cada vez más densos. Sí, se acababa la larga calma. Pronto se oyó un sordo zumbido que avanzaba, y luego, como las masas tumultuosas de hielo cuando el gran río Hudson

se rompe en primavera, la entera hueste de ballenas llegó entrechocándose hasta su centro interior, como para amontonarse en una montaña común. Al momento, Starbuck y Queequeg cambiaron sus sitios, y Starbuck se puso a popa.

-¡Remos, remos! -susurró con intensidad, agarrando la caña-, empuñad los remos, y apretaos el alma, ¡venga! ¡Atención, muchachos, por Dios! ¡Quita de ahí a ese cachalote, Queequeg! ¡Pínchale, dale! ¡Levanta, levanta y quédate así! ¡Adelante, hombres; remad, muchachos; no os preocupéis de vuestra espalda... rascadla! ¡Despellejaos las espaldas!

La lancha quedaba ahora casi atrancada entre dos vastas masas negras, que dejaban unos estrechos Dardanelos entre sus largas extensiones. Pero, con desesperado esfuerzo, por fin salimos disparados a una abertura momentánea, retirándonos entonces rápidamente, y a la vez buscando con ansia otra salida. Tras de varias semejantes escapatorias por un pelo, nos deslizamos al fin con rapidez a lo que acababa de ser uno de los círculos exteriores, pero que ahora cruzaban cetáceos dispersos, todos ellos dirigiéndose violentamente al mismo centro. Esta feliz salvación se adquirió muy barato al precio de la pérdida del sombrero de Queequeg, a quien, de pie en la proa para pinchar a los cachalotes fugitivos, se le había llevado limpiamente el sombrero de la cabeza el torbellino de aire producido por el súbito lanzamiento de una ancha cola cerca de él.

Aun tan agitada y desordenada como era ahora la conmoción general, pronto se resolvió en lo que parecía un movimiento sistemático, pues, congregados todos por fin en un solo cuerpo macizo, renovaron su fuga hacia delante con aumentada ligereza. Era inútil seguir persiguiéndoles, pero las lanchas todavía se mantuvieron en su estela para recoger a los cachalotes con *druggs* que pudieran quedarse atrás, y asimismo para asegurar a uno que Flask había matado y marcado. La marca es un palo con gallardete del cual se llevan dos o tres en cada lancha, y cuando hay a mano caza de sobra, se insertan verticalmente en el cuerpo flotante de una ballena muerta, tanto para marcar su posición en el mar cuanto para señalar la posesión anterior si se acercan las lanchas de algún otro barco.

El resultado de esa arriada de las lanchas ilustró bastante el sagaz proverbio de la pesca: a más ballenas, menos pesca. De todos los cetáceos *con druggs,* sólo se capturó uno. Los demás se las arreglaron para escaparse por el momento, aunque sólo para ser capturados, como se verá después, por una nave diversa del *Pequod.*

Escuelas y maestros

CAPÍTULO LXXXVIII

El capítulo anterior dio cuenta de un inmenso grupo o manada de cachalotes, y también se indicó entonces la causa probable de esas vastas reuniones.

Ahora, aunque se encuentren a veces tan grandes agrupaciones, sin embargo, como hemos visto, aun en los días presentes, de vez en cuando se observan pequeñas bandas separadas que abarcan de veinte a cincuenta individuos cada una. Esas bandas se llaman es*cuelas.* Suelen ser de dos especies: las compuestas casi enteramente de hembras, y las que no presentan sino vigorosos machos, o «toros», como se designan vulgarmente.

En caballeresco acompañamiento a la «escuela» de hembras, se ve sin falta un macho de adulta magnitud, pero no viejo, que, ante cualquier alarma, evidencia su valentía poniéndose a retaguardia para cubrir la retirada de sus damas. En verdad, ese caballero es un lujurioso otomano

Librodot

que nada por el mundo acuático rodeado de la compañía de todos los solaces y deleites del harén. Es llamativo el contraste entre este otomano y sus concubinas, porque, mientras él es siempre de las mayores proporciones leviatánicas, las damas, aun plenamente crecidas, no tienen más de un tercio de un macho de tamaño natural. En efecto, son relativamente delicadas: me atrevo a decir que no tienen más de media docena de yardas de cintura. Con todo, no se puede negar que en conjunto son propensas por herencia al *en bon point.*

Es muy curioso observar a este harén y a su señor en sus vagabundeos indolentes. Como gente elegante, siempre están en marcha en búsqueda ociosa de variedad. Se les encuentra en el ecuador a tiempo para la plena floración de la temporada de nutrición ecuatorial, quizá recién regresados de pasar el verano en los mares del Norte, donde han evitado toda la desagradable fatiga y calurosidad del estío. Una vez que han dado vueltas ociosamente por el paseo del ecuador, se ponen en marcha hacia las aguas orientales, en previsión de la época fresca de allí, para evitar otra temporada de temperatura excesiva en el año.

Cuando avanzan serenamente en uno de esos viajes, si se ve alguna visión extraña y sospechosa, mi señor cachalote no quita su atenta mirada de su interesante familia. Si algún joven leviatán, imprevisiblemente atrevido, al pasar por ese camino, pretende acercarse en proximidad confidencial a alguna de las damas, ¡con qué prodigiosa furia le asalta el Pachá y le hace alejarse! Estaría bueno, desde luego, que a jóvenes libertinos sin principios, como él, se les permitiera invadir el santuario de la felicidad doméstica, aunque, haga lo que quiera el Pachá, no puede evitar que el más conocido Lothario entre en su lecho, pues, ¡ay!, el lecho de todos los peces es común. Así como en tierra las damas causan a menudo los más terribles duelos entre sus admiradores rivales, igual ocurre con los cachalotes, que a veces entran en mortal batalla, y todo por amor. Esgrimen con sus largas mandíbulas inferiores, a veces prendiéndolas una en otra, y luchando así por la supremacía como alces que entretejen los cuernos en su lucha. Se capturan no pocos que llevan las profundas cicatrices de esos encuentros: cabezas surcadas, dientes rotos, aletas cortadas, y, en algunos casos, bocas retorcidas y dislocadas.

Pero suponiendo que el invasor de la felicidad doméstica se marche al primer ataque del señor del harén, es entonces muy divertido observar a dicho señor. Gentilmente vuelve a introducir entonces su vasta mole entre ellas y se complace allí, atormentando al modo de Tántalo al joven Lothario, como el piadoso Salomón adorado devotamente entre sus mil concubinas. Mientras haya otros cetáceos a la vista, los pescadores raramente darán caza a Uno de esos «grandes turcos», pues tales «grandes turcos» son muy pródigos de su energía, y por tanto, su grasa es muy escasa. En cuanto a los hijos e hijas que engendran, tales hijos e hijas deben ocuparse de ellos mismos; al menos, sólo con la ayuda maternal. Pues como ciertos otros amadores omnívoros y vagabundos que podrían nombrarse, mi Señor cachalote no tiene gran afición al cuarto de los niños, por más que la tenga a la alcoba; y así, siendo gran viajero, deja sus niños anónimos por todo el mundo, todos ellos exóticos. En su debido momento, sin embargo, al declinar el ardor de la juventud, al crecer los años y las melancolías, al imponer la reflexión sus solemnes pausas, en resumen, al invadir una laxitud general al saciado turco, entonces el amor a la comodidad y a la virtud sustituye al amor a las doncellas; nuestro otomano entra en la fase impotente, arrepentida y admonitoria de la vida, abjura *y* se desprende del harén, *y* convertido en una buena alma ejemplar y malhumorada, marcha en soledad por todos los océanos, rezando sus oraciones y amonestando a todo joven leviatán contra sus amorosos errores.

Ahora, dado que el harén de cetáceos es llamado «escuela» por los pescadores, el señor y amo de esa escuela ha de conocerse técnicamente por el «maestro». Por tanto, no es cosa de

Librodot

carácter estricto, por más que sea admirablemente satírico, que después de haber ido él mismo a la escuela, vaya luego por ahí inculcando, no lo que aprendió allí, sino la locura que es eso. Su título de maestro parecería muy naturalmente derivado del nombre concedido al propio harén, pero algunos han supuesto que el hombre que por primera vez tituló así a esa suerte de cetáceo turco debía haber leído las memorias de Vidocq, informándose de qué clase de maestro rural fue en su juventud ese famoso francés, y cuál fue la naturaleza de las ocultas lecciones que dio a algunos de sus alumnos.

La misma soledad y aislamiento en que se encierra el cachalote maestro en sus años avanzados, es propia de todos los cachalotes ancianos.. Casi universalmente, un cachalote solo -- como se llama al leviatán solitario- resulta ser anciano. Como el venerable Daniel Boone de la barba musgosa, no tiene nadie a su lado sino la propia naturaleza, *y* a ésta toma por esposa en la soledad de las aguas; *y* ella es la mejor de las esposas, aunque guarde tantos secretos malhumorados.

Las «escuelas» compuestas sólo de machos jóvenes y vigorosos, antes mencionadas, ofrecen un fuerte contraste con las «escuelas» harenes.

Pues mientras los cachalotes hembras son característicamente tímidos, los jóvenes machos, o «toros de cuarenta barriles», como se les llama, son, con mucho, los más peleones de los leviatanes, y proverbialmente, los más peligrosos de afrontar, excepto esos sorprendentes cetáceos encanecidos y de mezclilla, que a veces se encuentran, y que luchan contra uno como feroces demonios exasperados por una gota dolorosa.

Las «escuelas» de toros de cuarenta barriles son mayores que las «escuelas» harenes. Como masas de jóvenes colegiales, están llenas de peleas, bromas y maldad, dando tumbos por el mundo a una velocidad tan desenfrenada y agitada, que ningún asegurador prudente les aseguraría más que a un travieso muchacho de Yale o Harvard. Pero pronto abandonan esa turbulencia, y cuando crecen hasta los tres cuartos, se dispersan y van cada cual por su lado en busca de acomodos, es decir, de harenes.

Otro punto de diferencia entre las «escuelas» de machos y hembras es aún más típica de los sexos. Digamos que herís a un toro de cuarenta barriles: ¡pobre diablo!, todos sus compañeros le abandonan. Pero herid a una de las que forman la «escuela» harén, y sus compañeras nadarán a su alrededor con todas las señales del interés, a veces deteniéndose tan cerca de ella y por tanto tiempo que acaban por ser víctimas ellas mismas.

Pez sujeto y pez libre

CAPÍTULO LXXXIX

La alusión a los marcados y palos de marca en el penúltimo capítulo obliga a alguna explicación sobre las leyes y reglas de la pesquería de ballenas, *cuyo* gran emblema y símbolo puede considerarse el arpón de marcado.

Ocurre con frecuencia que cuando varios barcos pescan a la vez, una ballena puede ser herida por un barco, escapar luego, y finalmente ser muerta y capturada por otro barco; en lo cual se implican indirectamente varias contingencias menores, todas ellas formando parte de ese gran caso general. Por ejemplo: después de la fatigosa y peligrosa persecución y captura de una ballena, el cuerpo puede soltarse del barco a causa de una violenta tempestad, y derivando mucho a sotavento, ser capturada de nuevo por un segundo barco ballenero, que, en la calma, la remolca

tranquilamente a su costado, sin arriesgar vidas ni cables. Así, muchas veces surgirían entre los pescadores las más ofensivas *y* violentas disputas, si no hubiera alguna ley indiscutida *y* universal, escrita o no, para aplicar en todos los casos.

Quizás el único código formalizado de la ballenería que se ha puesto en vigor por un decreto legislativo fue el de Holanda. Lo promulgaron los Estados Generales del año 1695. Pero aunque ninguna otra nación ha tenido jamás ninguna ley ballenera por escrito, los pescadores americanos de ballenas han sido sus propios legisladores y abogados en este asunto. Han proporcionado un sistema que, en su sucinta comprensividad sobrepasa *a Las Pandectas* de Justiniano y a los Reglamentos de la Sociedad China para la Supresión del Entrometimiento en los Asuntos Ajenos. Sí: estas leyes podrían grabarse en un cuarto de penique de la reina Ana, o en el filo de un arpón, y colgárselas al cuello, de tan breves como son.

I. Un «pez sujeto» pertenece a la persona que lo sujeta.

II. Un «pez libre» es buena presa para quienquiera que lo atrape antes.

Pero lo que estropea este magistral código es su admirable breve dad, que requiere un vasto volumen de comentarios para explicarlo. Primero: ¿Qué es un «pez sujeto»? Vivo o muerto, un pez está técnicamente sujeto cuando se conecta con un barco o lancha ocupados por algún medio que pueda dominar de algún modo el ocupante u ocupantes: un mástil, un remo, un cable de nueve pulgadas de mena, un hilo de telégrafo, o una hebra de telaraña, es todo igual. Igualmente, un pez está técnicamente sujeto cuando lleva un arpón de marcado, o algún otro símbolo de posesión reconocido; en tanto que quien ha puesto la marca muestre claramente su capacidad, en algún momento, de llevarlo a su costado, así como su intención de hacerlo.

Estos son comentarios científicos, pero los comentarios propios balleneros a veces consisten en palabras duras y golpes aún más duros: el *Coke-upon-Littleton* del puño. Verdad es que entre los más rectos y honrados balleneros siempre se hacen concesiones para los casos peculiares, en que sería una ultrajante injusticia moral para una parte pretender la posesión de una ballena previamente perseguida o muerta por otra parte. Pero hay otros que no son en absoluto tan escrupulosos.

Hace unos cincuenta años se solventó en Inglaterra un curioso pleito sobre repetición de caza de ballena, en que los demandantes declararon que, tras de una dura persecución de una ballena en los mares del Norte, y cuando ya habían logrado en efecto (los demandantes) arponear al pez, se vieron obligados al fin, por el riesgo de sus vidas, a abandonar no sólo el arpón, sino la misma lancha. Más adelante los demandados (los tripulantes de otro barco) tropezaron con la ballena, *y* la hirieron, mataron, capturaron *y* finalmente se la apropiaron ante los mismos ojos de los demandantes. Y cuando se presentaron quejas a estos demandados, su capitán chascó los dedos en las narices de los demandantes, y les aseguró, por vía de doxología de la gesta realizada, que se quedaría ahora con su estacha, arpón y lancha, que habían quedado unidos a la ballena en el momento de la captura. Por lo cual los demandantes entablaron pleito entonces, para recobrar el valor de la ballena, estacha, arpones y lancha.

El señor Erskine era el abogado de los demandados; lord Ellenborough fue el juez. En el curso de su defensa, el ingenioso Erskine pasó a ilustrar su posición aludiendo a un reciente caso por adulterio en que un caballero, tras de intentar en vano refrenar las viciosas tendencias de su esposa, la había abandonado por fin en los mares de la vida, pero, con el transcurso de los años, arrepentido de ese paso, entabló una acción para recobrar su posesión.

Erskine estaba con la otra parte, y entonces se defendió diciendo que, aunque el caballero hubiera sido el primero en arponear a la señora, *y* la hubiera tenido sujeta antaño, *y* sólo la

hubiera abandonado al fin a causa de la gran tirantez de su viciosidad sumergida, con todo, la había abandonado, de modo que ella se había convertido en un pez libre, y por consiguiente, cuando un posterior caballero la volvió a arponear, la señora se convirtió en propiedad de ese posterior caballero, junto con los arpones que se hubieran encontrado clavados en ella.

Ahora, en el caso presente, Erskine sostenía que los ejemplos de la ballena y la señora se ilustraban recíprocamente.

Una vez debidamente escuchados estos alegatos y los alegatos contrarios, el doctísimo juez sentenció en términos exactos lo siguiente: que, en cuanto a la lancha, se la concedía a los demandantes, porque la habían abandonado solamente para salvar sus vidas, pero que respecto a la ballena controvertida, los arpones y la estacha, pertenecían a los demandados; la ballena, porque era un «pez-libre» en el momento de su captura final; *y* los arpones *y* la estacha, porque cuando el pez se escapó con ellos, adquirió (el pez) un derecho de propiedad sobre esos objetos, y por tanto, quienquiera que luego capturara al pez tenía derecho a ellos. Ahora bien, los demandados habían capturado luego al pez; *ergo,* los susodichos objetos eran suyos.

Un hombre corriente que observa estas decisiones del doctísimo juez quizá les pondrá objeciones. Pero excavando hasta la roca original del asunto, los dos grandes principios establecidos en las mellizas leyes balleneras previamente citadas, *y* aplicadas *y* elucidadas por lord Ellenborough en el caso precitado; esas dos leyes, digo, concernientes al «pez sujeto» y «pez libre», se encontrará que son los fundamentos de toda la jurisprudencia humana, pues, a pesar de su complicada tracería de escultura, el templo de la Ley, como el templo de los Filisteos, no tiene más que dos puntales en que apoyarse.

¿No es un proverbio en boca de todos que la posesión es la mitad del derecho: esto es, sin tener en cuenta cómo se ha llegado a la posesión de la cosa? ¿Qué son los músculos y las almas de los siervos rusos y de los esclavos republicanos sino peces libres, cuya posesión es la totalidad del derecho? ¿Qué es para el rapaz propietario el último céntimo de la viuda sino un pez sujeto? ¿Qué es la mansión marmórea de aquel granuja no descubierto, con placa en la puerta a modo de contraseña; qué es sino un pez sujeto? ¿Qué es el ruinoso interés que Mordecai, el agente, obtiene del pobre malaventurado en quiebra, en un préstamo para evitar que se muera de hambre la familia del malaventurado; qué es ese ruinoso interés sino un pez sujeto? ¿Qué es la renta de cien mil libras del arzobispo de Salvaelalma, sacada del escaso pan con queso de cientos de millares de trabajadores de espaldas rotas (todos ellos seguros de ir al cielo sin ninguna ayuda de Salvaelalma), qué son esas redondas cien mil, sino un pez sujeto? ¿Qué son las ciudades y aldeas hereditarias del duque de Dunder, sino un pez sujeto? Para el temido arponero John Bull, ¿qué es la pobre Irlanda, sino un pez sujeto? Para ese alanceador apostólico, el hermano Jonathan, ¿qué es Tejas sino un pez sujeto? Y en referencia a todos éstos, ¿no es la posesión la integridad del derecho?

Pero si la doctrina del pez sujeto es aplicable de modo bastante general, la doctrina afín del pez sujeto lo es con mayor amplitud. Se aplica de modo internacional y universal.

¿Qué era América en 1492 sino un pez libre, en que Colón clavó el estandarte español poniéndole el arpón de marcado para sus

., F reales señor y señora? ¿Qué fue Polonia para el Zar? ¿Qué, Grecia para los turcos? ¿Qué, India para Inglaterra? ¿Qué será al fin México para los Estados Unidos? Todos, peces libres.

¿Qué son los derechos del hombre y las libertades del mundo sino peces libres? ¿Qué son todas las ideas y opiniones de los hombres sino peces libres? ¿Qué es en ellos el principio de la

Librodot

creencia religiosa sino un pez libre? Para los ostentosos contrabandistas palabreros, ¿qué son los pensamientos de los pensadores sino peces sueltos? ¿Qué es la gran esfera misma sino un pez libre? ¿Y qué eres tú, lector, sino un pez libre y también un pez sujeto?

Cabezas o colas

CAPITULO XC

De balena vero sufficit, si rex habeat f
caput, et regina caudam.

(Bracton, 1, 3, c. 3)

Este latín, de los libros dé las Leyes de Inglaterra, quiere decir, tomado junto con el contexto, que de todas las ballenas capturadas por cualquiera en la costa de este país, el rey como Gran Arponero Honorario, debe recibir la cabeza, y a la reina se le debe ofrecer respetuosamente la cola: una división que, en la ballena, se parece mucho a partir por la mitad una manzana: no hay residuo intermedio. Ahora, dado que esta ley, en forma modificada, sigue hasta ahora en vigor en Inglaterra, y dado que ofrece en varios aspectos una extraña anomalía respecto a la ley general del pez sujeto y libre, se trata aquí en capítulo aparte, conforme al mismo principio de cortesía que sugiere a los ferrocarriles ingleses que paguen un vagón aparte especialmente reservado para el acomodo de la realeza. En primer lugar, como curiosa demostración de que la supradicha ley sigue en vigor, paso a presentar ante vosotros una circunstancia que ocurrió no hará dos años.

Parece ser que unos honrados marineros de Dover, o Sandwich, o de alguno de los Cinco Puertos, tras una dura persecución, habían logrado matar y sacar a tierra una hermosa ballena que antes habían observado bastante lejos de la orilla. Ahora, los Cinco Puertos están, en parte o no sé cómo, bajo la jurisdicción de una especie de policía o bedel llamado lord Guardián. Por recibir el cargo directamente de la Corona, creo, todos los emolumentos reales correspondientes a los Cinco Puertos se convierten en suyos por atribución. Algunos autores llaman a esto una sinecura. Pero no es así. Porque el lord Guardián a veces está laboriosamente ocupado en embolsarse sus regalías, que son suyas principalmente por virtud de ese mismo hecho de embolsárselas.

Ahora, cuando esos pobres marineros, tostados por el sol, descalzos y con los pantalones arremangados bien alto en sus piernas de anguila, halaron fatigosamente su grueso pez hasta ponerlo en seco, prometiéndose unas buenas ciento cincuenta libras de sus preciosos huesos *y* aceite, *y* en su imaginación sorbiendo exquisito té con sus mujeres, y buena cerveza con sus compadres, a base de sus respectivas porciones, he aquí que se presenta un caballero muy docto y cristiano y caritativo, con un ejemplar del Blackstone bajo el brazo, y, poniéndolo en la cabeza de la ballena, dice:

-¡Fuera las manos! Este pez, señores míos, es un pez sujeto. Tomo posesión de él por ser del lord Guardián.

Ante esto, los pobres marineros, en su respetuosa consternación -tan auténticamente inglesa-, sin saber qué decir, se pusieron a rascarse vigorosamente la cabeza al unísono, alternando mientras tanto contritas miradas a la ballena y al recién llegado. Pero eso no arregló de ningún modo la cuestión, ni ablandó en absoluto el duro corazón del docto caballero con el ejemplar del Blackstone. Al fin, uno de ellos, tras de mucho rascarse en busca de sus ideas, se

Librodot

atrevió a hablar:

-Por favor, señor, ¿quién es el lord Guardián?

-El duque.

-Pero el duque ¿tiene algo que ver con la captura de este pez?

-Es suyo.

-Nos ha costado mucho trabajo *y* peligro, *y* algún gasto, *y* ¿todo eso tiene que ir en beneficio del duque, sin que nosotros saquemos de nuestra molestia nada más que las ampollas?

-Es suyo.

-¿Es tan pobre el duque como para verse obligado a este modo desesperado de ganarse la vida?

-Es suyo.

-Yo pensaba aliviar a mi madre, enferma en cama, con parte de mi porción de la ballena. -Es suyo.

-¿Y el duque no se contentará con la cuarta parte o la mitad?

-Es suyo.

En una palabra, la ballena fue incautada *y* vendida, *y* Su Gracia el duque de Wellington recibió el dinero. Pensando que la cosa podía juzgarse un tanto dura, vista bajo una determinada luz, en una mera posibilidad y en algún escaso grado, dadas las circunstancias, un honrado clérigo de la ciudad dirigió respetuosamente una nota a Su Gracia, rogándole que tomara en plena consideración el caso de esos infortunados marineros. A lo cual mi señor el duque respondió (ambas cartas se publicaron) que ya lo había hecho así, y había recibido el dinero, y le estaría muy agradecido al reverendo caballero si en lo sucesivo evitaba (el reverendo) meterse en los asuntos de los demás. ¿Es éste el anciano aún combativo, plantado en las esquinas de los tres reinos, sacándoles en todas partes limosnas a los mendigos?

Se verá fácilmente que en este caso el derecho a la ballena alegado por el duque era un derecho delegado del soberano. Por fuerza hay que inquirir entonces según qué principio está el soberano revestido originalmente de ese derecho. La propia ley ya se ha expuesto. Pero Plowdon nos da las razones. Dice Plowdon que la ballena capturada pertenece al *rey y a* la reina «a causa de su excelencia superior». Y los más autorizados comentaristas han considerado esto siempre como argumento convincente en tales materias.

Pero ¿por qué va a recibir el rey la cabeza y la reina la cola? Una razón para esto, ¡oh, ahogados!

En su tratado sobre «el oro de la reina» o «dinero para alfileres de la reina», un viejo autor del King's Bench, un tal William Prynne, *raçona ansi: «La cabeza es de la Rreyna, para que el ropero de la Rreyna sea proveydo de ballenas».* Ahora, esto se escribió en un tiempo en que el flexible y negro hueso de la ballena se usaba mucho en corpiño de señora. Pero dicho hueso no está en la cola; está en la cabeza, lo cual es una triste equivocación para un sagaz abogado como Prynne. Pero ¿acaso es una sirena la reina, para obsequiarla con una cola? Aquí debe de ocultarse un significado alegórico.

Hay dos peces reales, así llamados por los juristas ingleses: la ballena *y* el esturión, ambos propiedad real bajo ciertos límites, *y* nominalmente proporcionando la décima rama de las rentas ordinarias de la Corona. No sé qué otro autor habrá hecho sugerencias sobre el asunto, pero por indiferencia, me parece que el esturión debe dividirse del mismo modo que la ballena, recibiendo el Rey la cabeza, densa y altamente elástica, propia de ese pez, lo cual, considerado como símbolo, es posible que esté humorísticamente basado en alguna supuesta congenialidad. Y así,

Librodot

parece haber alguna razón en todo, incluso en el derecho.

El Pequod **se encuentra con el** ***Capullo de Rosa***

CAPÍTULO XCI

En vano fue remover, en busca de ámbar gris, la panza de este leviatán, pues el insufrible hedor no consentía búsquedas.

(Sir T Browne, *Errores vulgares)*

Una semana o dos después de la última escena ballenera relatada, y cuando navegábamos lentamente por un mar de siesta, soñoliento *y* vaporoso, las muchas narices en cubierta del *Pequod* resultaron más vigilantes descubridoras que los tres pares de ojos en los masteleros. En el mar se olió un olor peculiar y no muy grato.

-Apuesto algo ahora -dijo Stubb- a que andan por aquí cerca algunos de esos cachalotes con *druggs* que cosquilleamos el otro día. Ya suponía que no tardarían en asomar.

Al fin, se apartaron los vapores que teníamos por delante, y se mostró un barco en lontananza, *cuyas* velas aferradas daban señales de que debía tener a *su* costado alguna clase de cetáceo. Al deslizarnos más cerca, el barco recién llegado mostró los colores franceses en el pico, y, por la arremolinada nube de rapaces aves marinas que giraba *y* se cernía *y* bajaba a su alrededor, estaba claro que la ballena que tenía a su costado debía ser lo que los pescadores llaman una ballena estallada, es decir, una ballena que ha muerto en el mar sin ser atacada, y ha quedado así a flote como cadáver sin dueño. Ya se puede imaginar qué desagradable olor debe exhalar semejante masa, peor que una ciudad asiría en la epidemia, cuando los vivos no son capaces de enterrar a los fallecidos. Tan intolerable, en efecto, resulta para muchos, que no hay codicia que les persuada a amarrarla a su lado. Pero hay quienes lo hacen, sin embargo, a pesar del hecho de que el aceite obtenido de tales individuos es de calidad inferior, y en absoluto semejante a la esencia de rosas.

Acercándonos más con la brisa que expiraba, vimos que el barco francés tenía otra ballena a su costado, y esta segunda parecía más aromática aún que la primera.

En realidad, resultó ser una de esas ballenas problemáticas que parecen resecarse y morir con una especie de prodigiosa dispepsia o indigestión, gestión, dejando sus cuerpos difuntos casi en bancarrota de cualquier cosa semejante al aceite. No obstante, en el lugar adecuado veremos que ningún pescador experto aparta la nariz de una ballena como ésa,

t por más que en general pueda eludir las ballenas reventadas.

El *Pequod,* para entonces, había llegado tan cerca del otro, que Stubb juró que reconocía el mango de su azada de descuartizamiento enredado en los cables que se anudaban en torno a la cola de una de esas ballenas.

-¡Bonita gente ésa! -se rió burlonamente, en la proa del barco-: ¡eso sí que es un chacal!

Sé muy bien que esos *crappos* de franceses son unos pobres diablos en la pesca, y a veces arrían las lanchas en busca de unas rompientes, confundiéndolas con chorros de ballenas; sí, y a veces zarpan del puerto con la sentina llena de cajas de velas de esperma y cajas de despabiladeras, previendo que todo el aceite que saquen no será bastante como para mojar en él la torcida del capitán; sí, ya sabemos todos esas cosas; pero, mirad acá, ahí hay un *crappo* que se contenta con lo que dejamos, quiero decir, con ese cachalote con *druggs;* sí, *y* se contenta también con raspar los huesos rotos de ese otro precioso pez que tiene ahí. ¡Pobre diablo! Ea, que alguno pase el sombrero, y vamos a regalarle un poco de aceite, por caridad. Porque el aceite que saque de ese cachalote con *drugg* no serviría para arder en una cárcel, no, ni en una celda de condenado. Y en cuanto a la otra ballena, en fin, estoy seguro de sacar más aceite cortando en rodajas y destilando nuestros tres palos, que cuanto sacará él de ese manojo de huesos; aunque, ahora que lo pienso, quizá contenga algo que vale mucho más que el aceite; sí, ámbar gris. Ahora, no sé si nuestro viejo habrá pensado en eso. Vale la pena probarlo. Sí, allá voy yo.

Y diciendo así, se puso en marcha hacia el alcázar.

Para entonces, el sutil aire se había convertido en una calma completa, de modo que, quisiera o no, *el Pequod* ahora había caído por completo en la trampa de mal olor, sin esperanzas de escapar, salvo que se levantara otra vez la brisa. Saliendo de la cabina, Stubb llamó entonces a la tripulación de su lancha, y marchó remando hacia el otro barco. Al cruzar ante su proa, percibió que, de acuerdo con el fantasioso gusto francés, la parte superior del tajamar estaba esculpida a semejanza de un gran tallo inclinado, pintado de verde y, a modo de espinas, con puntas de cobre saliendo de él acá y allá; todo ello terminando en un capullo, plegado simétricamente de color rojo claro. Sobre la empavesada del beque, en grandes letras doradas, leyó *Bouton de Rose* («Botón de Rosa» o «Capullo de Rosa»); tal era el aromático nombre de ese aromático barco.

Aunque Stubb no comprendió la parte *Bouton* de la inscripción, sin embargo, la palabra *Rose y* el mascarón de proa en forma de capullo bastaron juntos a explicarle el conjunto.

-Un capullo de rosa, ¿eh? -exclamó, con la mano en la nariz-: está muy bien: pero ¡cómo demonios huele!

Ahora, para entrar en comunicación directa con la gente de cubierta, tuvo que remar en torno a la proa hasta el costado de estribor, acercándose así a la ballena reventada, y hablando por encima de ella.

Llegado a ese punto, todavía con una mano en la nariz, aulló: -¡Eh, *Bouton de Rose!* ¿No hay ninguno de vosotros los *Boutonde-Roses* que hable inglés?

-Sí -contestó desde las batayolas uno de Guernsey, que resultó ser el primer oficial.

-Bueno, entonces, mi capullito de *Bouton-de-Rose,* ¿habéis visto a la ballena blanca?

-¿Qué ballena?

-La ballena blanca..., un cachalote... Moby Dick, ¿le habéis visto?

-Nunca he oído hablar de tal ballena. *Cachalot Blanche!* ¡Ballena blanca!... No.

-Muy bien, entonces; adiós por ahora, y volveré a veros dentro de un momento.

Entonces hizo remar rápidamente de vuelta al *Pequod, y,* al ver a Ahab apoyado en el pasamanos del alcázar en espera de su informe, juntó las manos en trompeta y gritó:

-¡No, señor! ¡No!

Ante lo cual, Ahab se retiró, y Stubb volvió al barco francés.

Entonces percibió que el de Guernsey, que acababa de bajar a los cadenotes, y manejaba una azada de descuartizamiento, se había envuelto la nariz en una especie de bolsa.

Librodot

-¿Qué le pasa con su nariz, eh? -dijo Stubb-. ¿Se le ha roto?

-¡Ojalá me la hubiera roto, o no tuviera nariz en absoluto! -contestó el de Guernsey, que no parecía disfrutar mucho con su trabajo-. Pero usted ¿por qué se la tapa?

-¡Ah, por nada! Es una nariz postiza; me la tengo que sujetar. Estupendo día, ¿no es verdad? El aire, diría yo, está bastante perfumado; échenos acá un ramillete, ¿quiere, *Bouton-de-Rose?*

-¿Qué quiere aquí, en nombre del demonio? -rugió el de Guernsey, encolerizándose de repente.

-¡Vamos, no se acalore; eso es, no se acalore! ¿Por qué no envuelve en hielo esas ballenas mientras trabaja en ellas? Pero, bromas aparte; ¿sabe usted, Capullo de Rosa, que es tontería querer sacar ningún aceite de tales ballenas? Y en cuanto a la reseca, no tiene una onza en toda la carcasa.

-Lo sé de sobra, pero, mire, el capitán no se lo quiere creer; es su primer viaje: antes era fabricante de agua de colonia. Pero suba a bordo, *y* a lo mejor le cree a usted, si no me cree a mí, *y* así saldré de este sucio enredo.

-Cualquier cosa por complacerle, mi dulce y grato compañero -contestó Stubb, y subió pronto a cubierta.

Allí se le ofreció una extraña escena. Los marineros, con gorros emborlados de lana roja, preparaban los pesados aparejos para las ballenas. Pero trabajaban más bien despacio y hablaban más bien deprisa, y parecían de escaso buen humor. Todas las narices se proyectaban de sus caras hacia arriba como otros tantos botalones de foque. De vez en cuando, una pareja de ellos abandonaba el trabajo y corría a lo alto del mastelero en busca de aire fresco. Algunos, pensando que se iban a contagiar de peste, mojaban estopa en alquitrán de hulla, y de vez en cuando se la aplicaban a la nariz. Otros, después pués de romper los tubos de sus pipas casi junto a la cazoleta, daban vigorosas chupadas de humo de tabaco, de modo que constantemente les llenara la nariz.

Stubb quedó impresionado por un chaparrón de gritos y maldiciones que salía de la cabina del capitán, a popa, y mirando en esa dirección vio una cara feroz asomada desde detrás de la puerta, que se mantenía entreabierta desde dentro. Era el atormentado médico quien, después de protestar en vano contra las actividades del día, se había retirado a la cabina del capitán (al *cabinet*, como lo llamaba él) para evitar la peste, pero no podía menos de aullar de vez en cuando sus súplicas y sus indignaciones.

Notando todo esto, Stubb hizo sus deducciones para su plan y, volviéndose al de Guernsey, tuvo con él una pequeña charla, en la cual el oficial le expresó que detestaba a su capitán como ignorante presuntuoso, que les había metido en un enredo tan desagradable y sin ganancia. Al sondearle cuidadosamente, Stubb percibió también que el de Guernsey no tenía la más leve sospecha en cuanto al ámbar gris. Por tanto, refrenó la boca en ese capítulo, pero en lo demás estuvo muy sincero y confidencial con él, de modo que los dos rápidamente tramaron un pequeño plan para burlar y engañar ambos al capitán, sin que él lo soñara en absoluto ni desconfiara de su sinceridad. Conforme a ese pequeño plan, el de Guernsey, bajo apariencia de su cargo de intérprete, había de decir al capitán lo que le pareciera, pero como si procediera de Stubb, y en cuanto a Stubb, diría cualquier insensatez que se le viniera a la boca durante la entrevista.

Para entonces, su predestinada víctima salió de la cabina. Era un hombre pequeño y oscuro, pero de aspecto bastante delicado para ser un capitán de barco, aunque con grandes patillas *y* bigote; *y* llevaba un chaleco rojo de pana de algodón con dijes de reloj a un lado. A este

caballero fue cortésmente presentado Stubb por el de Guernsey, quien inmediatamente adoptó de modo ostentoso las funciones de intérprete entre ellos.

-¿Qué le digo para empezar? -dijo.

-Bueno -dijo Stubb, observando el chaleco de pana y los dijes de reloj-, podría empezar por decirle que me parece una especie de niñito, aunque no pretendo ser buen juez.

-Dice, *monsieur -dijo* en francés el de Guernsey, dirigiéndose a su capitán-, que *ayer* mismo su barco habló con otro barco cuyo capitán, así como el primer oficial y seis marineros, se habían muerto todos de una fiebre que les dio una ballena estallada que habían amarrado al costado.

Ante esto, el capitán se sobresaltó, y deseó ansiosamente saber más.

-¿Y ahora qué? -dijo el de Guernsey a Stubb.

-Bueno, puesto que lo toma con tanta tranquilidad, dígale que, ahora que le he observado cuidadosamente, estoy completamente seguro de que sirve menos para mandar un barco ballenero que un mono de Santiago. Mejor dicho, dígale que es un chimpancé.

-Jura *y* asegura, *monsieur,* que la otra ballena, la reseca, es mucho más mortal que la estallada; en resumen, *monsieur,* nos conjura, si estimamos en algo nuestras vidas, a cortar amarras de esos peces.

Al momento el capitán corrió adelante, y con voz sonora mandó a su tripulación que dejara de izar los aparejos de descuartizar y al momento soltara los cables y cadenas que sujetaban las ballenas al barco.

-¿Ahora qué? -dijo el de Guernsey, cuando volvió con ellos el capitán.

-Bueno, vamos a ver; sí, podría decirle ahora que..., que..., en realidad, que le he engañado, y (aparte para sí mismo) quizá también a alguien más.

-Dice, *monsieur,* que está muy contento de habernos sido útil.

Al oír esto, el capitán aseguró que ellos eran los que me estaban muy agradecidos (refiriéndose a él mismo *y* al oficial) *y* concluyo invitando a Stubb a que bajara a tomar una botella de Burdeos.

-Quiere que tome usted un vaso de vino con él dijo el intérprete.

-Agradézcaselo cordialmente, pero dígale que va contra mis principios beber con el hombre a quien he engañado. En realidad, dígale que tengo que marcharme.

-Dice, *monsieur,* que sus principios no le consienten beber, pero que si *monsieur* quiere vivir un día más para beber, hará mejor en arriar las cuatro lanchas y apartar al barco de estas ballenas a fuerza de remo, porque en esta calma no se irán a la deriva.

Para entonces, Stubb ya saltaba por la borda, y metiéndose en -su lancha, saludaba al de Guernsey diciendo que, como tenía en su, lancha un largo cable de remolque, haría lo que pudiera por ayu1darles, tirando de la ballena más ligera y separándola del barco fuerza de remos. Entonces, mientras las lanchas de los franceses estaban ocupadas en remolcar su buque por un lado, Stubb, bondadosamente, se llevaba a remolque su ballena por el otro lado, soltando de modo ostentoso un cable de remolque insólitamente argo.

Por fin se levantó una brisa; Stubb fingió largarse de la ballena; y el barco francés, izando las lanchas, pronto aumentó la distancia, mientras el *Pequod* se metía entre él *y* la ballena de Stubb. Entonces Stubb remó rápidamente hasta el cuerpo flotante, y, gritando al *Pequod* para informarles de sus intenciones, procedió inmediatamente a cosechar el fruto de su malvada astucia. Con su afilada azada de la lancha, empezó una excavación en el cuerpo, un poco detrás de la aleta lateral. Casi se habría pensado que estaba excavando una bodega en el mar; y cuando

Librodot

por fin la azada chocó con las flacas costillas, fue como sacar antigua cerámica y tejas romanas enterradas en pingüe humus inglés. Los tripulantes de su lancha estaban todos muy excitados, ayudando afanosamente a su jefe, y con aire tan ansioso como buscadores de oro.

Y todo el tiempo, innumerables aves bajaban y se lanzaban a pico *y* chillaban *y* aullaban *y* luchaban en torno de ellos. Stubb empezaba a parecer decepcionado, sobre todo, dado que aumentaba el horrible aroma, cuando de repente, del mismo corazón de la peste, surgió una leve corriente de perfume que fluyó a través de la inundación de malos olores sin ser absorbido por ellos, igual que un río, algunas veces, afluye a otro y luego corre a lo largo de éste sin mezclarse en absoluto con él durante algún tiempo.

-Ya lo tengo, ya lo tengo -gritó Stubb con deleite, golpeando algo en las regiones subterráneas-: ¡una bolsa, una bolsa!

Dejando caer la azada, metió las dos manos dentro y sacó puñados de algo que parecía jabón blanco de Windsor, o un sustancioso queso viejo *y* moteado, muy untuoso *y* grato sin embargo. Fácilmente se puede mellar con el pulgar; y es de un color entre amarillo y ceniza. Y esto, buenos amigos, es el ámbar gris, que para cualquier droguero vale una guinea de oro la onza. Se obtuvieron unos seis puñados, pero se perdió más en el mar, inevitablemente, y más quizá se habría obtenido de no ser por las impacientes y ruidosas órdenes de Ahab a Stubb para que lo dejara y volviera a bordo, o si no, el barco se despediría de ellos.

Ámbar gris

CAPÍTULO XCII

Ahora, este ámbar gris es una sustancia muy curiosa, y un artículo de comercio tan importante, que en 1791 un tal capitán Coffin, de Nantucket, prestó declaración sobre este tema en la tribuna de la Cámara de los Comunes inglesa. Pues en ese momento, y en realidad hasta tiempos relativamente recientes, el origen exacto del ámbar gris seguía siendo, como el propio ámbar gris, un problema por dilucidar. Aunque la palabra inglesa *ambergris* no es más que un compuesto de las palabras francesas correspondientes a «ámbar gris», el ámbar y esa sustancia son cosas muy diversas. Pues el ámbar, aunque algunas veces se encuentra en la costa del mar, también se excava en algunos terrenos muy tierra adentro, mientras que el «ámbar gris» jamás se encuentra si no es en el mar. Además, el ámbar es una sustancia dura, transparente, friable e inodora, usada para boquillas de pipas, cuentas y ornamentos, mientras que el ámbar gris es blando, céreo, *y* tan altamente fragante *y* especioso, que se usa mucho en perfumería, en velas preciosas, polvos para el pelo *y* pomadas. Los turcos lo usan en la cocina, *y* lo llevan también a La Meca, con el mismo objetivo con que se lleva el incienso a San Pedro de Roma. Algunos comerciantes de vino echan unos pocos granos nos en el clarete para darle aroma.

¡Quién creería, entonces, que tan refinados caballeros y damas se regalaran con una esencia encontrada en las ignominiosas tripas de una ballena enferma! Pero así es. Algunos suponen que el ámbar gris es la causa, y otros el efecto, de la dispepsia de la ballena. Sería difícil decir cómo se cura tal dispepsia, a no ser administrando tres o cuatro barcadas de píldoras de Brandreth, y corriendo luego a ponerse a salvo, como los trabajadores cuando ponen barrenos en las rocas.

He olvidado decir que en este ámbar gris se encontraron ciertos discos duros, redondos y óseos, que al principio Stubb pensó que pudieran ser botones de pantalones de marineros; pero

Librodot

luego resultó que no eran más que trozos de huesecillos de pulpo, embalsamados de ese modo.

Ahora, ¿no es nada que en el corazón de tal podredumbre se encuentre la incorrupción de este fragantísimo ámbar gris? Acuérdate de aquel dicho de san Pablo a los corintios, sobre corrupción e incorrupción: «Cómo se siembran en deshonor, para surgir en gloria». E igualmente, haz memoria del dicho de Paracelso sobre qué es lo que hace el mejor almizcle. Y no olvides el hecho extraño de que, de todas las cosas malolientes, la peor es el agua de colonia en las fases preparatorias de su manufactura.

Me gustaría concluir este capítulo con la exhortación precedente, pero no puedo, debido a mi afán por rechazar una acusación hecha a menudo contra los balleneros y que, en la estimativa de algunos ánimos mal predispuestos, podría considerarse indirectamente demostrada por lo que se ha dicho de las dos ballenas del barco francés. En otros momentos de este libro se ha refutado la calumniosa acusación de que el oficio ballenero es un asunto absolutamente sucio y desagradable. Pero hay otra cosa que rechazar. Se insinúa que todas las ballenas huelen mal siempre. Ahora: ¿cómo se ha originado ese odioso estigma?

Opino que su rastro se remonta claramente a la primera llegada a Londres de los barcos balleneros de Groenlandia, hace más de dos siglos. Porque esos balleneros no destilaban entonces, ni destilan ahora, el aceite en el mar, como lo han hecho siempre los barcos del mar del Sur, sino que, cortando en trozos pequeños la grasa fresca, la meten por los agujeros de grandes barriles, y se la llevan al puerto de ese modo, ya que la brevedad de la temporada en esos mares helados *y* las súbitas *y* violentas tempestades a que están expuestos les prohíben cualquier otro modo de obrar. La consecuencia es que al abrir la sentina y descargar uno de esos cementerios de ballenas, en el muelle de Groenlandia, se exhala un olor semejante al que surge cuando se excava un viejo cementerio urbano para poner los cimientos de un hospital de maternidad.

Supongo también, en parte, que esa perversa acusación contra los balleneros puede imputarse igualmente a que en tiempos antiguos existía en la costa de Groenlandia una aldea de holandeses llamada Schmerenburgh o Smeerenberg, siendo usado este último nombre por el docto Fogo von Slack, en su gran obra sobre los olores, libro de texto sobre el tema. Como implica su nombre *(smeer*, grasa; *berg*, preparar), esa aldea se fundó para proporcionar un lugar de destilación a la grasa de la flota ballenera holandesa, sin llevarla a la patria con ese objeto. Era una colección de hornos, marmitas y depósitos de aceite, y cuando el trabajo estaba en plena actividad, ciertamente, no exhalaba ningún aroma agradable. Pero todo eso es muy diferente en un ballenero del mar del Sur, que en un viaje, quizá, de cuatro años, después de llenar completamente de aceite la sentina, tal vez no dedica ni cincuenta días a la tarea de hervirlo; y, al meterlo en barriles en ese estado, el aceite es casi inodoro. La verdad es que, viva o muerta, con tal que se la trate decentemente, la ballena, como especie, no es en absoluto un ser maloliente; ni se puede reconocer con la nariz a un ballenero, tal como la gente de la Edad Media se jactaba de descubrir a un judío a su alrededor. Y, desde luego, la ballena no puede ser sino fragante, dado que, en general, disfruta de tan buena salud, y hace tan abundante ejercicio, siempre fuera de casa, aunque ciertamente rara vez al aire libre. Yo digo que el movimiento de la cola de un cachalote por encima de la superficie produce un perfume como cuando una dama almizclada agita su vestido en un tibio salón.

¿A qué compararé, pues, el cachalote, en fragancia, considerando su magnitud? ¿No habrá de ser a aquel famoso elefante, de colmillos enjoyados y aromado de mirra, que sacaron de una ciudad '" india para rendir honores a Alejandro Magno?

Librodot

El náufrago

CAPÍTULO XCIII

Sólo pocos días después de encontrar al barco francés, ocurrió un hecho muy significativo al más insignificante de los tripulantes del *Pequod;* un suceso muy lamentable *y* que terminó por ofrecer a esa nave predestinada, a veces locamente alegre, una profecía viva y siempre presente de cualquier porvenir de desastres que pudiera estarle reservado.

Bien: en un barco ballenero no todos bajan a las lanchas. Se reservan algunos marineros, llamados guardianes, cuya jurisdicción es manejar el barco mientras las lanchas persiguen a la ballena. Por lo regular, esos guardianes son gente tan dispuesta como los hombres que forman las tripulaciones de las lanchas. Pero si por casualidad hay en el barco un tipo indebidamente enclenque, torpe o temeroso, es seguro que se le hará guardián. Eso ocurría en el *Pequod* con el negrito apodado Pippin; Pip por abreviatura. ¡Pobre Pip! Ya habéis oído antes hablar de él; debéis recordar su pandereta en aquella noche dramática, tan sombríamente loca.

En aspecto exterior, Pip y Dough-Boy hacían pareja, como un potro negro y uno blanco, de igual tamaño, pero de color diverso, uncidos en un excéntrico tiro. Pero mientras el desgraciado Dough-Boy era por naturaleza oscuro y lento de inteligencia, Pip, aunque demasiado tierno de corazón, era en el fondo muy listo, con esa listeza grata, jovial y alegre, peculiar de su raza; raza que siempre disfruta todas las vacaciones y festividades con más hermoso y libre deleite que cualquier otra raza. Para los negros, el calendario del año debería mostrar nada más que trescientos sesenta *y* cinco Cuatro de julio *y* días de Año Nuevo. Y no sonriáis así cuando digo que ese negrito era brillante, pues incluso la negrura tiene su brillante: observad ese ébano lustroso, puesto en paneles en los gabinetes de los reyes. Pero Pip amaba la vida, y todas las pacíficas seguridades de la vida, de modo que aquella tarea infundidora de pánico en que, sin saber por qué, se había enredado inexplicablemente, había empañado su brillantez del modo más lamentable; aunque, como no tardará en verse, lo que así había quedado temporalmente apagado en él, al final estaba destinado a ser lúgubremente iluminado por extraños fuegos locos, que de modo ficticio, le harían relucir con un brillo diez veces superior al brillo natural con que en su nativo Tolland County; en Connecticut, había animado más de una fiesta de violines en el prado, y, en el crepúsculo melodioso, con su alegre ¡ah, ah! había transformado el redondo horizonte en una pandereta con sonajas de estrellas. . Así, en el claro aire del día, suspendida sobre un cuello de venas azules, brilla saludable la gota de diamante de puras aguas; pero cuando el astuto joyero quiere mostraros el diamante en su fulgor más impresionante, lo pone sobre un fondo oscuro, y luego lo ilumina no con el sol, sino con algún gas poco natural. Entonces surgen esas fieras refulgencias, infernalmente soberbias; entonces el diamante de perverso brillo parece alguna gema de la corona robada al rey del infierno. Pero volvamos al relato.

Ocurrió por casualidad que, en el asunto del ámbar gris, el remero de popa de Stubb se dislocó una mano de tal modo que quedó inútil durante algún tiempo, y, temporalmente, pusieron a Pip en su lugar.

La primera vez que Stubb bajó a la lancha con él, Pip mostró mucho nerviosismo, pero, por fortuna, escapó por esa vez de entrar en contacto cercano con la ballena, y por consiguiente no salió desacreditado, aunque Stubb, observándole, se cuidó después de exhortarle a que estimulase su valentía hasta el máximo, pues podría resultarle necesario a menudo.

Ahora, la segunda vez que bajaron, la lancha llegó remando hasta la ballena, y al recibir el

Librodot

pez el férreo dardo, dio su acostumbrado golpe, que en ese caso, por casualidad, fue precisamente bajo la bancada del pobre Pip. La involuntaria consternación del momento le hizo dar un brinco, remo en mano, fuera de la lancha, y de tal modo que, por tener ante el pecho parte de la estacha aflojada, se la llevó consigo por la borda, quedando enredado en ella al zambullirse por fin en el agua. En ese instante, la ballena herida emprendió feroz carrera y la estacha se tensó en seguida: inmediatamente el pobre Pip subió todo espumeante hasta los «choques» de la lancha, arrastrado inexorablemente por la estacha, que le había dado varias vueltas al pecho y al cuello.

Tashtego estaba de pie en la proa. El fuego de la persecución le llenaba. Odiaba a Pip por poltrón. Sacando de su vaina el cuchillo de la lancha, acercó su borde afilado a la estacha, y volviéndose a Stubb, exclamó interrogativamente:

-¿Corto?

Mientras tanto, la cara azul y sofocada de Pip parecía decir claramente: « ¡Sí, por Dios!». Todo pasó en un instante. En menos de medio minuto ocurrió el asunto entero.

-¡Maldito sea; corta! -rugió Stubb, *y* así se perdió la ballena *y* se salvó Pip.

Tan pronto como se recobró, el negrito fue asaltado por aullidos e insultos de la tripulación. Dejando tranquilamente que se desahogaran esas injurias desbordadas, Stubb, en tono sencillo, como de negocios, pero medio humorísticamente, maldijo a Pip en forma oficial; y hecho esto, en forma extraoficial le dio consejos muy saludables. Su sustancia era: «Nunca saltes de una lancha, Pip, a no ser...». Pero todo lo demás era algo indefinido, como *lo* es siempre el más sano consejo. Ahora, en general, *pegarse a la lancha* es el lema auténtico de la pesca de la ballena, pero a veces se dan casos en que es aún mejor *saltar de la lancha.* Además, como si advirtiera al fin que si le daba a Pip un consejo concienzudo y sin diluir le dejaría un margen demasiado amplio para saltar en el futuro, Stubb abandonó de repente todos los consejos y concluyó con una orden perentoria:

-¡Pégate a la lancha, Pip, o por Dios que no te voy a recoger si saltas; acuérdate de eso! No podemos permitirnos perder ballenas por gente como tú; una ballena se vendería por treinta veces más que tú, Pip, en Alabama. Acuérdate de eso, y no vuelvas a saltar.

Quizá con ello Stubb sugería indirectamente que, aunque el hombre ame a su semejante, el hombre, sin embargo, es un animal que hace dinero, propensión que a menudo interfiere con su benevolencia.

Pero todos estamos en manos de los dioses, y Pip volvió a saltar. Fue en circunstancias muy semejantes a su primera actuación, pero esta vez no se llevó la estacha con el pecho, de modo que, cuando la ballena empezó a correr, Pip quedó atrás en el mar, como el baúl de un viajero apresurado. ¡Ay!, Stubb fue demasiado fiel a su palabra. Era un día hermoso, generoso y azul; el mar chispeante estaba tranquilo *y* fresco *y* se extendía, plano, alrededor, hasta el horizonte, como el pan de oro del batihoja martillado hasta lo más extremo. Subiendo y bajando en ese mar, la cabeza de ébano de Pip aparecía como una cabeza de ajos. No hubo un cuchillo de lancha que se levantara cuando él *cayó* tan rápidamente a popa. Stubb le volvió la espalda inexorablemente, y la ballena fue alcanzada. En tres minutos, toda una milla de océano sin orillas se interpuso entre Pip y Stubb. Desde el centro del mar, el pobre Pip volvía su cabeza negra, encrespada y rizada, hacia el sol, otro náufrago solitario, aunque el más alto y brillante.

Ahora, en tiempo de calma, nadar en el mar abierto es tan fácil para el nadador experto como lo es en tierra montar en un coche con buenos muelles. Pero la terrible soledad es intolerable. ¡Dios mío! ¿Quién puede decir la intensa concentración del yo en tan despiadada inmensidad? Observad cuando los marineros en calma chicha se bañan en alta mar; observad

Librodot

cómo se aprietan de cerca a su barco y sólo se mueven junto a sus flancos.

Pero ¿realmente Stubb había abandonado al pobre negrito a su destino? No; al menos, no tenía esa intención. Porque había dos lanchas detrás de *él, y* suponía, sin duda, que acudirían por supuesto a Pip, muy deprisa, y le recogerían; aunque, desde luego, no siempre los cazadores de ballenas muestran estas consideraciones hacia los remeros en peligro, en tales casos, y tales casos ocurren con cierta frecuencia: casi siempre, en la pesca, el llamado cobarde queda marcado por ese odio inexorable peculiar de la marina militar y los ejércitos.

Pero ocurrió por casualidad que esas lanchas, sin ver a Pip, al observar de repente unas ballenas cercanas por un lado, viraron y emprendieron la persecución, y la lancha de Stubb ya estaba tan lejos, *y él y* sus tripulantes tan atentos a su pez, que el anillo del horizonte de Pip empezó a ensancharse a su alrededor de modo lamentable. Por puro azar, el propio barco le salvó por fin; pero desde aquella hora el negrito anduvo por la cubierta como un idiota; o al menos así dijeron que estaba. El mar, burlonamente, había conservado su cuerpo finito, pero había ahogado el infinito de su alma. No la había dejado ahogada del todo, sin embargo. Más bien se la había llevado viva allá abajo, a maravillosas profundidades, donde extrañas formas del intacto mundo prístino se deslizaban de un lado para otro ante sus ojos pasivos; y donde la avara sirena Sabiduría revelaba sus tesoros amontonados; y entre las eternidades alegres, sin corazón y siempre juveniles, Pip veía esos animalillos, como los del coral, multitudinarios y divinamente omnipresentes, que elevaban las colosales esferas desde el firmamento de las aguas. Veía el pie de Dios en la cárcola del telar, y lo decía; y por eso sus compañeros le llamaban loco. Así, la locura del hombre es la cordura del cielo; y, alejándose de toda razón mortal, el hombre llega al fin a ese pensamiento celeste que para la razón es absurdo *y* frenético; *y*, para bien o para mal, se siente entonces libre de compromiso e indiferente como su Dios.

Por lo demás, no juzguéis a Stubb con demasiada dureza. Este asunto es corriente en tal clase de pesca; y, en la continuación del relato, ya se verá qué parecido abandono me tocó a mí mismo.

Un apretón de manos

CAPITULO XCIV

Esa ballena de Stubb, adquirida tan cara, se trasladó debidamente al costado del *Pequod*, donde se llevaron a cabo de modo normal todas esas operaciones de izado y descuartizamiento antes descritas, hasta el vaciado del Tonel de Heidelberg, o caja.

Mientras algunos estaban ocupados en esta última tarea, otros estaban empleados en arrastrar los toneles mayores, tan pronto como se llenaban de esperma, y, llegado el momento adecuado, esa misma esperma se manipulaba con cuidado antes de ir a las destilerías de que trataré en seguida.

Se había enfriado y cristalizado en tal medida que cuando, con otros varios, me senté ante una amplia bañera constantiniana de esperma, la encontré extremadamente condensada en bultos que flotaban acá y allá por la parte líquida. Nuestra tarea era volver a hacer fluidos esos bultos a fuerza de apretarlos. ¡Dulce y untuoso deber! No es extraño que en tiempos antiguos el aceite de esperma fuera un cosmético tan estimado. ¡Qué clarificador! ¡Qué endulzador! ¡Qué suavizador! ¡Qué delicioso reblandecedor! Después de tener las manos en él unos pocos minutos, notaba los dedos como anguilas y empezando, por decirlo así, a volverse serpentinos y espirales.

Yo, sentado allí bien cómodo, con las piernas cruzadas, en cubierta; tras el duro ejercicio del cabrestante; bajo un tranquilo cielo azul; con el barco navegando indolentemente y deslizándose con serenidad; yo, mientras me bañaba las manos en esos suaves y amables glóbulos de tejidos infiltrados, tejidos casi en esa misma hora, para romperse sustanciosamente entre mis dedos y descargar toda su opulencia, como las uvas plenamente maduras sueltan su vino, y mientras aspiraba ese aroma incontaminado, literal y verdaderamente como aroma de violetas en primavera, os aseguro que viví aquel rato como en un prado almizclado, y me olvidé totalmente de nuestro terrible juramento, lavándome de él las manos y el corazón en ese inefable aceite de esperma, y casi empecé a dar crédito a la vieja superstición de Paracelso de que el aceite de esperma es de rara eficacia para mitigar el calor de la ira, al mismo tiempo que, bañándome en ese baño, me sentía divinamente libre de toda mala voluntad, o petulancia, o malicia de ninguna clase.

¡Apretar, apretar, apretar, durante toda la mañana! Apreté aquel aceite de esperma hasta que casi me fundí en él: apreté ese aceite de esperma hasta que me invadió una extraña suerte de locura, y me encontré, sin darme cuenta, apretando en él las manos de los que trabajaban conmigo, confundiéndolas con suaves glóbulos. Tal sentimiento desbordante, afectuoso, amistoso, cariñoso producía esta labor, que por fin acabé por apretarles continuamente las manos, y por mirarles a los ojos sentimentalmente, como para decir: «¡Oh, mis queridos semejantes!, ¿por qué vamos a seguir abrigando resentimientos sociales, o conocer el más leve malhumor o envidia? Vamos; apretémonos todos las manos; mejor dicho, apretémonos universalmente en la mismísima leche y esperma de la benevolencia».

¡Ojalá pudiera seguir apretando ese aceite de esperma para siempre! Pues ahora, una vez que, por muchas experiencias prolongadas y repetidas, he percibido que en todos los casos el hombre debe acabar por rebajar, o al menos desplazar, su concepto de la felicidad inalcanzable, sin ponerlo en parte ninguna del intelecto ni de la fantasía, sino en la esposa, el corazón, la cama, la mesa, la silla de montar, el rincón del fuego, el campo, ahora que he percibido todo esto, estoy dispuesto a apretar la tina eternamente. En pensamientos de las visiones nocturnas, he visto largas filas de ángeles en el paraíso, cada cual con las manos en una orza de aceite de esperma.

Bien, mientras se habla de aceite de esperma, es oportuno hablar de otras cosas afines a él, en la tarea de preparar al cachalote para las refinerías.

Primero viene el llamado *caballo-blanco,* que se obtiene de la parte menguante del pez, y también de las porciones más gruesas de la cola. Está duro de tendones solidificados -una almohada de músculo-, pero todavía contiene aceite. Después de separarse de la ballena, el *caballo-blanco* se corta ante todo en trozos alargados transportables, para pasar luego al trinchador. Parecen bloques de mármol de Berkshire.

Pastel de ciruelas es el término dado a ciertas partes fragmentarias de la carne de la ballena, que se adhieren *acá y* allá a la manta de grasa, y a menudo participan en considerable medida de su untuosidad. Es un objeto muy reconfortable, apetitoso y hermoso de mirar. Como implica su nombre, es de un color enormemente rico *y* moteado, con un fondo de vetas níveas *y* doradas, punteado de manchas del más oscuro carmesí o púrpura. Son ciruelas de rubíes en figura de limón. Pese a la sensatez, es difícil contenerse para no comerlo. Confieso que una vez me escondí detrás del trinquete para probarlo. Sabía algo así como supongo que podría haber sabido una real chuleta del muslo de *Louis le Gros,* imaginando que le hubieran matado el primer día después de la temporada de caza mayor, y que esa determinada época de caza mayor hubiera coincidido con una vendimia extraordinariamente buena de las viñas de Champagne.

Librodot

Hay otra sustancia, y muy singular, que aparece en el desarrollo de este asunto, pero que entiendo que es muy difícil describir adecuadamente. Se llama *slobgollion*, nombre original de los balleneros, como también lo es la naturaleza de la sustancia. Es un asunto inefablemente legamoso y fibroso, que suele encontrarse en los barriles de esperma después de mucho apretar y decantar a continuación. Entiendo que son las membranas de la caja, notablemente sutiles, que se han roto y se adhieren.

El llamado *gurry* es un término que pertenece en propiedad a los cazadores de ballenas francas, pero que a veces usan ocasionalmente los pescadores de cachalotes. Designa la oscura sustancia glutinosa que se rasca del lomo de la ballena franca o de Groenlandia, y que cubre en abundancia las cubiertas de esos seres inferiores que persiguen a tan innoble leviatán.

Las *pinzas:* estrictamente, esta palabra no es autóctona del vocabulario ballenero, pero llega a pertenecer a él, por usarlo los balleneros. Las *pinzas* del ballenero son una corta *y* firme tira de materia tendinosa cortada de la parte decreciente de la cola del leviatán: tiene, por término medio, una pulgada de espesor, y en cuanto al resto, cerca del tamaño de la parte de hierro de una azada. Moviéndola como un filo por la cubierta aceitosa, actúa como un raspador de cuero y, con inexpresables incitaciones, como por magia, atrae consigo todas las impurezas.

Pero para saberlo todo sobre esos asuntos recónditos, el mejor modo que tenéis es bajar en seguida al cuarto de la grasa, y tener una larga charla con sus residentes. Ese lugar se ha descrito antes como el receptáculo para los trozos de la «manta», una vez arrancada ésta de la ballena, e izada a cubierta. Cuando llega el momento adecuado de descuartizar su contenido, ese local es una escena de terror para todos los novicios, especialmente de noche. A un lado, alumbrado por una linterna pálida, se ha dejado un espacio libre para los trabajadores. Éstos suelen ir en parejas: uno con pica y garfio, y otro con azada. La pica ballenera es semejante al arma de abordaje de la fragata que tiene ese mismo nombre. El garfio es algo así como un bichero de bote. Con su garfio, el hombre del garfio engancha una lámina de grasa y trata de impedir que resbale, mientras el barco se mece y cabecea.

Mientras tanto, el hombre de la azada se pone de pie en esa lámina, cortándolo verticalmente en rebanadas que entran en los caballetes portátiles. Esta azada está tan tajante como puede dejarla la piedra de afilar: los pies del hombre de la azada están descalzos, la cosa en que se yergue se le resbala irresistiblemente como un trineo. Si se corta uno de los dedos de sus propios pies, o de su ayudante, ¿os extrañaría mucho? Los dedos de los pies andan escasos entre los veteranos del cuarto de la grasa.